

VIDAS DE GRANDES HOMBRES

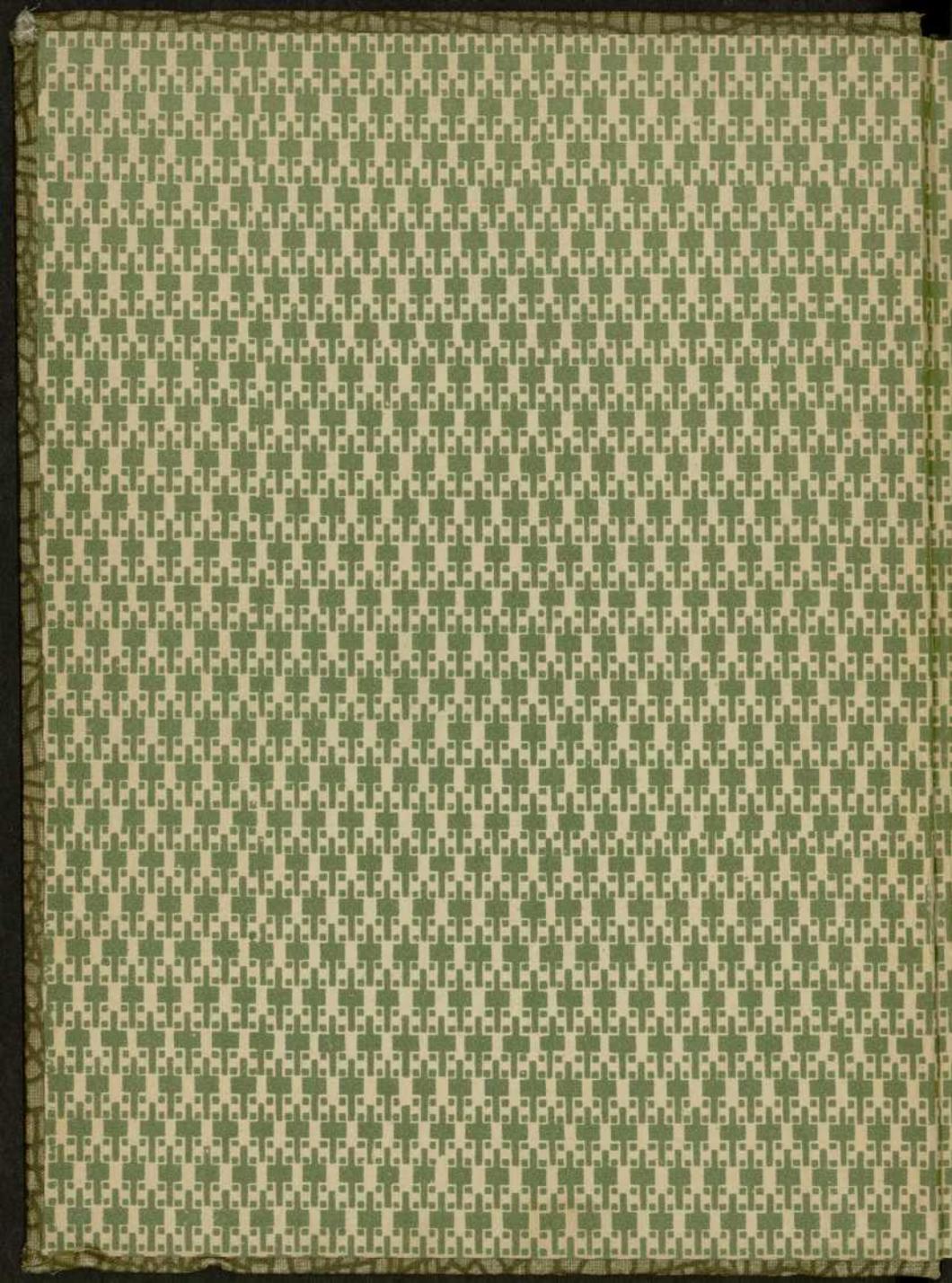
JULIO CÉSAR



519.5 B.H.

BARCELONA.

50662

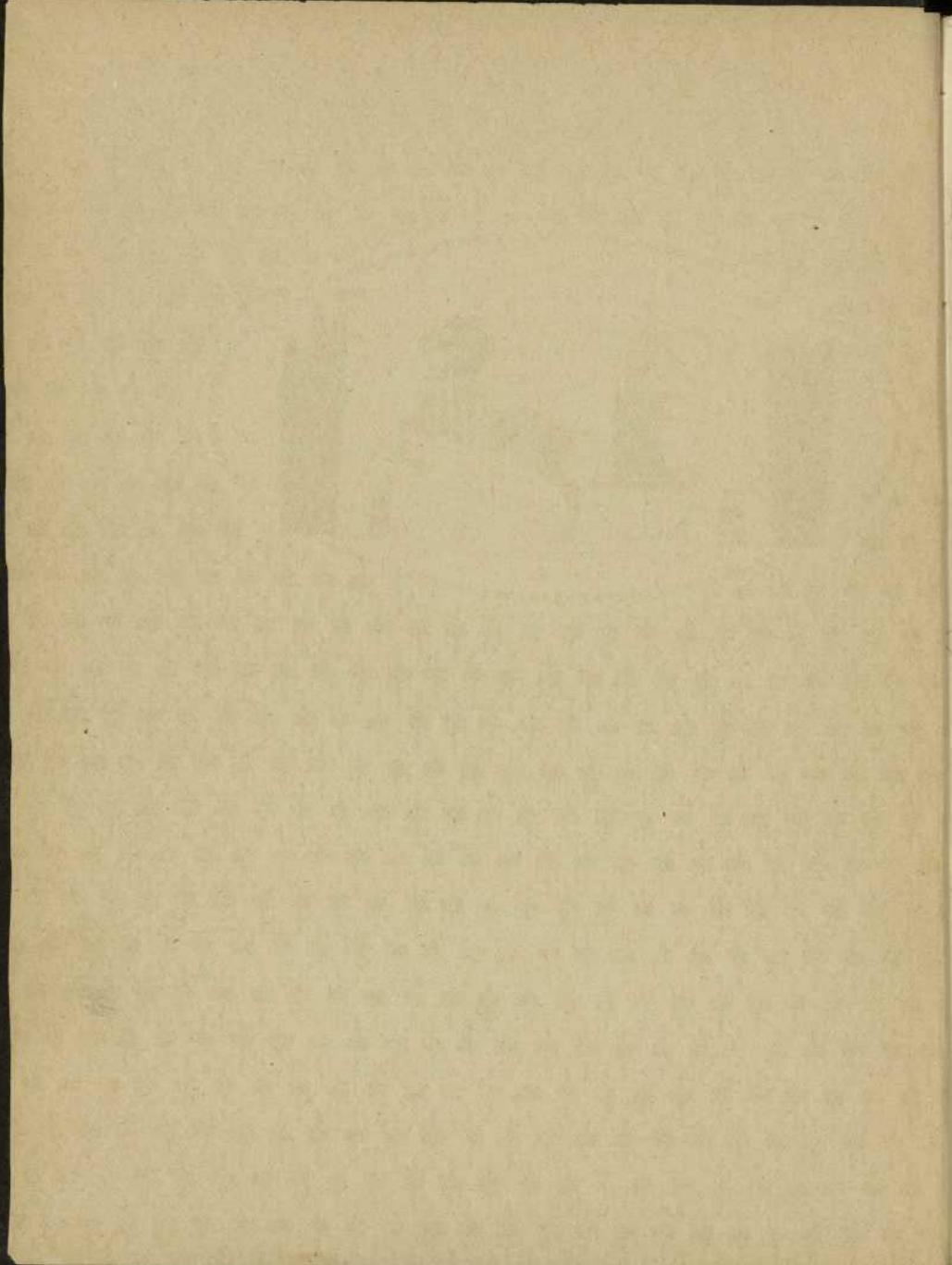


S. A. INDUSTRIAS GRÁFICAS



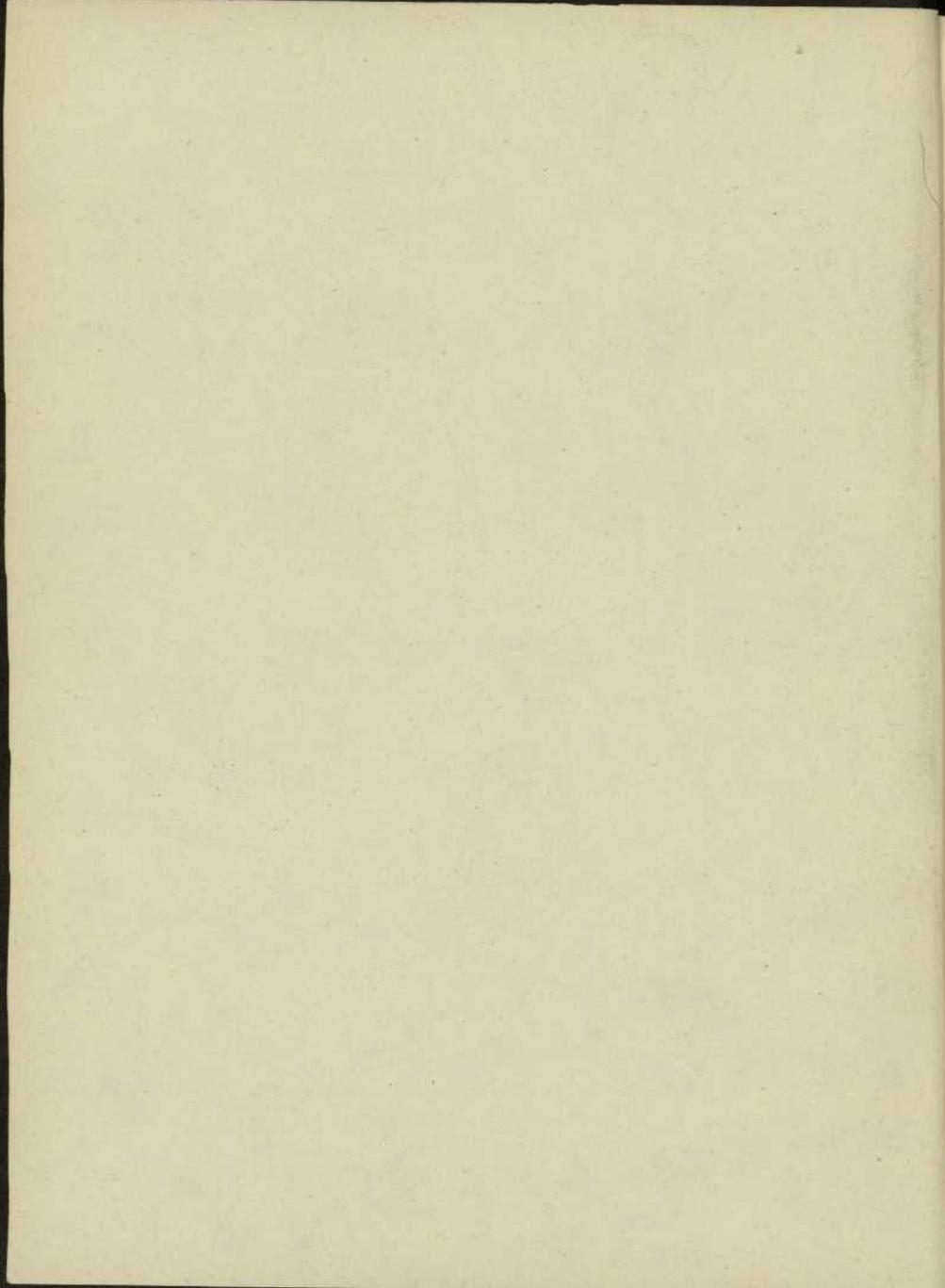
VICTORIA

SEIX & BARRAL HERMS.
BARCELONA



JULIO CÉSAR





R-70.711

Vidas de Grandes Hombres
PUBLICADAS BAJO LA DIRECCIÓN DE D. JUAN PALAU VERA

Vida de
JULIO CÉSAR

ENTRESACADA DE PLUTARCO, SÜETONIO
«COMENTARIOS DE LAS GUERRAS DE LAS GALIAS» (CÉSAR), ETC., ETC.

POR

D. JUAN PALAU VERA

LICENCIADO EN FILOSOFÍA, FUNDADOR Y DIRECTOR QUE FUÉ DEL
COLEGIO MONT D'OR

95070

B.P. BURGOS
N.R. _____
N.T. 59'
C.B. _____
23505



S. A. Industrias Gráficas-Seix y Barral Herms.
EDITORES

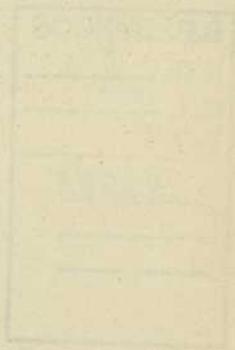
Provenza, 219 :: BARCELONA

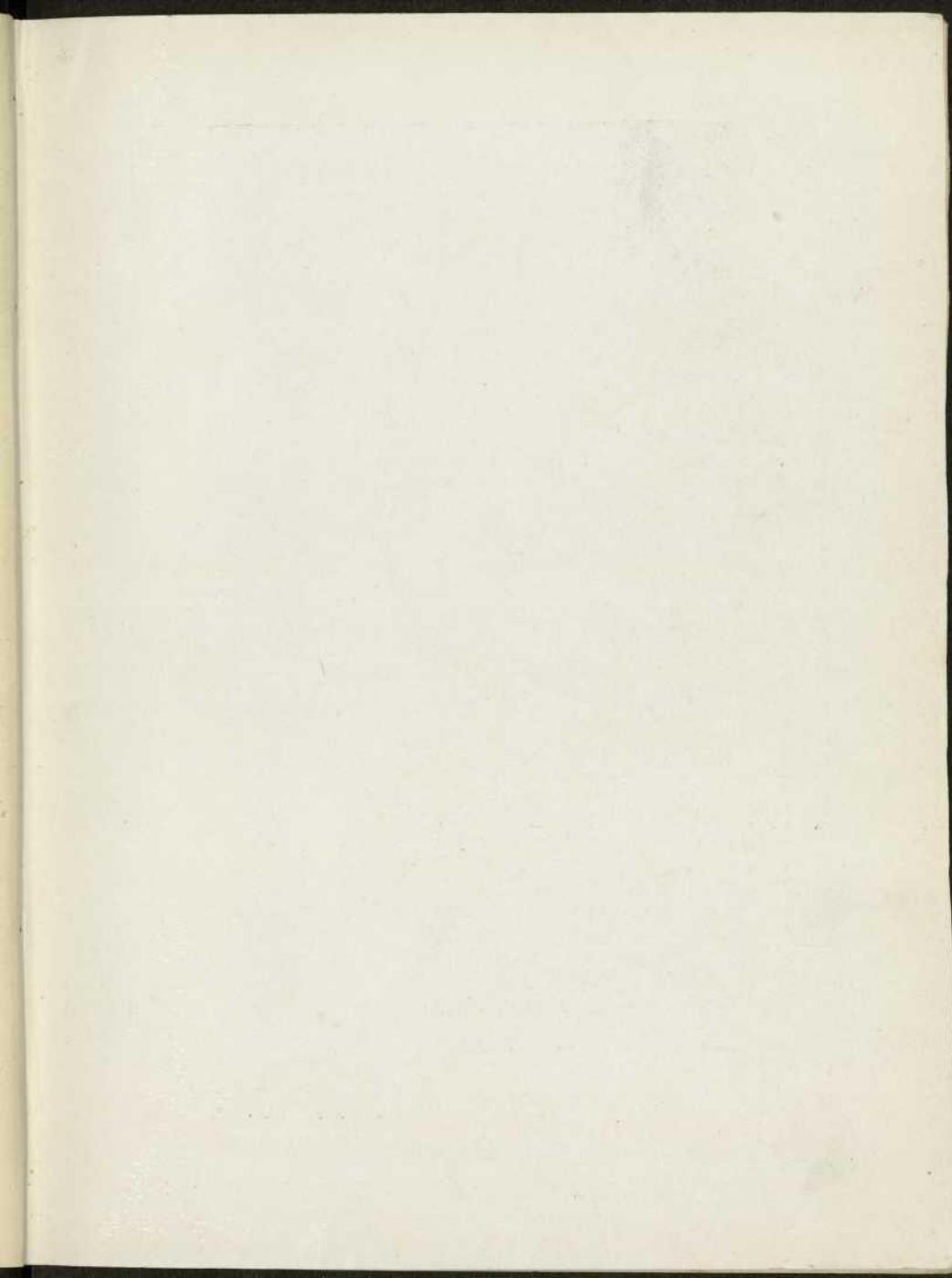
1914

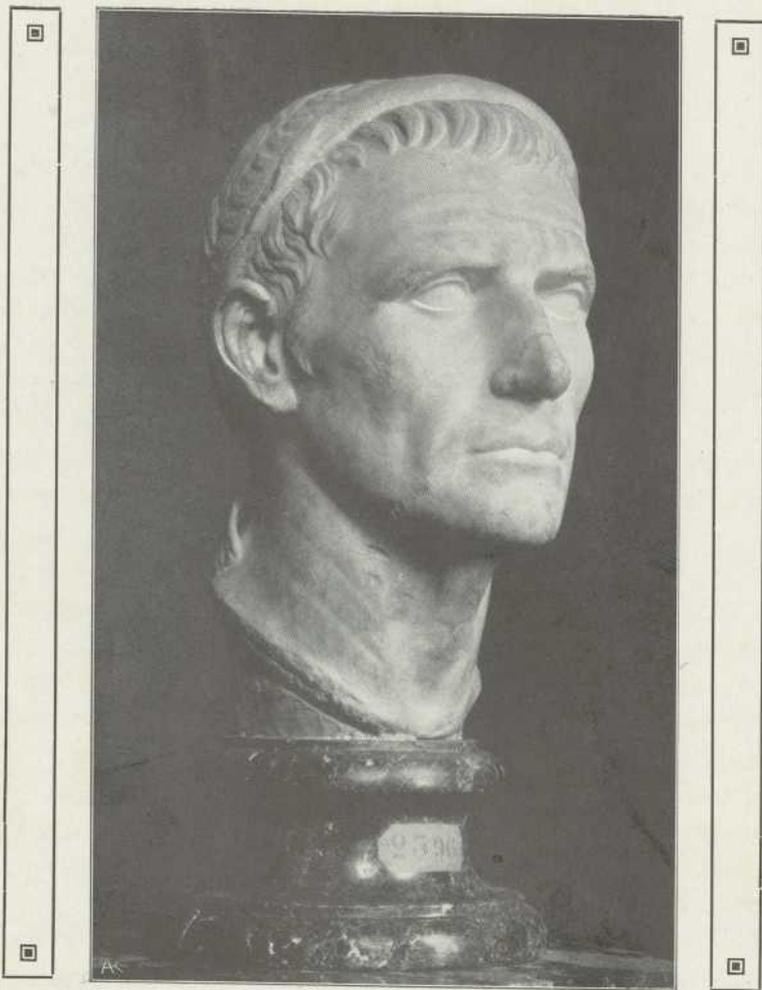
Vinos de Grandes Reservas
Vino de
JULIO CÉSAR

Dr. Juan Pablos Vera

PROPIEDAD REGISTRADA
: COPYRIGHT, 1914 :







BUSTO DE JULIO CÉSAR
(Mármol, Museo del Louvre, París)

PREFACIO

Esta colección de biografías tiene por objeto poner de manifiesto el grado supremo de la energía y la nobleza humanas, para que los jóvenes, tan inclinados por instinto a admirar todo lo que significa esfuerzo viril y heroísmo, gocen en la lectura de los hechos magníficos engendrados por el ardiente patriotismo, el severo sentimiento del deber, el valor personal y desprecio del peligro, la noble ambición, la exaltada religiosidad o las maravillosas creaciones de la inteligencia, y los que sean capaces sientan nacer en ellos deseos ardientes de dignificar y espiritualizar de algún modo su vida; pues no existe lectura más sugestiva de un elevado ideal, ni que más contribuya a decidir de una vida y a formar un carácter, que la lectura de las vidas de los grandes hombres.

«En la vida de los grandes hombres aprendemos a pensar como ellos pensaban. Nuestro pequeño pensamiento, en contacto con los grandes, crece», ha dicho un autor, y a esto añadiremos que a miles podrían citarse los casos de los que en circunstancias difíciles han encontrado el valor y el estoicismo suficiente para sobrellevarlas en el recuerdo del ejemplo de un grande hombre.

La lectura de las vidas de los hombres superiores, dará además a conocer lo que la humanidad y, por consiguiente, cada uno de nosotros les debe del estado actual del progreso; y al aprender que todo se lo debemos a ellos y que todas las hermosas y fantásticas probabilidades que nos ofrece el presente y porvenir es debido a sus trabajos y en

muchos casos a sus hondos sufrimientos, nos sentiremos agradecidos y nos inclinaremos ante esos muertos ilustres con admiración y respeto.

Junto a los héroes, cuya vida se ha exteriorizado en actos de visible trascendencia en la historia de la civilización, aparecerán también las soberbias figuras de algunos contemporáneos, y tampoco olvidaremos las de los héroes oscuros, víctimas del deber, cuyo sacrificio diario y desconocido hace posible la conservación de la seguridad y bienestar sociales, para mostrar cómo el heroísmo no se manifiesta siempre en hechos teatrales, sino que cabe, y quizás sea ésta su forma más hermosa, mostrarse en el sencillo cumplimiento estricto del vulgar deber cotidiano.

*
*
*

Una colección de esta naturaleza era necesaria. Hasta ahora, las vidas de los grandes hombres se hallan esparcidas en obras, muchas de ellas indigestas, no expurgadas y de difícil, por no decir imposible, acceso a la juventud. De lo que principalmente nos hemos preocupado es de presentarlas de modo que la acción se desarrolle viva, palpitante, expresiva por sí misma, sobria de comentarios. En esta forma, el trabajo crítico y de apreciación queda casi exclusivamente a cargo del lector, y si el héroe incurre en alguna falta, pues es al fin y al cabo un hombre, el buen sentido reprobará la falta, sin que sea necesario llamar sobre ello la atención, ni estorbar o enfriar la llama del entusiasmo que el relato pretende mantener encendida.

JUAN PALAU VERA

Noviembre de 1913.

VIDA DE JULIO CÉSAR

La juventud de Julio César y su política hasta el Consulado

En el año 82 (a. de J.-C.) entraba el aristócrata Sila en Roma, triunfante de la terrible guerra civil, que había terminado con la derrota de su adversario, Mario, jefe del partido popular.

Nombrado Sila dictador por el Senado, se propuso castigar con la muerte y confiscar los bienes de todos los que hubiesen combatido contra él, y pronto empezaron a publicarse largas listas de proscripción, en las cuales figuraban los nombres de sus enemigos que se habían señalado en el partido popular vencido, y hasta muchos de pacíficos ciudadanos que no habían cometido más delito que el de poseer una fortuna. Pero la sed de venganza de Sila era insaciable y la hacían más terrible todavía la codicia de sus partidarios, algunos de los cuales, convertidos en infames delatores, acumulaban enormes riquezas. Muchos personajes quedaron arruinados, otros tuvieron además que salir huyendo de Roma y refugiarse entre los bárbaros, en África, en España ó en Asia. Algunos lograban salvarse de la muerte y la ruina poniéndose bajo la protección de un amigo de Sila; pero estos mismos vivían en constante inquietud, pues

bastaba el más lejano parentesco, el menor favor prestado, el acto más inofensivo, la misma abstención durante la revolución, para ser víctima de alguna cobarde denuncia.

Entre millares de víctimas cuentan que murieron, acusados de simpatizar con el pueblo, cuarenta senadores y más de seiscientos caballeros.

En estos terribles tiempos para Roma, y en medio de tantos horrores, se paseaba tranquilamente y ocioso por la ciudad un joven llamado Cayo Julio César. César era de buena estatura y bien formado, de temperamento robusto, aunque se dice que llegó a sufrir algunos ataques de epilepsia; tenía entonces la cara llena, el cutis blanco y los ojos negros y vivos. En esa época era un joven a la moda, un elegante que sólo llamaba la atención por su cuidado en el vestir. Llevaba comunmente un laticlave (1) guarnecido de franjas que le llegaban hasta las manos y, por encima de este vestido, se ceñía con cierto estudiado descuido que le daba un aire de aristocrática displicencia.

César daba una extremada importancia al cuidado de su cuerpo, y no sólo se hacía afeitar la barba, sino que algunas personas le reprochaban el hacerse arrancar el pelo para que el cutis de su cara apareciera más fino y suave.

Tenía poco cabello y esto le causaba un profundo pesar, porque su calvicie fué siempre motivo de las burlas y bromas de sus amigos y, más tarde, aun de sus mismos soldados. Para disimular su falta de pelo, tenía la costumbre de recoger los pocos que tenía y llevarlos hacia adelante, que era el lugar donde menos crecían.

(1) Traje de distinción y de dignidad entre los romanos.

Al final de su carrera política, cuando hubo llegado al pináculo de la gloria, el honor que más agradeció fué, según parece, el permiso otorgado por el Senado de llevar constantemente una corona de laurel, la cual disimulaba, en parte, su calvicie.

Su familia era noble y su padre había ocupado un puesto en la política, militando siempre en el partido opuesto al del Senado y los conservadores, entonces dueños de la situación con el triunfo de Sila.

Esta circunstancia y el ser sobrino de Mario le hubieran atraído seguramente las iras del dictador, a no ser tan joven, no muy rico, poco conocido en el mundo político y a ciertas amistades con que hasta entonces había logrado salvarse de las denuncias. Pero pronto tuvo lugar un suceso que, llamando sobre él la atención, lo puso en grave peligro. César, rehusando las proposiciones que le hicieron de casarse con Cosutia, riquísima heredera de una distinguida familia, había preferido unirse en matrimonio con Cornelia, hija de Cina, que había sido un gran jefe revolucionario y enemigo de Sila. Al tener éste noticia de un enlace que forzosamente debía ver con malos ojos, dió á César la orden de repudiar a su joven esposa. César, que la amaba entrañablemente, antes que ceder y obedecer tan inhumana orden, prefirió ver confiscadas la dote y la herencia paterna; pero tuvo que escapar de Roma para no verse incluído en las listas de proscripción y quizás tener que pagar con la muerte su atrevida desobediencia.

Oculto y errante anduvo algún tiempo por el país de los Sabinos, logrando siempre escapar de la persecución de los agentes de Sila; cuando, una noche, hallándose despreveni-

do, vino a caer en manos de los soldados que recorrían el país en busca de los refugiados.

César, viéndose perdido, ofreció al caudillo que le había prendido dos talentos (10.000 pesetas) para que le dejase alcanzar la costa y huir al Asia. El caudillo aceptó, y el fugitivo pudo de este modo llegar al mar y allí procurarse una barca en la que se alejó de las costas de Italia.

Los parientes y amigos de César trabajaban mientras tanto en Roma para obtener el perdón de su audacia y rebeldía, y parece que no fueron vanos sus esfuerzos, porque al poco tiempo recibió el permiso de agregarse al propretor Marco Minucio, que iba a sitiar a Mitelene, ciudad del Asia, que todavía no se había rendido a los romanos.

De Mitelene hizo César, por encargo del propretor, varios viajes a Bitinia, con objeto de pedir barcos para el sitio, y, hallándose en estas ocupaciones, le llegó la noticia de la muerte de Sila, por lo que se decidió a regresar a Roma.

Hallábanse en aquella época los mares infestados de piratas que, aprovechando las guerras y luchas civiles de Roma, habían acrecentado tanto su poder, que ya no se contentaban con pillar las costas de Asia, sino que llegaban a las del Adriático y hasta la misma Italia occidental.

Habían llegado a ser tan ricos y poderosos que, según cuentan los antiguos, poseían buques magníficos de proa dorada, con remos plateados y puentes adornados de tapices de púrpura, donde celebraban banquetes al son de alegres músicas. Eran tan numerosos, que acabaron por formar un verdadero Estado, con sus jefes, plazas fuertes, arsenales y una verdadera flota de guerra, con la que detenían y apresaban los barcos mercantes, atacaban las ciudades, pillaban en

templos y secuestraban personas ricas para hacerles pagar luego un crecido rescate. Habían llegado a creerse los invencibles señores del mar y ya despreciaban a los romanos (1). Se cuenta que, cuando un prisionero decía ser romano, se fingían, para divertirse, poseídos de un profundo respeto; se arrodillaban ante él, le rogaban les perdonase el error sufrido y le vestían con una toga para que pudiesen en lo sucesivo reconocer su calidad de ciudadano de Roma. Después de esto traían una escalera, que colocaban en dirección al mar, e invitaban al romano a bajar por ella para volver tranquilamente a Roma. Claro está que, si rehusaba, lo echaban, entre grandes carcajadas, al mar (2).

En manos de estos piratas de Cilicia cayó César en su viaje de regreso a Roma, y a propósito de su estadía entre ellos, se cuentan interesantes anécdotas.

Parece ser que los piratas le pidieron por su rescate 20 talentos (100.000 pesetas). César, en oyendo esta proposición, se echó a reír y les dijo que se equivocaban sobre el valor y la calidad de su cautivo.

—Cincuenta talentos es lo que por mi rescate os daré en vez de veinte—les dijo, y habiendo mandado a los de su comitiva, unos a un lado, otros a otro, en busca del dinero, se quedó entre los piratas con un solo amigo y dos criados por todo acompañamiento.

A pesar de la difícil situación en que se hallaba, César no dejó por eso de tratarles con gran desdén y como si allí

(1) Pompeyo acabó con ellos en el año 67 antes de J.-C.

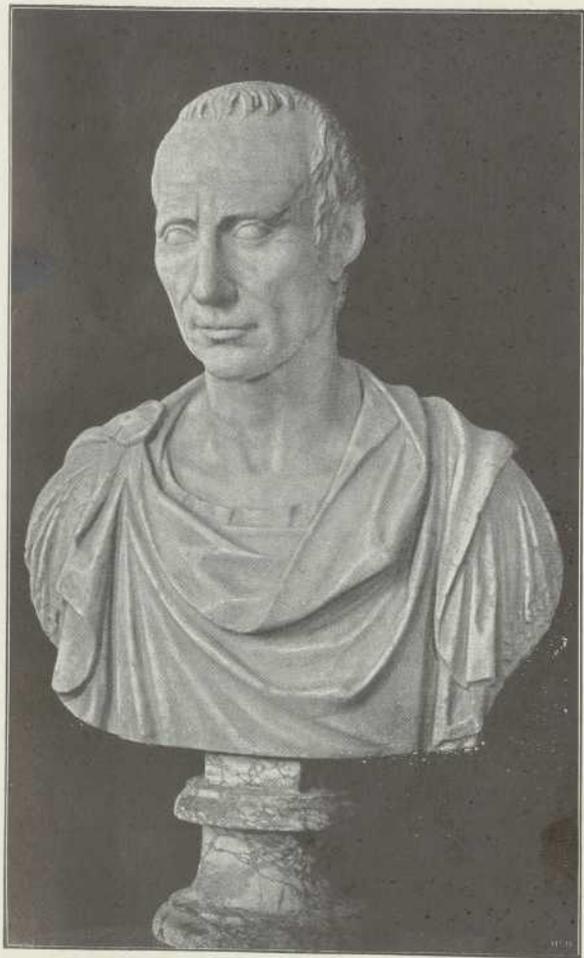
(2) Así lo cuenta Plutarco. Otros dicen que este suceso tuvo lugar en su segundo viaje a Oriente, habiendo César mismo mandado a Roma esta embellecida relación de su aventura.

él fuese el verdadero y único señor, de tal modo que, al irse a dormir, les mandaba siempre a decir, como si estuviese en su propia casa, que sobre todo no hiciesen ruido, porque no lo podía soportar.

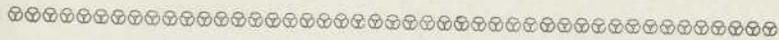
Durante los treinta y ocho días que estuvo preso, se entretenía componiendo discursos y poesías, que luego les leía, tratándoles de ignorantes y bárbaros si no le aplaudían. Otras veces, cuando se hallaba malhumorado, les amenazaba, entre burlas y veras, de hacerles colgar a todos en cuanto recobrase la libertad, de lo cual se reían aquellos hombres, tomándolo como una salida de tono y broma propia de su juventud y atolondramiento.

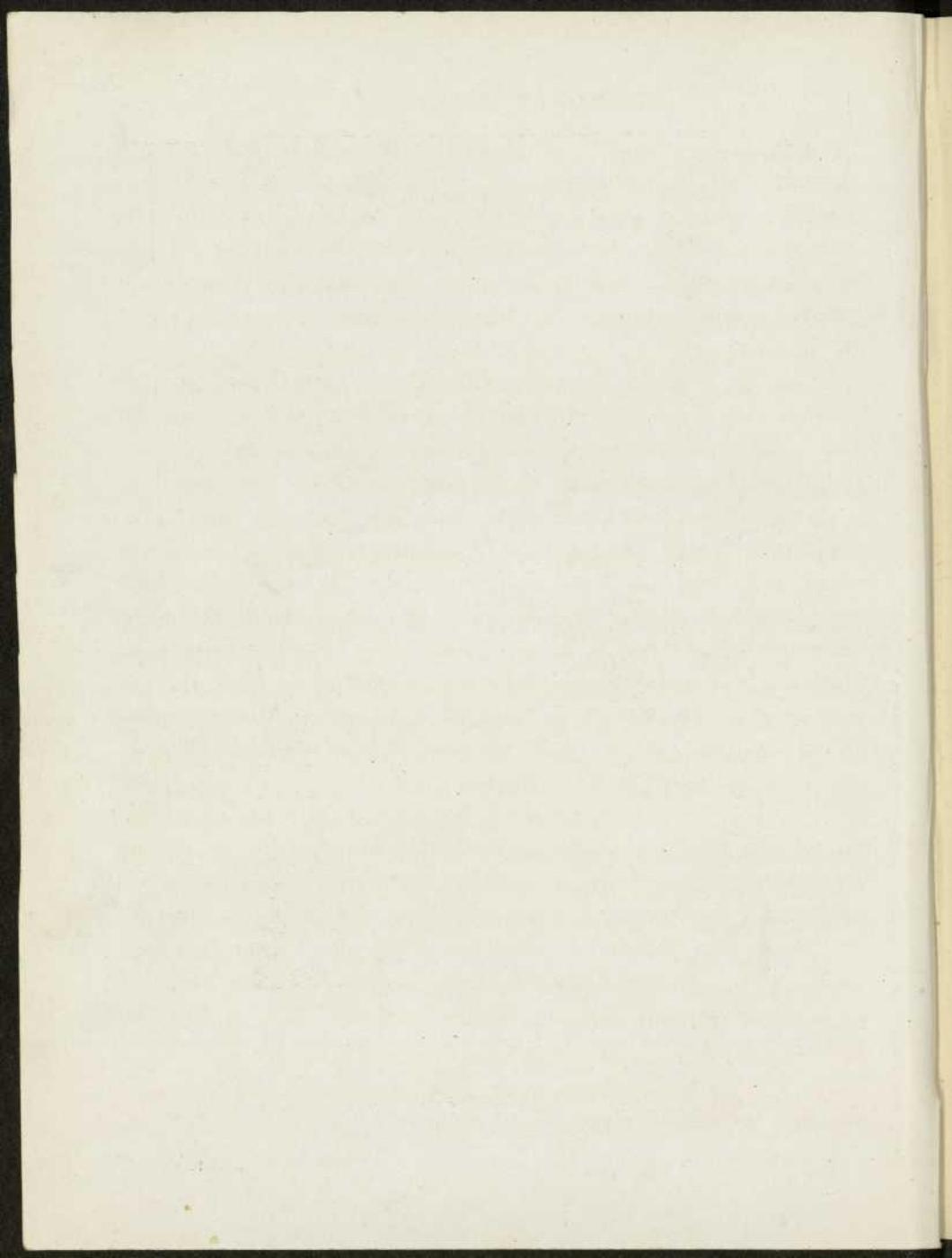
Mas en cuanto llegó de Mileto el rescate y fué puesto en libertad, equipó César al punto unas cuantas embarcaciones, con las que sorprendió anclados todavía en una isla a los piratas; se apoderó de la mayor parte de ellos y de sus riquezas, y se los llevó encadenados a Pérgamo, donde los tuvo encerrados en las prisiones, esperando las órdenes del gobernador de Asia, que había sido avisado de lo que ocurría. Transcurrían los días y la sentencia de éste tardaba tanto en llegar que, cansado ya César de tantas dilaciones, sin esperar más órdenes, hizo colgar a todos aquellos bandidos, recordándoles la promesa que les había hecho cuando era su cautivo.

Instalado de nuevo en Roma, continuó aparentemente la vida de los jóvenes nobles de su época, encantando a todos por su trato agradable, por sus banquetes, por su ilustración y por el elegante fausto de su vida; pero en medio de aquella aparente frivolidad, César iba preparándose para entrar de lleno en la agitada vida política.



BUSTO DE JULIO CÉSAR (Mármol)





Pocos eran capaces de descubrir en aquel ingenioso hablador y elegante de salón, al ambicioso, al infatigable trabajador, al gran general, al sabio, al artista y al señor del imperio que César llegó a ser. Sólo el famoso Cicerón (1) parece haber sospechado que, bajo aquel semblante sereno y alegre, podía ocultarse un gran ambicioso y un dominador de hombres.

—Pero cuando veo—decía—aquella cabellera tan cuidadosamente arreglada y aquel rascarse la cabeza con un solo dedo, ya no me parece que aquel hombre pueda concebir grandes maldades, ni la usurpación del gobierno.

César era muy ambicioso, pero era también muy prudente por temperamento, y a esto debió sin duda el no verse complicado en una intentona revolucionaria que tuvo lugar por entonces y que fracasó por completo. Considerándolo de momento menos peligroso y sin duda más oportuno, se contentaba con ir despertando la admiración de los romanos con su gran elocuencia y magníficos discursos, que pronunciaba siempre con voz clara y reposada, acompañada de gestos adecuados, dignos y graciosos.

En el año 77, ansioso ya e impaciente por adelantar en su carrera política, se decidió a llamar la atención acusando a los personajes más poderosos del partido de Sila, todavía en el poder, con motivo de ciertos abusos cometidos en Grecia.

Eran estos personajes, Dolabella, antiguo amigo del dictador, y un general llamado Antonio Ibrida. César desplegó en esta ocasión todo su talento oratorio; mas aunque el

(1) Cicerón fué el orador más elocuente de Roma y de la antigüedad, y un gran hombre de Estado.

público veía siempre con buenos ojos todo ataque dirigido contra los poderosos déspotas que formaban el partido de Sila, no se atrevía todavía a condenarles y a ponerse decididamente al lado de los acusadores.

El resultado del proceso fué que los acusados quedaron absueltos y que César vió con dolor cómo aumentaba el disgusto con que empezaban a verle los grandes señores de Roma, los cuales empezaban a sentirse molestados por aquel audaz e intrigante sobrino de Mario.

Desanimado César con este contratiempo, se fué a pasar otra temporada en Oriente, en Rodas esta vez, lugar donde acudían entonces los jóvenes ricos que querían perfeccionarse en la elocuencia. Allí trabajó César seriamente y llegó a tal perfección en la oratoria, que, en una carta de Cicerón dirigida a su amigo Cornelio Nepote, le escribía lo siguiente:

«¿Cuál de entre los oradores de oficio logran superarle? ¿Cuál podría anteponérsele por la abundancia y vigor de las ideas y por la belleza y elegancia de la expresión?»

Además de la oratoria, César debió en esta época entregarse al estudio de la astronomía científica y de la táctica y la estrategia en los textos griegos, al mismo tiempo que afinaba su gusto artístico, que más tarde tuvo ocasión de demostrar en la organización de fiestas y en la construcción de monumentos.

Mas no tardaron los acontecimientos en venir a interrumpir su vida de estudio en Rodas para llevarle de nuevo a Roma al campo de la política, a la que se entregó por completo a partir del año 73 (a. de J.-C.).

El cambio que se había producido durante su ausencia

era grande. Roma tenía en aquellos momentos absorbida su atención por grandes y graves cuestiones que ponían en peligro su poder. Por una parte, veía crecer la influencia de Sertorio, antiguo general de Mario, que había logrado crearse un gran poder en España y amenazaba con independizar la Iberia; por otra, tenía que atender a una guerra en Oriente contra Mitrídates; una sublevación de esclavos tenía asustadas a las clases adineradas, y la amenaza de los piratas, que crecían en audacia, hacía necesaria una campaña de exterminio. Todos estos peligros, acompañados de las grandes dificultades que iba ofreciendo el aprovisionamiento de trigo y la mala situación económica de Italia, habían irritado la opinión, que protestaba airada del Senado, del Gobierno y del partido conservador, que tan mal conducía las cuestiones públicas.

Con esto, el partido popular renacía y César llegaba a Roma en un momento en que era natural fuese bien recibido en calidad de sobrino de Mario y de enemigo de Sila y del partido imperante. Animado César al ver el giro que se iba produciendo en los ánimos, aprovechó aquella ocasión para hacer su entrada en la carrera política, logrando ser nombrado *tribunus militum* (especie de coronel con mando sobre 1.000 hombres).

Era muy difícil en aquel tiempo reunir votos y hacerse popular. El comercio de votos se hacía en tan gran escala, que para comprarlos era a veces preciso gastar una verdadera fortuna. César, que, como sabemos, no era muy rico, tuvo que seguir, para conseguir sus propósitos, otra táctica más larga quizás, pero también eficaz entre aquel mundo corrompido y vano: la de la adulación.

Para ello era necesario empezar por madrugar y recibir sonriendo amablemente al sinnúmero de curiosos, vagos y holgazanes que acudían para conocerle, y, lo que es peor, para pedirle favores, dinero, recomendaciones, protección o la defensa de algún asunto. Después tenía que ir al foro para hablar con los magistrados, políticos, senadores y banqueros. Por la calle le era forzoso detenerse con los impertinentes, recordar, auxiliado de un esclavo, los nombres de toda aquella clientela de parásitos, para cada uno de los cuales había que tener una sonrisa, una palabra amable para no enemistarse con ellos, pues cada uno representaba un voto el día de las elecciones. Y esto todavía no bastaba. Tenía que invitar a comer, visitar los salones donde las damas de la aristocracia se entretenían a veces en tejer intrigas políticas y asistir a los funerales de todo personaje influyente.

De momento sus trabajos no le produjeron más que aquel primer y modesto éxito. Los hombres del día eran Pompeyo, el joven y victorioso general, y Craso el millonario, que desempeñaban entonces en Roma un papel demasiado importante para que César pudiese llamar la atención de aquel deslumbrado público.

Mas poco a poco, su inteligencia, su distinción, su elocuencia, su mismo saber, iban aumentando las simpatías del partido popular, el cual empezaba a ver en él uno de sus distinguidos campeones, aunque César mostraba todavía cierta moderación en sus ideas políticas.

Al cabo de poco tiempo fué elegido cuestor (1) sin gran

(1) El cuestor era un empleado adjunto a un magistrado, encargado de llevarle las cuentas.

oposición. Mientras desempeñaba este cargo, vino a morir Julia, su tía, la viuda de Mario. El pueblo acudió en masa para oír el magnífico elogio que César pronunció en la plaza pública, y para ver las imágenes de Mario, que se atrevió a hacer llevar en la pompa fúnebre, exhibidas entonces por primera vez después del gobierno de Sila. Algunos conservadores clamaron contra este hecho. Los amigos de Mario eran considerados desde los tiempos de Sila como enemigos públicos, y lo realizado por César podía considerarse como un acto revolucionario. Pero el pueblo se puso decididamente de su parte y recibió con aplausos aquella demostración, agradecido de que en aquellos tiempos hubiera quien se acordase de los honores que Roma debía al que había sido un día su salvador (1).

Después de dar sepultura a su mujer, que murió poco después que su tía, estuvo César una corta temporada en España como cuestor del pretor Vetere.

Vuelto a Roma, continuó esforzándose por atraerse el mayor número posible de amigos y admiradores. Indeciso todavía en cuanto al camino que seguiría en política y temiendo aparecer demasiado inclinado al partido popular, con lo que se establecía una barrera infranqueable entre él y los elementos conservadores, concibió César el proyecto de reconciliar los dos partidos, siguiendo de este modo los impulsos de su temperamento moderado y de su cultivada inteligencia, que repugnaba todos los extremos.

Su casamiento con Pompeya, nieta de Sila, era el princi-

(1) Mario había salvado a Italia de la invasión de los cimbrios y tentones.

pio de la realización de sus planes, pues con este acto, sin llegar a desagradar al partido popular, lograba llegar a ser bien visto hasta de los mismos conservadores.

Después de esto se comprende que, sin dificultades serias, fuera nombrado edil (1) en el año 65 (a. de J.-C.).

Mientras César subía así, lentamente, en la carrera de los honores, Pompeyo, el joven general, cada vez más favorecido por la fortuna, se cubría de gloria en Oriente, derrotando a Mitridates, reduciendo el Ponto, la Bitinia y la Siria a provincias romanas, y más tarde limpiando el Mediterráneo de piratas.

Craso, por otra parte, a fuerza de inteligencia y auxiliado por las inmensas riquezas que seguía acumulando, había logrado conservar un poder tan grande, que casi rivalizaba con el de Pompeyo. Pero eso no bastaba a satisfacer las ansias de gloria del millonario. Craso necesitaba realzar todavía más su prestigio con algo extraordinario, con una conquista comparable a las de Pompeyo, y para ello proyectó la invasión del Egipto. El Egipto era una bella presa. Su producción de trigo era tan grande, que el sobrante se exportaba a otros países menos favorecidos.

El proyecto, aunque podía reportar grandes ventajas a Roma, entre otras abaratar el precio del pan, encontró una enérgica resistencia en los amigos de Pompeyo, no logrando tampoco Craso el apoyo de ninguno de los políticos influyentes en el partido popular. Uno sólo se comprometía a de-

(1) Los ediles estaban encargados de las calles, de las fiestas de los mercados y de la conservación de las carreteras. Eran una especie de concejales.

fenderlo, como había defendido antes la jefatura de Pompeyo para la guerra de Oriente: éste era Julio César.

César se hallaba a la sazón falto de recursos. Dice el historiador Plutarco que sus deudas alcanzaban a 13.000 talentos (seis millones y medio de pesetas), y para alimentar su popularidad y lograr algún día ser nombrado pretor de alguna provincia, que era entonces el medio más directo de rehacer las fortunas, necesitaba tirar el dinero a manos llenas.

Cuando César vió que ya no era posible encontrar quién le fiase, se decidió a ponerse a las órdenes de Craso, comprometiéndose a apoyarle en sus proyectos.

Con el dinero que Craso le proporcionó, empezó César a deslumbrar al pueblo con prodigalidades nunca vistas. Llenó el foro y el Capitolio de cuadros, ensanchó la arena del circo de uno y otro lado, y allí los jóvenes de las familias nobles hacían correr magníficos carros tirados por dos o cuatro caballos. En unas grandes fiestas que organizó, ofreció al pueblo espectáculos nunca vistos hasta entonces. Entre otras cosas, hizo presentar ante las multitudes los príncipes de Asia y Bitinia danzando danzas pírricas. Durante cinco días se sucedieron combates de fieras, terminándose este feroz espectáculo con una batalla entre dos ejércitos, compuesto cada uno de 500 infantes, 20 elefantes y 300 caballeros. Para honrar la memoria de su padre, hizo luchar, durante tres días seguidos, en un estadio construído exprofeso en el campo de Marte, 320 atletas, armados con flechas y lanzas de plata, cosa vista entonces por primera vez.

En otra ocasión, buscando siempre grandes novedades con que atraerse la admiración de las viciadas masas roma-

nas, ávidas de espectáculos, hizo disponer un lago artificial donde barcos tirios y egipcios, ricamente adornados, de dos, tres y cuatro hileras de remos y llenos de combatientes, libraron una verdadera batalla naval.

También parece haber sido idea de César el que se diesen representaciones teatrales en distintos idiomas para aquella población romana de tan diversos orígenes.

De toda Italia acudía gente para asistir a esos festejos, y en algunas ocasiones la aglomeración era tan grande, que miles de personas tenían que dormir al aire libre o en tiendas de campaña en las calles, plazas y campos, dándose con frecuencia también el caso de morir algunas asfixiadas entre las apretadas multitudes. De esta manera murieron una vez dos senadores.

Se comprende el efecto que esta manera de proceder debía hacer en aquel pueblo impresionable y ávido de goces; pero lo que acabó de granjearle las simpatías populares fué el hecho siguiente.

Una mañana unos ciudadanos vieron con asombro colocadas en el Capitolio las imágenes de Mario con estatuas de la victoria en actitud de conducir sus trofeos. Además, unos grandes letreros expresaban los triunfos del general que había salvado la República de la invasión de los cimbrios y teutones. Todos se llenaron de temor por el que los había puesto. Estos trofeos eran los que Sila había mandado retirar y su restauración significaba la más audaz protesta con su partido y el régimen por él establecido.

Difundióse pronto la noticia por la ciudad, y durante varios días, acudió a verlos una multitud enorme, que seguía rindiendo culto a la memoria del viejo Mario. Algunos de sus

veteranos, sin poder contenerse, dejaban escapar lágrimas y profundos sollozos ante la imagen del héroe venerado, y el Capitolio resonaba con los gritos y aplausos frenéticos del pueblo, que presentía que todo aquello no podía atribuirse más que al atrevimiento de César.

El Senado, viendo aquella imponente manifestación de protesta contra los conservadores, se reunió a toda prisa, y César fué objeto de violentos ataques. Catulo, un joven aristócrata muy respetado, le acusó diciéndole que ya no se limitaba a usar la intriga para minar las instituciones, sino que se atrevía a atacar la República a la vista de todos. Pero la serenidad de César en medio de aquella tempestad de pasiones, la moderación y firmeza de su defensa, y sin duda el rumor de la multitud que se agitaba en los alrededores del Senado, hicieron comprender a sus más exaltados enemigos el peligro de llevar más allá sus ataques en aquellas circunstancias. Los trofeos quedaron en pie en el Capitolio, y el entusiasmo que el pueblo sentía por César subió de punto, hasta llegar a declarar que él sólo se mostraba digno sobrino de Mario.

Este acontecimiento, si bien aumentó su prestigio entre los demócratas, le alejó de los conservadores, que con este motivo resucitaron su antiguo encono contra él y se oponían a todos los proyectos que César presentaba, haciendo fracasar, entre otros, el de la conquista de Egipto, que, como sabemos, defendía por cuenta de Craso.

Los sueños juveniles de César de una política de conciliación entre los partidos extremos se iban desvaneciendo al contacto de las bajas realidades y de las exigencias de la política romana, contagiada como estaba del espíritu de co-

rupción que empieza a invadir todos los órdenes de la vida en estos últimos tiempos de la República.

El público moderado lo veía con disgusto lanzarse a una peligrosa política demagógica; mas el odio de los conservadores llegó a tal extremo, a tal punto alcanzó la violencia de los ataques y las bajas calumnias, que César creyó que su misma vida estaba en peligro y trató de defenderse como pudo, no hallando otro medio de mostrar los dientes que suscitar cuestiones políticas que excitaran al pueblo y dar así fuertes golpes que asustaran a los conservadores.

En esto se halló vacante el cargo de pontífice máximo. Este cargo daba la dirección suprema del culto oficial y el privilegio de habitar en un edificio público. El pontífice máximo había sido siempre elegido por el pueblo; sólo desde los tiempos de Sila la elección era hecha únicamente entre los otros pontífices. César trató de resucitar la antigua forma de elección y al mismo tiempo se preparó para ser elegido. Los conservadores se reían de su pretensión y alguno llegó a ofrecerle dinero para que desistiese de su empeño. Esto hirió a César en lo más vivo y le hizo lanzarse con más ardor todavía en la pelea, ayudado por Craso, que en ésta, como en otras ocasiones, le prestaba su apoyo.

Los hábiles manejos de César lograron por fin que se restableciera la antigua ley romana, y el pueblo, con gran asombro de todos, le invistió con aquel respetable cargo, que, entre otras, tenía la ventaja de ponerle a cubierto de los ataques de un cónsul enemigo. Mas no se contentó César con este pequeño triunfo, y al poco tiempo, aprovechando las próximas elecciones, se hizo nombrar pretor.

El cargo de pretor autorizaba a administrar justicia, a

tener el mando de un ejército y a gobernar una provincia.

En la situación en que había quedado después de tantas intrigas y luchas contra los conservadores, y en la necesidad en que se hallaba de rehacer su patrimonio, el cargo de pretor colmaba, de momento, sus aspiraciones.

Gobernar una provincia significaba en aquella época acumular riquezas en poco tiempo y con poco esfuerzo; disponer de un ejército era lo mismo que disponer del instrumento indispensable para escalar algún día los primeros puestos de la República.

España fué la provincia que le tocó en suerte. Al poco tiempo de haber recibido su nombramiento, se puso César en camino, coincidiendo su salida de Roma con la entrada de Pompeyo, el afortunado general, que volvía de Oriente cubierto de gloria, después de haber reinado como un soberano sobre los pueblos del Asia.

La fortuna que Pompeyo había amasado era inmensa, y la autoridad que sus triunfos y conquistas le daban era tan grande, que al saberse su regreso, grande había sido la inquietud que había reinado en Roma, por correr el rumor de que el general quería aprovechar su prestigio para derribar la República y fundar una monarquía.

Pompeyo, quizás muy ajeno a este proyecto, luego que hubo desembarcado en Brindis, licenció sus tropas y, acompañado de pocos amigos, se había dirigido a Roma para dar cuenta al Senado de sus empresas en Oriente, como era entonces costumbre.

Las gentes, al verle así desarmado y desmentir con este acto las intenciones que se le atribuían, le recibieron con grandes ovaciones, dando muestras de inmenso júbilo.

Era costumbre en Roma que los generales que habían vencido a los enemigos en una batalla en que hubiesen perecido por lo menos 5.000 hombres, estaban autorizados por el Senado para celebrar lo que llamaban el *triunfo*. El triunfo consistía en ir en procesión militar al templo de Júpiter del Capitolio. Como la religión prohibía el entrar armado en la ciudad, el general tenía que esperar con su ejército a las puertas de Roma, mientras el Senado examinaba si merecía se le concedieran los honores del triunfo. Si el permiso era concedido, la procesión se disponía de este modo: a la cabeza iban los magistrados y senadores; después venían los carros cargados de botín, los cautivos a pie, encadenados, y este desfile duraba a veces varios días. Por último, llegaba el carro del triunfo, dorado, en forma de torre y tirado por cuatro caballos. Allí, sobre un trono de marfil, venía sentado el triunfador, vestido de una larga túnica de púrpura bordada de oro; llevaba brazaletes en los brazos y sobre la cabeza una corona de laurel; tenía además la cara pintada de colorado, porque así era como los romanos se representaban a los dioses. Todos los soldados seguían el carro, agitando una rama de laurel y cantando una canción con un estribillo religioso. El cortejo atravesaba la ciudad, pasaba por el Foro y subía al Capitolio. Allí el general depositaba la corona de laurel sobre las rodillas de la estatua de Júpiter y le daba las gracias por haberle concedido la victoria.

Los preparativos necesarios para organizar los festejos que debían tener lugar con motivo de celebrarse el triunfo de Pompeyo empezaron en seguida, pero la ceremonia se retrasó algo para dar tiempo a que llegasen los tesoros que navegaban hacia Italia, y hasta fines de Septiembre del año

60 no estuvo todo dispuesto. El historiador y artista G. Ferrero nos refiere el espectáculo del triunfo de Pompeyo del modo siguiente:

«En la mañana del día 29 el cortejo se puso lentamente en movimiento siguiendo la Vía Apia. Iban delante dos grandes cuadros en que se mostraban resumidas las empresas de Pompeyo y en donde se afirmaba que había aumentado los ingresos de la República de 50 a 80 millones de dracmas (38 a 64 millones de pesetas) con los tributos impuestos a las nuevas provincias por él conquistadas. Después de los cuadros venía una interminable procesión de carros cargados de corazas, cascos y proas de navíos de piratas; venían después mulos cargados de plata, que llevaban unos 60 millones que el conquistador entregaba al Tesoro público. Seguían las maravillosas colecciones de piedras preciosas de Mitrídates, dispuestas con gran arte, y cada uno sobre un carro especial los objetos de gran valor de que se habían apoderado: una mesa de juego formada únicamente de dos piedras de gran valor y de un tamaño extraordinario; tres camas preciosas, una de oro macizo regalada por el rey de los íberos; treinta y cinco coronas de perlas; nueve enormes vasos de oro, guarnecidos de perlas; tres estatuas colosales de Minerva, Marte y Apolo, también de oro; un templo pequeño de las Musas, adornado con perlas, con un reloj encima; una cama en que había dormido Darío, hijo de Istape; el trono y el cetro de Mitrídates; su estatua de plata y su busto de oro; la estatua de plata de Farnaces; un busto de Pompeyo hecho con perlas por un hábil artista oriental, y exóticas plantas tropicales, entre otras el ébano. Durante horas y horas la procesión de los maravillosos tesoros de los

últimos monarcas helenizantes del Asia se desplegó como pudo por las estrechas calles de Roma, a los ojos de una multitud inmensa que se agitaba al sol entre el polvo y los empujones con que manifestaba su impaciencia en las largas y pesadas pausas del cortejo. El público no parecía cansarse de ver cosas nuevas; esperaba siempre otras más asombrosas, y comentaba con exclamaciones, gritos y aplausos las cosas más raras o admirables. Los ojos de las damas brillaban sobre todo al ver las piedras preciosas, tan espléndidas y numerosas.

»El día siguiente, que era el aniversario del nacimiento de Pompeyo, desfiló el botín humano. Primero grandes grupos de prisioneros de todos los países, desde los piratas hasta los judíos y árabes, todos libres y sin cadenas, formando un pintoresco desfile etnográfico, en que estaban representados la inmensa variedad de pueblos sobre los cuales Roma había extendido su imperio. Venían después una multitud de príncipes y rehenes, dos célebres jefes piratas, el hijo de Tigranes, siete hijos de Mitrídates y personajes íberos y albaneses, seguidos de grandes cuadros que representaban los episodios importantes de las expediciones y de extraños ídolos de los bárbaros. Por último, apareció el triunfador sobre un carro adornado de perlas, vestido de una túnica que se decía había sido llevada en otro tiempo por Alejandro Magno.»

Pompeyo, que ya en tiempo de Sila había recibido el sobrenombre de Grande, era indudablemente en aquel momento el primer personaje de la República, y como tenía motivos para creerse el verdadero señor de Roma, consideró fácil obligar al Senado a votar dos cosas que ambicionaba: el reparto de tierras para sus legionarios y la aprobación

oficial de todas las disposiciones y actos realizados en Oriente. Pero el Senado se resistió. Pompeyo, despechado, se convirtió entonces en su enemigo declarado, no quedándole otro camino para la realización de sus planes, que conquistarse los votos populares a fuerza de dinero y promesas, como habían hecho César y Craso.

Mientras Pompeyo se agitaba en Roma empañando el brillo de su gloria militar en las bajas intrigas de la política, César seguía por tierra su viaje a España. El poder y la gloria de Pompeyo debió sin duda atormentar algo su espíritu ambicioso e inquieto, pues cuentan que, al atravesar los Alpes, pasó por una miserable aldea, poblada de unos pocos bárbaros hambrientos. A su vista, uno de los amigos que le acompañaba le dijo en tono burlón:

—¿Crees que aquí también, en este pobre y desierto lugar, habrá contiendas e intrigas por el mando y envidias entre los poderosos?

—De seguro que las habrá—contestó César—; pero yo más quisiera ser el primero en esta aldea que el segundo en Roma.

También refiere Plutarco, para demostrar la ambición desmedida de César, que hallándose éste la primera vez que fué a España leyendo en una ocasión una vida de Alejandro Magno, vino a quedarse pensativo largo rato, concluyendo por derramar algunas lágrimas. Preguntada por sus amigos la causa de su pena, les dijo:

—Pues ¿no os parece digno de pesar el que Alejandro, a mi edad, reinase sobre tantos pueblos, y que yo no haya hecho todavía nada digno de memoria?

Llegado que hubo a España, no estando este país del todo

pacificado, desplegó César una gran actividad para poner sus fuerzas en pie de guerra, de modo que a los pocos días pudo agregar 10 cohortes a las 20 que traía. Los motivos de agresión no faltaban. Al oeste de la Península se extendía la Lusitania, habitada entre el Tajo y el Duero por una raza belicosa. Pompeyo, en otra ocasión, había logrado vencerlos y desbaratarlos; pero esas tribus no habían sido sometidas ni habían aceptado nunca la soberanía de Roma. En las fragosidades de la Sierra de la Estrella se habían refugiado las tribus más rebeldes, y allá, cerca de sus cimas casi inaccesibles, guardaban los guerreros sus familias y el botín que recogían en sus frecuentes *razzias* por la llanura. Desde sus ásperos refugios se lanzaban de cuando en cuando, como un torrente devastador, sobre los valles y las poblaciones, y se apoderaban de las cosechas y los rebaños.

César se dispuso a atacarlos. Con su ingenio, su rapidez y su activa vigilancia, logra burlar la astucia de aquellos lusitanos, los lanza a la llanura, los derrota, y no cesa su persecución hasta acorralar a los fugitivos en una isla del Océano. El flujo y reflujo del mar en aquellos sitios imposibilitaba la invasión de la isla con todo el pesado ejército romano. César hace venir una flota de Cádiz y penetra en la isla, donde fácilmente acabó con aquellos infelices, ya extenuados por el hambre. Con esta armada, que era la primera romana que cruzaba aquellos mares, recorrió el litoral de Galicia hasta Brigantium (La Coruña).

Los gallegos, acostumbrados a navegar en barcas de mimbres forradas de pieles, se sorprendieron grandemente a la vista de las naves romanas, con sus infladas velas, sus altos mástiles, sus adornadas proas, así como de las brillantes ar-

maduras de los guerreros, y, sobrecogidos de una especie de terror religioso, se sometieron.

Con esta rápida y provechosa campaña, César, sin pretender más conquistas, se dedicó, como hacían entonces casi todos los pretores, a amasar riquezas, saqueando algunas ciudades y poniendo otras a contribución. España fué con él tan pródiga, que al cabo de poco tiempo pudo mandar a Roma cantidades suficientes para pagar en gran parte sus enormes deudas; pero hay que añadir en su descargo que el recuerdo que dejó fué, sin embargo, bueno, pues antes de partir para Roma decretó inteligentes y justas leyes, que sacaron en parte de la miseria y favorecieron grandemente a las clases pobres.

Era en el año 60 cuando regresó a Roma para pedir el triunfo y presentarse como candidato al consulado (1). Considerando muy dudoso su éxito, César se dispuso a luchar esta vez de un modo inesperado, creando una nueva política, para lo cual necesitaba obrar de acuerdo con los dos jefes más poderosos entonces: Pompeyo y Craso.

La empresa estaba llena de dificultades. Pompeyo y Craso eran rivales y se odiaban a muerte; pero favorecían los designios de César: por un lado, la necesidad en que se hallaba Pompeyo de hacer aprobar por el Senado sus actos en Oriente, y por otro, la ambición de gloria de Craso, que no había abandonado sus proyectos sobre el Egipto.

Después de habilísimas intrigas, en que César desplegó

(1) En Roma se elegían cada año dos cónsules. Los cónsules eran los primeros magistrados de la República y tenían un poder casi igual al de los antiguos reyes. Gobernaban en Roma o mandaban un ejército en campaña.

toda la astucia y diplomacia de que era capaz, se llegó a un pacto secreto entre los tres, comprometiéndose a apoyarse mutuamente para acaparar el poder y arrebatarlo de manos del Senado.

Los conservadores, que contaban con las rivalidades entre los tres jefes para oponerse a su influencia, quedaron aterrados al ver la unión de César, Pompeyo y Craso. ¿Quién podría resistirles así unidos? En adelante, ¿qué cargos, ni disposiciones, ni nombramientos podrían hacerse sin su consentimiento?

Este abuso de poder les atraía, es verdad, las antipatías de parte del público. En los salones elegantes se les llamaba por burla «el monstruo de tres cabezas», y muchas veces, al presentarse en las fiestas públicas y ceremonias los triunviros o alguno de sus partidarios más señalados, eran recibidos fríamente.

Pero esto no traía consecuencias apreciables. El triunvirato tenía detrás de sí los legionarios de Pompeyo y César y las bandas electorales de la plebe romana a sueldo, que votaban lo que se les mandaba.

En el año 59, César fué nombrado cónsul, teniendo por colega a Bíbulo, que había sido elegido por los conservadores. Bíbulo intentó oponerse a las medidas dictadas por César; pero las injurias que sobre él recayeron y la amenaza de emplear la violencia si no se sometía a la voluntad del triunvirato, le obligaron a tomar el único partido que le quedaba, esto es, encerrarse en casa durante el tiempo que duró su consulado. Allí distraía sus ocios observando las señales que creía ver en el cielo como protesta de la conducta de César, y de cuando en cuando publicaba, en forma de edic-

tos, noticias injuriosas sobre su vida, su juventud, su ambición y sus costumbres.

César permanecía indiferente a esos ataques y se reía de buena gana al saber que las gentes en broma decían que en Roma había dos cónsules: el uno era Cayo y el otro Julio César (1).

Sus éxitos redoblaban su audacia y ya nada le detenía. Seguro del apoyo de Craso y de Pompeyo, a quien acababa de dar una hija en matrimonio, empezó a dictar leyes atrevidísimas, más propias de un tribuno de la plebe que de un cónsul. La oposición iba siendo cada vez menor; el Senado, aterrado, aprobaba todo lo que le pedían los triunviros.

Si alguna vez se alzaba alguna protesta muy violenta o peligrosa, Pompeyo llenaba la plaza con sus soldados, y los senadores enemigos tenían que encerrarse en sus casas como Bíbulo. Considio, un anciano y virtuoso senador, era de los pocos que, no siendo afecto a los triunviros, se atrevía a asistir al Senado y a quejarse públicamente del miedo que los soldados infundían a sus compañeros. Un día le preguntó César:

—¿Cómo es que tú no temes y no te escondes como los otros en tu casa?

A lo que respondió Considio:

—Porque en mí la vejez hace que, debiendo ser corta mi vida, no me dé gran cuidado.

En esto empezaron a confirmarse las noticias alarmantes respecto a las Galias, que un año antes habían circulado por Roma. El Senado, temiendo una nueva invasión de bárba-

(1) César se llamaba Cayo Julio César.

ros, había mandado unas legiones al mando de Quinto Metelo Celer, el cual vino a morir en el preciso momento en que se creía próxima la guerra.

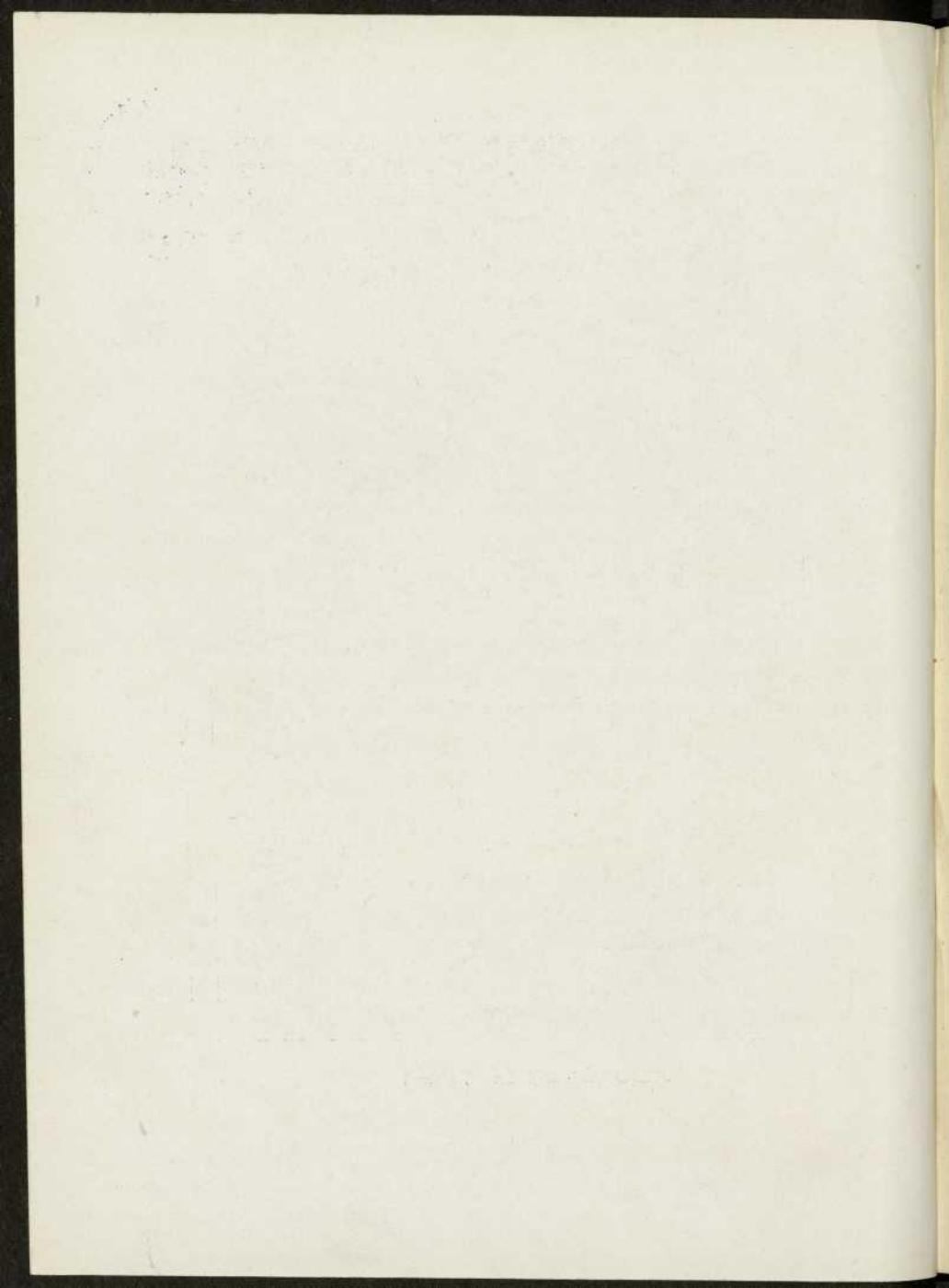
César vió aquí una buena ocasión de alcanzar un cargo de importancia, y como nada podía resistirle, se hizo dar el mando de las Galias y la Iliria por cinco años y tres legiones.

Antes de referir las luchas de César contra los galos y sus victorias y conquistas, merece conocerse una reforma importantísima realizada por él durante su consulado.

En Roma se dedicaban muchos a anotar noticias, tanto públicas como privadas, que recogidas luego en un cuaderno, del que sacaban muchas copias los esclavos, eran distribuidas en forma de una especie de diario a los abonados. De este modo nació el periodismo. Los diarios confeccionados en esta forma eran caros y sólo los ricos podían pagarlos. Con objeto de que el pueblo pudiese también enterarse de los sucesos y estar informado de todo, nombró César un magistrado con el cargo de recoger las noticias más importantes y hacerlas escribir en unos lienzos de pared lisos y blancos en distintos lugares de la población. Estos escritos se blanqueaban de nuevo para poder escribir otras noticias encima, sistema algo parecido a lo que se hace hoy, escribiendo los últimos telegramas en las grandes pizarras expuestas al público.



JULIO CÉSAR (Mármol, Roma)





La conquista de las Galias

La Galia, que se extendía por los territorios de la Francia actual, no formaba entonces una nación, sino que estaba dividida en varios pueblos que formaban tres grandes grupos.

Al Sur, entre el Garona y los Pirineos, vivían los aquitanios, parecidos a los íberos de España. En el centro, entre el Garona y el Sena, vivían los galos. Al Norte, entre el Sena y el Rhin, vivían los belgas, que eran celtas mezclados con germanos.

Los celtas y los belgas se parecían más a los germanos que a los franceses de hoy. Eran de gran estatura, blancos de cuerpo, de ojos azules y cabellos rubios, con grandes bigotes. Comían carne en abundancia y se embriagaban con una bebida llamada hidromel y con cerveza. Cada país estaba dividido en pequeños estados independientes entre sí, que se hacían mutuamente la guerra. Los más poderosos eran los arvernes, en las montañas del centro, los eduanos y los sequanos.

En la época de César, se hallaban estos pueblos agitados por graves conflictos interiores, uno de los cuales era la lucha entre eduanos y sequanos, que se disputaban el dominio del río Saona y sus ricos peajes.

Unos años antes, los arvernes y sequanos, vencidos por los eduanos, habían llamado en su auxilio al rey de los suevos Ariovisto, que vivía en el país del otro lado del Rhin, y le ha-

bían prometido, a cambio de su apoyo, territorios en la Galia. Ariovisto pasó el Rhin a la cabeza de sus germanos, y habiendo ayudado a los sequanos y arvernes a derrotar a los eduanos, se estableció con parte de sus tropas en la Galia, como se había convenido. Pero una vez establecido, el rey suevo no se contentó con los territorios que se le habían atribuido. Hizo venir de la Germania gran número de suevos, y aprovechando las luchas intestinas que destrozaban los pueblos galos, fué extendiendo su territorio, llegando así a adquirir un poder tal, que se convirtió en intolerable. La supremacía germánica se extendía por la Galia, convirtiéndose en un peligro nacional.

Varias coaliciones hicieron los pueblos para librarse de Ariovisto, todas ellas hasta entonces sin éxito. Los galos, que estaban divididos en dos grandes partidos, uno aristocrático, formado por una antigua y empobrecida nobleza, y otro popular, a la cabeza de los cuales figuraban grandes especuladores millonarios, no supieron unirse ante el peligro común. Cada partido creía que vería su poder consolidado, si lograba librar la Galia de los germanos; pero ambos querían lograrlo por distintos caminos. El partido aristocrático buscaba el apoyo de Roma por medio de un tal Divitiacus, que intrigaba para hacer intervenir al Senado romano. El partido popular, por el contrario, pretendía librarse de Ariovisto con las solas fuerzas galas, pensando, con muy buen criterio, que si se llamaba a los romanos, éstos llegarían a ocupar el lugar del rey suevo y nada se habría ganado. Dumorix, el jefe del partido popular, procuraba atraer otros pueblos a su causa, y al efecto imaginó conquistarse el auxilio de los helvecios, pueblo belicoso que había vencido va-

rias veces a los germanos, prometiéndoles territorios donde establecerse y dejando quizás entrever un proyecto de llegar a apoderarse de toda la Galia, arrojando de ella a germanos y romanos.

Los helvecios se dejaron convencer fácilmente. Sus jefes les hicieron ver la necesidad de abandonar sus montañas y valles, donde se hallaban ya muy estrechos, y les expusieron las ventajas de establecerse en el fértil país de Francia.

Empezaron entonces en todo Suiza los grandes preparativos para la emigración. Estos consistieron principalmente en la compra de buen número de caballerías y carros, y en hacer grandes siembras para tener abundancia de trigo en el camino.

Al cabo de tres años de dilaciones, empezaron a dar señales de querer salir de sus montañas, y entonces se les vió poner fuego a todas sus ciudades y aldeas, á sus edificios y objetos que no podían llevar consigo, para que, perdiendo toda esperanza de volver a su patria, se hallasen más dispuestos a exponerse a los peligros.

Los partidarios de la intervención romana inventaron y propalaron entonces en Roma la noticia de que los helvecios trataban de apoderarse de las Galias y fundar un gran imperio que podría llegar a constituir un serio peligro para Italia misma. El «peligro helvecio», como lo llamaríamos ahora, llegó a ser una obsesión en Roma, que creía se trataba de una invasión parecida a la de los cimbrios y teutones.

César, obligado a salir precipitadamente de Roma para tranquilizar la opinión pública y ponerse al frente de las legiones, no había tenido tiempo, en medio de las luchas e intrigas que tuvo que sufrir durante el consulado, de infor-

marse del verdadero estado de la Galia, no había leído lo que de ella se había escrito, ni tampoco había tenido ocasión de consultar seriamente a los viajeros que de allí venían sobre la magnitud y realidad del peligro.

Se lanzaba a aquella aventura confiado en su talento y en su actividad, seguro de que con aquella campaña adquiriría poder y gloria y se acreditaría ante los romanos de buen general y hábil diplomático.

Con la intervención de Roma, los jefes del partido nacional o popular veían el fracaso de sus planes, y, no atreviéndose a oponerse a César, optaron por fingirle amistad, pensando aprovecharse de la ignorancia en que se hallaba aquél de la verdadera situación del país, para ayudar secretamente a los helvecios. Así fué como el mismo Dumorix prometió auxiliar a los romanos con un cuerpo de caballería, que él mismo debía mandar, para poder ejecutar mejor sus propósitos.

Entre tanto los helvecios, en número de 150.000, se decidieron a empezar su emigración en pequeñas bandas que debían reunirse a orillas del Ródano en territorio eduano.

Al saberlo César, con tres legiones se dirigió á Ginebra dispuesto a impedirles el paso a la Galia.

Los helvecios, que no pretendían luchar contra Roma, ni constituían peligro alguno para Italia, como habían hecho creer las intrigas de Divitiacus, mandaron una embajada a César pidiéndole permiso para pasar por la Provincia y establecerse en la Galia. Pero César, temiendo un engaño y creyendo que se trataba de apoderarse de la Provincia una vez en ella, se negó a ceder el paso, cortó los puentes del Ródano y se fortificó esperando un ataque.

Con gran asombro vieron los romanos que pasaban los días y que aquél no tenía lugar, pues los helvecios, viendo que no podían pasar a la Galia por ese lado, no intentaron más atravesar la Provincia y pidieron a los secuanos la autorización de utilizar un paso del Jura. Este les fué acordado y César vió desvanecerse como un ensueño el peligro de una invasión de la Provincia y con él la ocasión de lucirse alcanzando una brillante victoria. Mas era necesario hacer algo que tranquilizara a los romanos y justificara su nombramiento y sus preparativos militares. Desvanecido un peligro, podía subsistir otro, el de que los helvecios pretendieran formar un gran imperio galo, y esto podía él evitarlo, impidiendo su entrada en la Galia por el otro lado.

No juzgando para ello sus fuerzas suficientes, César aumentó sus tropas hasta reunir seis legiones (unos 25.000 hombres) y algunos auxiliares, y se dirigió al norte de la Provincia, remontando el curso del Saona, donde pensaba encontrar a los helvecios. Sus cálculos no fallaron y llegó en el momento oportuno.

Los helvecios, después de dos meses de marcha, se disponían lentamente a pasar el río en balsas y canoas cerca de Macón. A marchas forzadas dirigió César allí a su ejército, pensando sorprender a los bárbaros en aquella difícil maniobra; pero la vanguardia de César, que había logrado ponerse en contacto con los helvecios, encontró sólo una pequeña parte de su retaguardia, que destrozó, mientras el grueso de las fuerzas bárbaras se alejaba hacia el norte.

Los romanos se dispusieron a perseguirles, y, para poder alcanzar el resto del ejército, tuvieron que construir un puente sobre el Saona, por el que pasaron en 24 horas. Asustados

los suizos de la rapidez de las marchas de los romanos y al verles pasar en tan poco tiempo el río, para cuya operación ellos habían empleado veinte días, le mandaron sus mensajeros a César con el encargo de comunicarle que, si estaba dispuesto a hacer las paces, ellos se comprometían a establecerse en el país que César les indicase; pero que si persistía en perseguirlos, le harían recordar las pasadas derrotas del pueblo romano y el antiguo y tradicional valor de los suizos.

César, que creía encontrar una seria resistencia, caía en un mar de confusiones ante la conducta incomprensible de los helvecios. ¿Era verdaderamente aquella la actitud de un pueblo enemigo de Roma que pretendía ejercer la hegemonía de la Galia? César empezó entonces a sospechar si habría sido víctima de un engaño, y habiéndose informado minuciosamente, sacó en claro que no era sino juguete de las intrigas de los partidos que se disputaban la Galia. Empezó entonces a comprender la actitud equívoca de Dumorix, jefe de la caballería auxiliar, del que estaba muy descontento, y que le colocaba en una situación muy comprometida. Notaba, además, síntomas que aumentaban sus temores: los víveres prometidos por los eduanos no llegaban. Los autuneses los iban demorando de un día para otro, diciendo que ya venían caminando, que ya los traían, que ya llegaban; pero lo cierto es que ya se tropezaba con serias dificultades para racionar los soldados.

La mano del poderoso jefe del partido popular era fácil de reconocer en este proceder de los galos. César, siempre prudente, prefirió usar el disimulo que irritar al país con el castigo de los traidores, pensando que sólo una brillante victoria podría sacarle del mal paso en que se hallaba metido.

Un pretexto para rechazar las proposiciones de los helvecios y atacarles fué fácil de hallar. Al mensaje de los bárbaros contestó César que se hallaba conforme, siempre que le entregaran rehenes y dieran satisfacción a los varios pueblos amigos de Roma que habían oprimido a su paso por la Galia.

Los embajadores replicaron que a los suizos sus antepasados les habían enseñado a recibir, no a dar rehenes, de lo cual había sido buen testigo en otro tiempo el pueblo romano.

Rotas con esta contestación, altiva y digna, las negociaciones, continuó César su persecución, cuidando, sin embargo, de contener a los suyos, que deseaban llegar a una batalla decisiva, unos quince días, esperando que se presentara para ello una ocasión favorable.

Un día los exploradores de César vinieron a advertirle que los helvecios estaban acampados a 12 kilómetros de distancia, al pie de una montaña que, por descuido, no habían ocupado. Aquella era la ocasión esperada. César mandó uno de los jefes, Labienus, con dos legiones, de modo que pudieran apoderarse durante la noche de la montaña. El se pondría en marcha con el resto del ejército algo más tarde para llegar al rayar el alba al campo de los helvecios y atacarlos cuando se hallasen todavía dormidos.

Todo se ejecutó puntualmente; pero al llegar César a la vista del campamento enemigo, fué avisado de que la montaña estaba ocupada, no por Labienus, como pensaba, sino por los helvecios. ¿Qué había sucedido? ¿Acaso Labienus había sido derrotado con sus dos legiones? Por prudencia César retiró sus tropas a un collado inmediato y las puso en orden de batalla.

Al salir el sol y disiparse la neblina se reconoció el error de la información; los que ocupaban la montaña eran sus tropas, que esperaban impacientes ya la orden de ataque. Con las dilaciones la ocasión se había perdido y César vió con dolor que los bárbaros habían tenido tiempo de levantar el campo y huir hacia el Norte.

La situación de los romanos empeoraba, ya que no tenían víveres más que para dos días. En estas condiciones era imposible seguir la persecución, y hallándose cerca de la rica ciudad de Autún, hacia ella se dirigió César con el ejército.

Los suizos, que se enteraron de esto por unos desertores de la caballería gala, y creyendo que los romanos se retiraban por haberse apoderado de ellos el temor y el desaliento, cambiaron de táctica y, tratando de impedir el aprovisionamiento de víveres, se dieron a seguir a las legiones y a provocarlas a la pelea.

César se decidió entonces a librar la tan deseada batalla. Para alejar de los suyos toda esperanza de fuga, mandó retirar todos los caballos, adelantándose él mismo a pie también para hacer frente a los enemigos que se les venían encima.

Los suizos, hábiles guerrilleros, lograron engañar a los romanos, y fingiendo una huída, atraerlos entre dos colinas. Sobre las legiones encajonadas cayeron entonces unos 15.000 bárbaros, entablándose una lucha terrible, en que los romanos tuvieron graves pérdidas y costándole gran trabajo a César sacarlas de allí para hacerles ocupar una fuerte posición. Los bárbaros también habían sufrido mucho. Las flechas romanas, atravesando sus escudos, les estorbaban tanto en sus movimientos, que habían acabado por preferir luchar a cuerpo descubierto. Al fin, cansados de una batalla

que había durado desde la una de la tarde hasta muy entrada la noche, se retiraron a su campamento, donde habían puesto los carros por trincheras.

La victoria había quedado muy indecisa. César, que necesitaba éxitos ruidosos, se disponía a atacar de nuevo a los bárbaros, cuando éstos, temerosos sin duda del poder de Roma, pidieron la paz.

El general romano se mostró generoso; permitió que muchos se quedaran en el país de los eduanos, con la condición de que la mayor parte volviesen a su país, reedificasen sus ciudades y labrasen sus campos, pues de ninguna manera convenía a Roma que quedase desamparada la tierra de los suizos, no fuese que su fertilidad atrajese a los germanos que habitaban del otro lado del Rhin y se estableciesen aquellos belicosos pueblos en la vecindad de la Provincia.

De este modo terminó la campaña contra los helvecios. César, que necesitaba para sus futuras empresas mantener y aumentar su prestigio en Roma, mandó un relato de la campaña, descrito de un modo brillante, que, después de leído en el Senado, fué comunicado al pueblo romano, que lo recibió con júbilo.

Desde los principios de esta campaña mostró César las cualidades militares que más tarde habían de ponerle a la altura de los grandes guerreros de la humanidad.

Como todos ellos, César supo desde el principio conquistarse el afecto y la admiración de sus tropas. Su liberalidad en conceder honores y en recompensar espléndidamente a los que se distinguían, servía de fuerte emulación; y el exponerse voluntariamente a los peligros, el compartir las más duras fatigas con sus soldados, llenaba de entusiasmo a los rudos

legionarios, que no creían capaz de tanta resistencia física a aquel refinado elegante.

Desde niño se había ejercitado César en el manejo de las armas, en montar a caballo, su sport favorito, y había llegado a tanto su habilidad, que se había acostumbrado a correr a caballo con las manos cruzadas a la espalda (1). En campaña iba a veces a caballo, pero generalmente marchaba al frente de sus tropas a pie, con la cabeza descubierta, sin preocuparse del sol ni de la lluvia.

La rapidez de sus viajes era sorprendente en aquella época. Al salir de Roma para trasladarse a las Galias, empleó sólo ocho días en alcanzar el Ródano, y se daba con frecuencia el caso de llegar él antes que los mismos correos que debían anunciar su llegada.

Para poder aprovechar mejor el tiempo, durante sus campañas, se ejercitó en dictar sus cartas, caminando a caballo, a dos ó más amanuenses que sabían escribir andando, y por lo común dormía en carruaje o en litera, convirtiendo así su mismo reposo en acción.

Con sus soldados se mostraba generalmente indulgente; sólo cuando el enemigo se hallaba cerca les sometía a una disciplina inexorable, no dándoles cuenta de la duración de las marchas, ni de sus propósitos, exigiéndoles que estuvie-

(1) Cuenta el historiador Suetonio que César montaba un caballo muy notable, por tener los cascos hendidos de manera que ofrecían el aspecto de un pie humano con sus dedos. Este caballo, que había nacido en su casa, había sido objeto de grandes cuidados por haber pronosticado los augures que su dueño llegaría a ser el señor del mundo. César fué el primero que lo domó, y, como el célebre *Bucéfalo* de Alejandro, no toleró más jinete que su dueño. Cuando César llegó al colmo de su gloria, le erigió una estatua en el templo de Venus.

sen en todo momento dispuestos a marchar adonde él les mandara. Muchas veces los ponía a prueba, dándoles la orden de marchar con buen o mal tiempo, en medio de una fiesta y cuando menos lo esperaban.

En algunas ocasiones recomendaba que lo observasen bien y no lo perdieran de vista; después desaparecía de repente, forzaba la marcha y obligaba así a acelerarla a aquellos que caminaban con excesiva lentitud.

Terminada del modo que hemos visto la guerra contra los helvecios, César recibió diputaciones de toda la Galia, implorando su apoyo para librarse del rey germano Ariovisto. Según le informó Diviciaco, el rey germano se mostraba cada vez más soberbio y cruel. Por cualquier motivo castigaba de un modo terrible a los hijos de los nobles galos, que guardaba en rehenes, y era tan temido en la Galia, que si aquellos pueblos no hallaban un apoyo en las armas romanas, tendrían que salirse de su patria y huir a otras tierras.

Estas y otras noticias hicieron ver a César lo que venía ignorando hasta entonces, esto es, que el verdadero peligro para Roma no era el «peligro helvecio», sino el «peligro germano». Comprendió que aquel rival venido de la Germania era un terrible competidor, y que, sin librarse de él, no era posible alcanzar la supremacía sobre las libres Repúblicas de la Galia y sacar de ellas todo el partido que esperaba.

Pero la guerra contra Ariovisto no era de aquellas que pueden improvisarse en poco tiempo. Se trataba de atacar un pueblo enorgullecido con sus conquistas, guerrero, numeroso y que ocupaba un país lejano. Además, aumentaba las dificultades el que César no podía contar mucho con el

partido popular, que estaba muy descontento por su lucha contra los helvecios.

Hasta entonces no se había hallado César en una situación más comprometida. Con la intuición lúcida que poseía de las cosas, comprendió que no le era posible rehuir esta prueba, y con ánimo resuelto decidió arrostrar el peligro, improvisando una segunda guerra en la que se jugaba todo su prestigio y su carrera política.

Como faltaba un pretexto para la guerra, y además Ariovisto era aliado de Roma, César tuvo que valerse de una estratagema que pudiera dar lugar a una desavenencia y a una provocación. Con esta intención, invitó un día al rey bárbaro a hacerle una visita, mandándole a decir que tenía que tratar asuntos suyos y de la República, importantes para unos y otros. Ariovisto le contestó que, si César tenía algo que decirle, lo regular es que fuera a buscarle donde él se hallaba, y además que le causaban extrañeza esos negocios que Roma pudiese tener en aquella parte de la Galia, que él había sometido con el poder de las armas.

Recibida esta respuesta, le volvió a enviar César otra embajada comunicándole que lo que tenía que pedirle era: primero, que no pasase el Rhin mayor número de germanos para entrar en la Galia, y segundo, que hiciese varias concesiones en favor de los secuanos y que devolviese a los de Autún sus rehenes, comprometiéndose a no declarar la guerra a sus aliados.

Estas proposiciones irritaron de tal modo a Ariovisto, que mandó a decir a César que las consideraba como un insulto, de modo que si querían los romanos medir con él sus fuerzas, aprenderían hasta dónde llegaba el valor de los invictos ger-

manos, creados en la milicia y que hacía catorce años no dormían bajo cubierto.

Con esto se creyó César autorizado para declarar la guerra a los germanos.

Aleccionado por la campaña anterior, se preocupó sobre todo de asegurarse los aprovisionamientos, ocupando Besanzón, capital del Franco Condado, que era una plaza fuerte, de fácil defensa, en la que había abundancia de todo lo necesario para la guerra, y desde allí organizó los depósitos y remesas de trigo que debían suministrar los secuanos y eduanos.

Mientras estuvo el ejército en Besanzón, los soldados tuvieron ocasión de hablar con algunos galos y mercaderes venidos de la Germania, que les atemorizaron contando ser los germanos de una estatura desmesurada, de un valor y ferocidad increíbles y muy ejercitados en el manejo de las armas.

Tanto dijeron y exageraron sobre el número de enemigos que tendrían que combatir y sobre lo accidentado y misterioso del país que tendrían que atravesar, que los soldados rehusaron emprender la campaña. Los mismos oficiales, impresionados por los relatos, creían que aquella expedición tan temeraria sólo la podía haber concebido un general inexperto como César, y muchos lloraban en sus tiendas y no pocos redactaban sus testamentos.

César, viendo el ánimo decaído de su ejército, tuvo que hablar a los soldados, reprender severamente a los oficiales y por fin picó el amor propio de todos, asegurándoles que, si no le seguían, iría solo con la legión décima, que era la que él siempre distinguía. Reanimadas las tropas con las palabras

y promesas de su general, se pusieron alegremente en marcha al día siguiente y llegaron al cabo de una semana a acampar cerca ya del ejército de Ariovisto.

Varios días se pasaron unos y otros observándose, sin decidirse a dar la batalla, hasta que una mañana, creyéndose suficientemente informado, César se fué acercando al campamento enemigo, dividido su ejército en tres cuerpos. Los germanos viéronse con esto precisados a sacar sus tropas al campo de batalla, dejando sus carros y sus mujeres. Las infelices, al ver ya próxima la lucha, imploraban a los soldados con lágrimas en los ojos y desgredado el cabello que no las entregasen en servidumbre a los romanos.

Los romanos empezaron el ataque por el flanco derecho, que habían notado era el menos defendido, acometiendo vigorosamente a los enemigos que encontraron formados en falange.

Con el impetu del ataque lograron romperla, y entonces, entrando en ella y arrancando con las manos los escudos que llevaban los bárbaros, los herían por encima, sin que éstos pudiesen parar los golpes. Por este lado pronto se pusieron los enemigos en fuga, pero por el otro los romanos cedían a los furiosos ataques de los bárbaros. Por fortuna, Publio Craso, que disponía de un cuerpo de caballería, sin esperar las órdenes de César, lo llevó en auxilio de los suyos, que así, tan a tiempo reforzados, lograron la victoria en toda la línea.

Los que lograron escapar con vida no dejaron de huir hasta llegar al Rhin, que distaba cerca de cincuenta millas del campo de batalla. Unos pocos, fiados en sus fuerzas, intentaron pasar el río a nado o lo atravesaron en unas lanchas

que allí encontraron. Entre éstos se hallaba el mismo rey Ariovisto, el cual salvó así su vida, pero teniendo que renunciar de allí en adelante a sus proyectos de dominación en la Galia.

Este éxito de César tuvo una gran resonancia en todo el país y fué de verdadera importancia para Roma, que podría desde entonces alcanzar sobre la Galia el protectorado que venía ejerciendo Ariovisto.

Concluídas en un verano esas dos importantes guerras, César llevó el ejército a invernar al Franco Condado, y dejando el mando de las tropas a Labieno, partió para la Lombardía, donde estuvo ocupado con los asuntos políticos de Roma que iban mal.

César no pudo quedarse mucho tiempo invernando en Italia. Los continuos avisos de Labieno le hicieron saber que todos los belgas que componían la tercera parte de la Galia, se estaban conjurando contra el pueblo romano. Parece ser que el partido nacional, que, como sabemos, odiaba a César y desconfiaba de que éste siguiera respetando las leyes y libertades del país, trataba de sublevar a aquel pueblo bárbaro y belicoso.

Estas nuevas poco tranquilizadoras no causaron, sin embargo, gran impresión en el ánimo de César. Este, que estaba disgustado por la impresión mediana que habían producido en Roma sus recientes triunfos, absorbida como estaba entonces toda la atención del público y exaltados los ánimos con las luchas políticas entre Clodio, Pompeyo, Cicerón y Craso, creyó quizás que aquella nueva guerra le daría una ocasión de dar otro golpe audaz que asombrase toda la Galia y la misma Italia.

Se trataba indudablemente de una guerra peligrosa en un país lejano que César no conocía. Se decía, además, que los belgas eran muy numerosos y aguerridos; se hablaba de muchedumbres de soldados, aunque nadie podía precisar cuántos eran aproximadamente. Pero César no dudó un momento, necesitaba otra gran victoria, y por lo mismo tomó todas las precauciones que creyó convenientes para asegurar el triunfo.

No sabiendo el número de enemigos con que tendría que luchar, aumentó considerablemente su ejército, no sólo con dos legiones que sacó de la Galia cisalpina, sino con las tropas reclutadas por sus agentes que recorrían el Africa, Creta y las Baleares en busca de soldados.

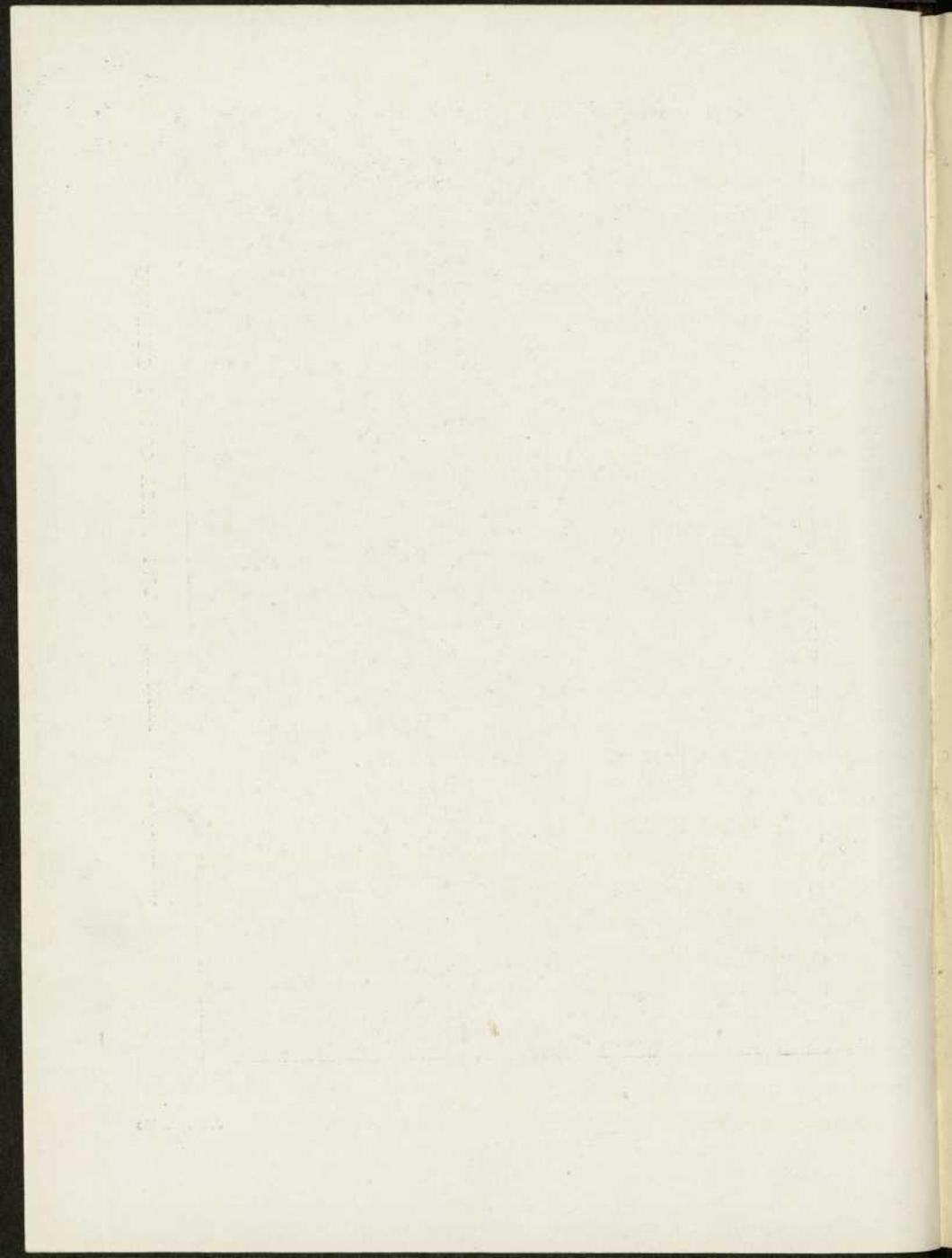
Hechos todos los preparativos y reunidas todas sus fuerzas en el Franco Condado, con la rapidez con que acostumbraba moverse las llevó en quince días hasta el territorio enemigo. Esta aparición súbita e inesperada de los romanos obligó a los de Reims, que eran los más inmediatos, a someterse, poniendo sus haciendas y personas bajo la protección de Roma, entregándole rehenes y comprometiéndose a proporcionar el trigo necesario.

Este primer éxito tuvo su importancia, porque los de Reims podían informarle del número de belgas con que tenían que luchar, y aunque la cifra que fijaron de 350.000 era exagerada, indujo, sin embargo, a César a tomarla en consideración y a extremar su prudencia.

Pronto tuvo César aviso de sus exploradores de que las tropas belgas se le venían encima. Antes de ser atacado, se dió prisa a pasar el río Aisne, que baña los últimos confines de Reims, y allí asentó sus reales. La posición escogida era



NAVES ROMANAS PREPARANDO UN DESEMBARCO DE LEGIONARIOS





excelente. La ribera del río protegía un lado de su campamento, dejando así asegurada su retaguardia de los ataques de los enemigos, y lograba conservar su comunicación con Reims y otras ciudades que debían remitirle los víveres. Además, para más seguridad, mandó que se fortificaran el campamento con una trinchera de doce pies y un foso de diez y ocho.

Fismes era una pequeña ciudad del país de Reims, distante unas ocho millas del campamento de César. Contra esta ciudad, que hallaron a su paso, se lanzaron primero los belgas y la sitiaron. La manera de atacar una plaza los celtas y los belgas era la misma. Después de cercar con gran número de soldados toda la muralla, lanzaban contra ella tal número de piedras, que la dejaban limpia de defensores. Formaban entonces con sus escudos una especie de enorme tortuga y así protegidos se acercaban a las puertas, que hundían a golpes, y asaltaban el muro.

Mas en Fismes esta táctica no les dió resultado, porque César mandó refuerzos que envalentonaron a los sitiados tanto como descorazonaron a los sitiadores, los cuales, para no debilitar sus fuerzas en un ataque de dudoso éxito, levantaron el sitio y se dirigieron hacia el campamento romano. César, al verlos venir, determinó estarse quieto, así por la multitud de enemigos, cuyo número quería conocer, como por haberlos valerosos y resueltos; sin embargo, todos los días probaba con escaramuzas las fuerzas de los enemigos y el valor de los suyos.

Mucho días transcurrieron así, sin trabar ninguna acción decisiva, cuando un día fué César advertido de que los belgas trataban de pasar el río por un vado, con intención de cor-

tarle las comunicaciones con la Galia. Precipitadamente salió César con la caballería, los arqueros y honderos, pasó un puente que tenían guardadas sus tropas y llegó a tiempo de cargar a los bárbaros en el preciso momento en que se hallaban algo desordenados, ocupados en pasar el vado.

Acometiéronles los romanos, matando gran número de ellos y quedando aniquilados por la caballería los que habían logrado pasar al otro lado del río. El grueso del ejército belga, sin intentar más que una débil resistencia, se retiró sin querer formalizar la batalla, lo que sorprendió grandemente a César. Temiendo éste un ardid de guerra, no se atrevió a perseguirles, se encerró en el campo e hizo vigilar de día y de noche las orillas del río; mas cuando empezaba a tranquilizarse, le sorprendió una estupenda noticia: todo el ejército belga abandonaba el país y se ponía en marcha hacia el Norte sin combatir.

Pronto se supo la causa de esta retirada. Los víveres empezaban a escasear entre los bárbaros, y además los bellocos, uno de los pueblos belgas, habiendo sabido que los eduanos, por orden de César, estaban invadiendo sus tierras, querían volver a su país para defender sus casas, y se retiraban arrastrando consigo todos los demás pueblos.

César comprendió que, aprovechando esta ocasión, podría dominar fácilmente por separado, unos después de otros, esos distintos pueblos, y, sin perder un solo día, penetró en Soissons, que era el país más inmediato a Reims. Al cabo de una larga y rapidísima marcha, llegaron los romanos a la vista de la ciudad de Soissons. César quería tomarla en seguida por asalto, pero le detuvo lo ancho del foso y la altura del muro, prefiriendo fortificar su campo y disponer las máqui-

nas para el sitio. Entretanto llegaron a la ciudad la noche siguiente las gentes del país, que formaban en el ejército bárbaro. César hizo al instante cegar los fosos, levantar torres y arrimar las máquinas al muro, con lo que asustadas aquellas gentes de la rapidez con que trabajaban los romanos y de la grandeza de aquellas obras, que no habían visto nunca, le enviaron diputados, ofreciendo entregarse con tal que se les salvaran las vidas.

Del mismo modo que los de Soisons, se fueron rindiendo uno a uno todos los pueblos que formaban la confederación de los belgas. Los nervios, que ocupaban el Hainaut, fueron los únicos que ofrecieron una seria resistencia. Eran éstos los más bárbaros y belicosos de todos; ni siquiera admitían en sus tierras semidesiertas mercaderes extranjeros, ni comerciantes griegos e italianos, que iban a venderles vinos u otros artículos de lujo, por creer que con ellos se debilitan los ánimos y disminuye el valor. Motejaban de cobardes a los otros belgas por haberse entregado a los romanos, y aseguraban que ellos no enviarían embajadores, ni admitirían condición alguna de paz.

Osados y astutos, lograron los nervios sorprender en un bosque al ejército romano en el momento en que éste se disponía a acampar. El ataque fué tan rápido e inesperado, que César no tuvo tiempo de dar las órdenes necesarias, colocándose las legiones como mejor pudieron. La batalla fué terrible, y es indudable que, sin la disciplina de las legiones y sin los dos años de campaña y de experiencia que llevaba el ejército romano, éste hubiera sido aniquilado por aquellos fieros bárbaros.

A la primera acometida de los nervios ya tuvo que batir-

se en retirada la caballería de César, y algunas legiones, envueltas por los enemigos, retrocedían. La legión 12.^a, por haber cargado sobre ella el mayor número de enemigos, se veía casi envuelta y rota, sin poder luchar con desembarazo por estar demasiado apiñada y estorbarse los legionarios unos con otros. Ya habían muerto todos los capitanes de la cuarta cohorte y el alférez; se habían perdido las banderas; se hallaba gravemente herido, sin poder ya sostenerse, el capitán de las primeras filas de piqueros Sexto Báculo, varón fortísimo; algunos soldados, poseídos de pánico, empezaban a desbandarse y huir, cuando se presentó César. Este, viendo la proximidad del desastre, arrebató un escudo de un soldado de retaguardia, se adelantó a las primeras filas, exhortó a los soldados, llamó a los capitanes por sus nombres, les mandó acometer, ensanchando antes las filas para que pudiesen manejar mejor las espadas, y, renovado así el valor de todos por la presencia y la voz del general, lograron contener el avance de los enemigos y dar tiempo a que acudieran refuerzos.

Viendo también César que la legión séptima, que estaba allí cerca, se hallaba acosada por los enemigos, dió orden a los tribunos que se fuesen juntando poco a poco ambas legiones y acometiesen unidas. Con esto y con la llegada de Labieno y de las dos legiones que guardaban la retaguardia, trocóse de tal modo el aspecto de la batalla, que aun los prostrados en tierra por las heridas se reanimaban y volvían a la batalla.

La caballería, que había logrado rehacerse, quería borrar la deshonra de su derrota y peleaba por todas partes con verdadero frenesí para aventajar el desnudo de las legiones.

Los enemigos entonces, quizás gastados por su primera acometida, empezaron a cejar, a pesar de luchar con un valor increíble, acabando la batalla con la completa derrota de los nervios.

El exterminio fué tan completo que se cree que, de 60.000, sólo se salvaron 500, y de 400 senadores bárbaros que se batieron, sólo quedaron tres con vida.

Después de los nervios, sólo faltaba reducir a los adváticos.

Este pueblo se había puesto en camino con ánimo de auxiliar a los nervios; mas al llegar a ellos la noticia de la derrota sufrida, se retiraron, refugiándose en una fortaleza emplazada en el lugar que hoy ocupa Namur.

La fortaleza estaba resguardada por altísimos peñascos y derrumbaderos, y sólo tenía entrada por un lado de pendiente suave. Esta parte fué fortificada con dos muros muy elevados, guarnecidos de pesadas piedras y maderas puntia-gudas.

Los romanos sitiaron la plaza. Al principio los sitiados hacían frecuentes correrías fuera de la ciudad y se trababan pequeños combates. Después fueron poco a poco encerrados con un muro de circunvalación de doce pies de altura, defendido por fuertes muy inmediatos unos de otros.

Los galos, que en general eran de mayor estatura que los romanos, se burlaban de su pequeñez, y al verles levantar el muro y que a lo lejos construían una torre, se reían y preguntaban a voces desde sus murallas en son de mofa:

—¿Con qué propósito fabricáis esas máquinas a tal distancia? ¿Con qué manos y con qué fuerzas contáis para asentar contra los muros unas torres de tal peso?

Mas al ver un día que aquellas torres se movían y que efectivamente se acercaban a las murallas, atemorizados por aquel espectáculo nuevo y nunca visto entre ellos, enviaron a César embajadores de paz, ofreciendo rendirse si se les conservaba la ciudad y sus armas.

César aceptó sus condiciones, mandándoles arrojar las armas en el foso que había delante de la ciudad, como medida de precaución.

Por la noche, sin embargo, creyendo los bárbaros que César, en vista de la sumisión fingida, habría hecho retirar las guarniciones, hacia las dos de la madrugada empuñaron algunas armas que tenían escondidas en la ciudad e hicieron una salida, atacando con todas sus tropas el campamento romano por donde les pareció menos defendido. Grandes señales de fuego hechas por los centinelas y guardias previnieron las legiones, que, acudiendo a la puerta atacada, lograron hacer retroceder a los enemigos hasta la ciudad, a pesar de batirse éstos con el valor de hombres desesperados. Murieron en la lucha hasta 4.000 bárbaros.

Al día siguiente entró César en la ciudad forzando las puertas y sin hallar resistencia por no haber quién las defendiese, y, según cuenta el mismo César en sus Comentarios, los habitantes, en número de 53.000, fueron vendidos como esclavos a los mercaderes que seguían el ejército.

Con estas victorias sobre tantos pueblos bárbaros, César asombraba a los galos, obligaba a muchos a reconocer la dominación romana y acumulaba grandes riquezas, pues además de los innumerables prisioneros vendidos, seguramente halló el afortunado general gran cantidad de metales preciosos entre los bárbaros.

Mientras César aumentaba así su poder, sus riquezas y su gloria, se preocupaba seriamente también del efecto que sus victorias podían producir en Roma. Las noticias que de allí le llegaban no eran muy favorables [para él. Pompeyo y Craso seguían odiándose a muerte; el partido democrático, por los excesos que seguían cometiendo sus jefes, se hallaba gastado y desacreditado; los conservadores con esto iban tomando alas, y César temía, y con razón, que si éste llegaba a alcanzar el poder, se vengaría seguramente de los triunviros, sobre todo de él.

Era de nuevo preciso otro golpe de audacia que levantase el espíritu de su partido y le sacase triunfante de aquella situación crítica y tan llena de peligros para el porvenir.

Entonces se vió a este hombre, tan rico en recursos, tan flexible para acomodarse a las situaciones más comprometidas, tan poderoso y genial para vencer todos los obstáculos, imaginar una cosa, temeraria en extremo, que debió parecer locura a los que conocían su alcance: César, sin haberla dominado por completo, declaró la Galia provincia romana.

La Galia tenía doble extensión que Italia; estaba constituida por numerosos estados, cada uno con su nobleza poderosa, su clero influyente, y contaba con una población de cuatro a cinco millones de habitantes, no afeminados, como los orientales, sino vigorosos y aguerridos.

Roma no había hecho hasta entonces una adquisición tan rápida e importante, por lo que la impresión esta vez, como César esperaba, fué grande en toda Italia.

El pueblo, la aristocracia, los comerciantes y los hombres de letras, todos se sintieron orgullosos de una conquista como ésta, y como sucede hoy cuando una nación adquiere

nuevas colonias, todo el país esperaba que la nueva provincia reportaría, como las adquiridas en Oriente, pingües beneficios.

La admiración por César, que hasta entonces sólo se había manifestado de un modo tibio, se convirtió en un delirio que agitó toda la sociedad italiana.

El Senado decretó que durante quince días se sacrificase a los dioses y que se pasasen en fiestas, absteniéndose de todo trabajo. Ninguna de las conquistas romanas había sido celebrada con más solemnidad.

César, después de dejar algunas legiones distribuídas por la Galia y de mandar otras al mando de Galba a sujetar las poblaciones del Valais, que habitaban cerca del paso del San Bernardo, con objeto de dejarlo expedito al comercio que iba a establecerse entre la Italia y la nueva conquista, se retiró a invernar en Luca, población de la Galia cisalpina.

Allí acudieron a felicitarle una diputación de senadores y muchos políticos que hasta entonces le habían sido poco afectos, y ahora se convertían en admiradores de su gloria. Allí le rodeó su larga clientela, comprada y sostenida con los caudales remitidos de la Galia, y todos los que aspiraban a magistraturas por su mediación. Allí se vieron reunidos los ciudadanos más distinguidos y poderosos, entre ellos Pompeyo y Craso; doscientos senadores, gobernadores de provincia y una turbamulta de impacientes por saludar la fortuna de César, deseosos de alcanzar su favor y de desvanecer toda sombra de hostilidad.

Después de las rudas campañas de Bélgica, cualquier otro hubiera buscado procurarse una temporada de descanso. En vez de esto, César pasó el invierno recorriendo la Provincia,

administrando justicia, presidiendo reuniones de notables, viajando de día y de noche, aceptando invitaciones, recibiendo los informes de sus generales, distribuyendo órdenes de armas, caballos y vestidos, dictando las respuestas a la voluminosa correspondencia que cada día le llegaba de Roma y reclutando tropas. César, a pesar de sus múltiples ocupaciones, hallaba todavía tiempo para leer, además de las crónicas de los acontecimientos públicos, los diarios que diríamos hoy, todas las novedades literarias que aparecían, mostrando constantemente una extraordinaria actividad, para la cual se necesitaba lo que él indudablemente poseía: una resistencia nerviosa también extraordinaria.

César, que había tenido en su juventud una salud algo delicada, tuvo la fortuna de verse robustecido con la vida al aire libre, los ejercicios físicos a que le obligaban sus campañas, la sobriedad de la vida de campamento, todo lo cual obraba mejor sobre su naturaleza que los placeres y festines y el excesivo trabajo intelectual a que obligaba la vida política en Roma.

El brillante historiador Ferrero nos cuenta que en esta época se manifestaba en César una cualidad, que aun entre los hombres superiores sólo pocos la poseen; esto es: una sobreexcitación fácil, intensa y progresiva del espíritu en el trabajo; una vivacidad divina en el pensamiento y en la acción; la voluptuosidad de difundir la energía sobre una extensión cada vez más vasta de proyectos y de obras, gracias a la cual las fuerzas del cuerpo y del espíritu, la lucidez y rapidez de la inteligencia, la flexibilidad y fecundidad de la imaginación aumentan a medida que la obra cumplida toma mayores proporciones.

César, enardecido con sus éxitos, que le daban una sensación de poder, concibió una nueva política y grandes proyectos de conquistas, más atrevidos todavía que todo lo imaginado hasta entonces, para cuya realización procuró aprovechar inmediatamente el entusiasmo despertado. Lo que más urgía de momento era reconstituir el triunvirato, que había caído en descrédito, atacado como se veía por los conservadores y hasta por algún demagogo influyente, como el furioso Clodio, que para esta obra iba de brazo con sus enemigos.

Largas conferencias celebraron los triunviros en Luca antes de llegar a un acuerdo; mas al fin logró César que sus compañeros aceptaran de nuevo sus proyectos, que eran los siguientes: Craso trataría de reconciliar a Pompeyo con el demagogo Clodio, su encarnizado enemigo; Pompeyo y Craso se harían nombrar cónsules, y una vez elegidos, prolongarían por cinco años el gobierno de César en las Galias y harían votar los fondos necesarios para pagar sus legiones desde el principio de la guerra; con el dinero de la conquista se compraría el mundo político y el Senado, y se divertiría al pueblo con un esplendor nunca visto, y, por último, se emprendería la conquista de Persia, que prometía gloria y sobre todo inmensas riquezas.

Craso se dejó convencer fácilmente, sobre todo al verse encargado de la conquista de Persia, en la que pensaba el millonario alcanzar el renombre de un gran general.

Pompeyo no se avino tan pronto a los proyectos de César; pero sintiendo disminuir de día en día su prestigio en Roma, y aspirando de nuevo al consulado para rehacerse en la opinión, comprendió que le hubiera sido imposible alcanzarlo solo, y aceptó los planes de César.

Reconstituído así el triunvirato, que venía a representar la supremacía del elemento militar sobre el civil, trabajó hábilmente César para atraer a sus planes imperialistas la opinión del país. Poco esfuerzo le costó sin duda, pues esta política de conquista venía a formularse en el momento más oportuno.

La explotación de las provincias, a que Roma se había dedicado, ya no daba lugar a acumular grandes fortunas; el Asia y la Grecia, esquilgadas, producían poco. Sólo las operaciones militares proporcionaban un rico botín y permitían realizar grandes beneficios. El pillaje militar había llegado a ser la industria más lucrativa en Italia, y de los tesoros que traían los generales se aprovechaban tanto los soldados que recibían su parte, como los artesanos, industriales y burgueses, que veían aumentar así la riqueza pública y el bienestar.

Por otra parte, según dice muy bien el citado historiador Ferrero, como sucede en toda civilización algo refinada y en todo pueblo que ha alcanzado cierto grado de *confort*, las gentes sienten un cierto amor por las guerras y la gloria militar, aunque este amor sea puramente platónico; y, según afirma el mismo escritor, parece que en aquellos momentos el personaje más popular y a la moda en Roma era Alejandro Magno, con lo que llegaron a pensar todos que Roma debía realizar una obra de conquista tan grande por lo menos como la de aquél, su héroe favorito.

Poco tiempo duró la ilusoria idea que tenían los romanos de que la Galia se hallaba pacífica y sometida. Después de la entrevista en Luca de los triunviros, tuvo César que apresurar su vuelta a la Galia, porque tuvo noticias de las revueltas que estallaban a la vez en varios puntos.

Los venetos, aquitanios y muchos otros pueblos galos y germanos no estaban dispuestos a dejarse tratar como países conquistados, y en varias ocasiones atacaron y pusieron en grave aprieto a los romanos.

César distribuyó parte de sus tropas y mandó a sus generales para castigar a los sublevados, y él se propuso someter a los venetos, que eran los más temibles y poderosos.

Este pueblo ocupaba la desembocadura del Loire y poseía una flota numerosa. Además, al aproximarse César, los venetos se habían refugiado en las *castellas*, construídas sobre lenguas de tierra y promontorios que penetraban mar adentro, de modo que las mareas las defendían mejor que cualquiera obra de defensa.

Los ataques de César por tierra tuvieron poco éxito. La marea alta obligaba a retroceder a los sitiadores y la marea baja dejaba en seco los barcos que pretendían atacarlos por mar.

César intentó construir una obra grandiosa haciendo rellenar una parte del espacio que invadía el mar con montones de piedras que casi igualasen en altura los muros de las ciudades; mas los bárbaros, empezando a desconfiar de su seguridad, antes que terminaran los trabajos, transportaban sus efectos en las muchas naves de que disponían, y se acogían a otras *castellas* vecinas que les ofrecían las mismas ventajas para su defensa.

Así se pasó todo el verano sin poder tomar una sola ciudad; entonces César decidió esperar la escuadra que había hecho construir y que, al mando de Décimo Bruto, no debía tardar mucho en llegar.

Luego que llegó y los enemigos la avistaron, dispusieron

los bárbaros doscientas naves muy bien pertrechadas de todo género de armas.

Sorprendidos y perplejos quedaron Bruto y sus capitanes al ver venir hacia ellos aquellas recias naves, construídas con madera de encina, capaces de resistir los embates de las olas en cualquier tiempo, provistas de altas proas que dificultaban mucho el abordaje, e impulsadas por grandes velas de piel muy resistentes. Los romanos no podían echarlas a pique con los espolones de sus galeras, ni lanzarles flechas desde sus torres, pues éstas, con ser muy altas, no alcanzaban el nivel de las proas de los venetos. Tampoco podían perseguirlas, porque cuando el viento era muy fuerte, las galeras corrían el peligro de embarrancar en los bajos fondos de aquellos parajes.

Los romanos imaginaron entonces fabricar grandes hoces muy cortantes, sujetas a unos largos mangos a manera de picas. Al momento de atacar las naves enemigas, cortaron hábilmente con las hoces las cuerdas que sujetaban sus mástiles y velas. Estas caían, y como las naves bárbaras no tenían remos, quedaban sin movimiento ni gobierno. Al quedar inmóviles, los romanos se lanzaron al asalto y las tomaron después de una encarnizada lucha, quedando los venetos tan completamente derrotados que todos se entregaron. César los trató duramente, haciendo morir los nobles y senadores, y vendiendo el resto del pueblo como esclavos.

El mismo año, Labieno, su lugarteniente, con tres legiones derrotaba y sometía los pueblos de la Normandía, y otro lugarteniente, Craso, hijo del triunviro, atravesaba el Garona y atacaba los pueblos aquitanos.

Vencida así la sublevación, pensó César en la reorganiza-

ción del país, y observando que el partido de la nobleza, que como sabemos era el que había prestado su apoyo a los romanos, se debilitaba, pensó con su hábil oportunismo transportar las bases de su política de un partido a otro, es decir, apoyarse sobre el mismo partido nacional, que siempre lo había detestado.

Empezó, pues, César a conquistar los jefes de este partido con dádivas y honores, favoreciéndoles en sus pequeños gobiernos y atrayéndose a Vercingetórix, uno de los más prestigiosos jefes galos, con lo que la Galia se mantuvo por entonces sumisa y pudo César pensar en otras empresas.

La conquista de Bretaña fué la primera que ocupó su atención. No se conocía bien lo que se proponía César con esta expedición: quizás castigar a los bretones por el auxilio que suponía prestaban a los bárbaros en sus guerras; quizás hacer una simple *razzia* que aumentase sus riquezas, o tan sólo dar empleo a gran número de galos, inactivos desde la paz, cuyo único oficio hasta entonces había sido la guerra.

César estaba ya terminando sus preparativos para embarcar sus tropas, cuando le llegó la noticia de que unos pueblos germanos habían atravesado el Rhin e invadido Bélgica con ánimo de atacarle. Reunidos los diputados de los pueblos galos, les pidió César un cuerpo de caballería, y con estos auxiliares salió en dirección del Rhin. En la confluencia de este río con el Mosela atacó al ejército germano, el cual sufrió una derrota tan completa, que murieron todos los guerreros y hasta las mujeres y niños que traían consigo.

Para acabar de intimidar a aquellos pueblos de la Germania, pensó César atravesar el Rhin, para lo cual mandó construir un puente de troncos de árboles, no teniendo a

mano barcas en número suficiente para poder transportar a la orilla opuesta a todo su ejército.

La construcción del puente se activó de tal modo, que, según refiere el mismo César, estuvo terminado en diez días, pudiendo los romanos pasar por él y penetrar en la Germania, devastando una parte del país.

Hecho esto, volvió César a la Galia, cabiéndole la gloria de haber sido el primero que había llevado un ejército romano más allá del Rhin.

Después de la campaña contra los germanos, aunque estaba ya muy adelantado el verano, pensó César pasar a Bretaña (Inglaterra), calculando que, aun cuando le faltase tiempo aquel año para conquistarla, le sería muy útil acercarse a la isla, examinar la naturaleza de sus habitantes y reconocer las costas y puertos. Esto era doblemente necesario, pues ninguno de los galos se había atrevido a penetrar en aquel país, y los mercaderes a quienes César mandó llamar para que le informaran respecto a la extensión de la isla, de las gentes que la habitaban y de su modo de guerrear, poco conocían lo que César más necesitaba saber.

Para informarse de todo esto, antes de tentar la empresa, le pareció conveniente despachar a Voluseno con una galera, encargándole que lo examinase todo y volviese cuanto antes a darle cuenta. A los cinco días volvió Voluseno, que había reconocido detenidamente la costa, y pudo César hacerse a la vela con dos legiones en Volonia (Boloña), lugar muy cercano de la costa de Bretaña, a eso de la media noche.

A las diez de la mañana alcanzaron los romanos a ver las colinas bretonas, coronadas de gente armada y dispuesta a impedir un desembarco. César, después de reunir toda

su escuadra, hacia las tres de la tarde, dió orden de fondear en una playa espaciosa y serena.

En aquellas condiciones se hacía muy difícil saltar en tierra, porque las naves, por su tamaño, no podían acercarse mucho a la orilla, y los legionarios, ocupadas las manos y agobiados por el peso de las armas, tenían que luchar a un tiempo con las olas y contra los enemigos que los atacaban, lanzando su caballería hasta las mismas olas. Perturbados los romanos con estas dificultades y no estando acostumbrados a este género de pelea, no luchaban con el ardor de otras ocasiones, ni maniobraban con la prontitud que usaban en las batallas campales.

Luego que César se hizo cargo de la situación, mandó acercar las galeras todo lo que era posible a la playa, con objeto de impresionar a aquellos bárbaros, que nunca las habían visto de cerca, y además para que, utilizando sus máquinas, lanzasen contra ellos dardos y piedras que los alejasen de la costa. Con esta maniobra, que equivalía entonces al empleo que se hace hoy de la artillería para proteger los desembarcos, se retiraron algo los enemigos; mas recelosos todavía los romanos, sobre todo por la profundidad del mar, no se atrevían a saltar a tierra.

Entonces fué cuando el alférez de la legión décima, después de implorar la protección de los dioses para que le sacase con bien de aquella empresa, dijo en voz alta para que todos le oyesen:

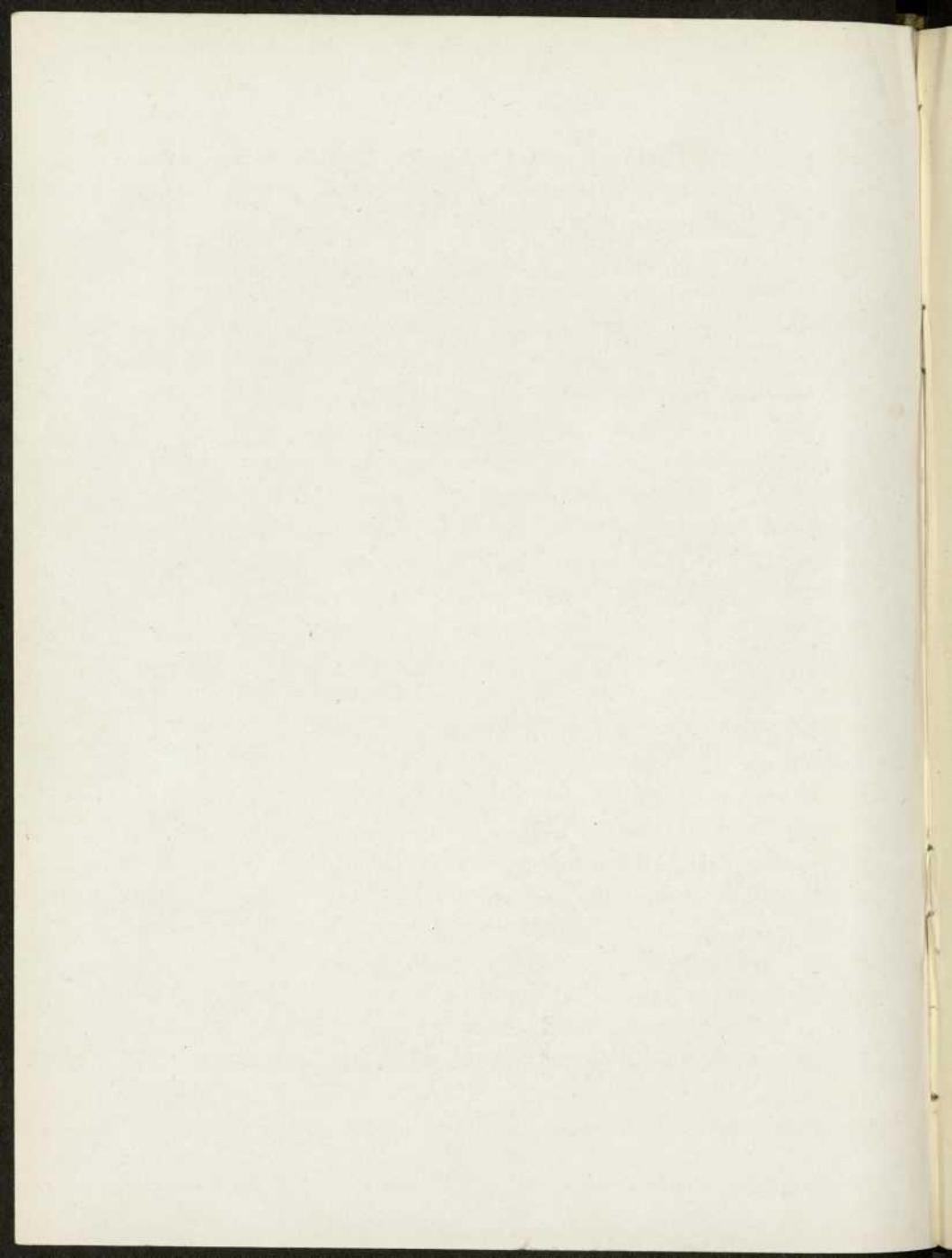
—Saltad conmigo, soldados, si no queréis que esta águila sea presa de los enemigos; yo, a lo menos, he de cumplir con mi obligación por la República y por mi general.

Dicho esto, se arrojó de la nave, llevando el águila ha-



JULIO CÉSAR INVADE LAS ISLAS BRITÁNICAS (Cuadro mural de E. Armitage, Londres)

El cuadro representa al conquistador en el momento de animar a sus tropas a lanzarse contra los enemigos que pretenden impedir el desembarco



cia el enemigo. Entonces los romanos, animándose unos a otros para que no se cometiese tal deshonra, saltaron todos de las naves unos después de otros y se fueron acercando juntos al enemigo.

Peleóse con gran denuedo por ambas partes. Los romanos estaban al principio algo desordenados; pero César, llevando de soldados pequeñas embarcaciones, los hacía acudir allí donde las legiones peligraban.

Por fin, viéndose todos pisando tierra firme y juntos, hicieron frente al enemigo, al cual derrotaron por completo y pusieron en desordenada fuga.

Vencidos los bretones, enviaron a César embajadores y se concertó un tratado de paz. Los romanos, que no se habían propuesto con aquella expedición conquistar el país, sino más bien explorarlo para ver qué daba de sí y qué peligros ofrecía dominarlo, se limitaron a sujetar unos cuantos pueblos rebeldes, y regresaron a la Galia, aplazando para otro año la ejecución de más vastos planes.

Estas dos expediciones últimas contra los germanos y contra los bretones tuvieron en Roma una gran resonancia. Con la exageración que acompaña siempre al entusiasmo, se hablaba allí de 350.000 bárbaros vencidos, y la exaltación llegaba a su colmo al saber que César se había atrevido a poner el pie en Bretaña con sólo dos legiones, por desconocer la mayor parte de romanos de qué país se trataba y tenerlo por puramente fabuloso.

Al acercarse el invierno del año 54, se retiró César, como acostumbraba todos los años, a la Galia cisalpina, desde donde podía continuar, mejor que en campaña, su política de atracción.

Una gran parte del dinero sacado en las últimas campañas fué remitido a Roma para fiestas y monumentos, que embellecieron grandemente la ciudad. Otra parte la gastó César en comprar esclavos, llegando a ser el más rico propietario de toda Italia. Su habilidad en escoger los más útiles llegó a ser famosa, y de entre ellos sacaba el numeroso personal de secretarios, escribientes, correos, arquitectos, administradores, archiveros y servidores que necesitaba para los complicados asuntos y negocios que dirigía.

Todo el boato de que empezaba a rodearse y las riquezas que acumulaba levantaban las protestas de los conservadores, los cuales, en reuniones públicas y privadas, le acusaban de haberse mostrado en la guerra cruel y rapaz en extremo, y de tolerar las especulaciones escandalosas de sus oficiales. Pero la nación, exaltada por el entusiasmo, admiraba el genio de César, que había llegado a ser el más popular de los triunviros y hacia él se volvían todas las miradas.

Al llegar la primavera, volvió César a la Galia; allí reunió la flota que había hecho construir durante el invierno, según modelos inventados por él mismo. En estos barcos, provistos de vela y remo y bastante capaces para contener equipajes y caballos, embarcó cinco legiones y 2.000 jinetes galos, y volvió a penetrar en Bretaña. Convencido esta vez de que la isla no ofrecía los recursos que esperaba y de que poco podría sacar de aquellas gentes infelices y pobres, después de algunos combates, prefirió César renovar los tratados con los bretones, imponerles un pequeño tributo y volverse a la Galia, llevándose consigo un gran número de esclavos por todo botín.

Al desembarcar en la Galia le sorprendió una triste nue-

va. Su hija Julia, casada con Pompeyo, acababa de morir. El dolor que César y Pompeyo experimentaron fué grande, siendo su pena compartida por todo el pueblo romano, el cual veía en Julia el más fuerte lazo de unión entre esos dos hombres poderosos que podían llegar a ser un día terribles rivales.

Otros sucesos desagradables también vinieron a distraer a César de sus desgracias familiares y lo sumergieron de nuevo en las preocupaciones de la guerra. Al aproximarse el otoño había dejado sus legiones distribuídas por la Galia para invernar, y se disponía a regresar a Italia, cuando estalló de improviso en todo el país una formidable insurrección.

Aunque César tenía atraídos a su partido gran parte de los nobles galos, los cuales combatían en su ejército, recibían parte del botín, trababan amistad con los oficiales romanos y eran invitados a sentarse a su mesa, el pueblo galo alimentaba una sorda irritación y un odio concentrado contra esos extranjeros que se habían hecho dueños y señores del país, que cobraban fuertes contribuciones, que les obligaban a suministrar lo necesario para sostener las legiones y que le hacían sufrir con frecuencia las intemperancias de la soldadesca.

Al saber, pues, que César iba a salir del país, los galos atacaron la legión romana acampada en la región del Sambre y la aniquilaron. Lo mismo le hubiera sucedido a otra legión, mandada por el hermano de Cicerón, el famoso orador, a no acudir presuroso César con 7.000 soldados y castigar rudamente a los sublevados, aterrándolos con su rapidez y con las crueldades con que les castigó.

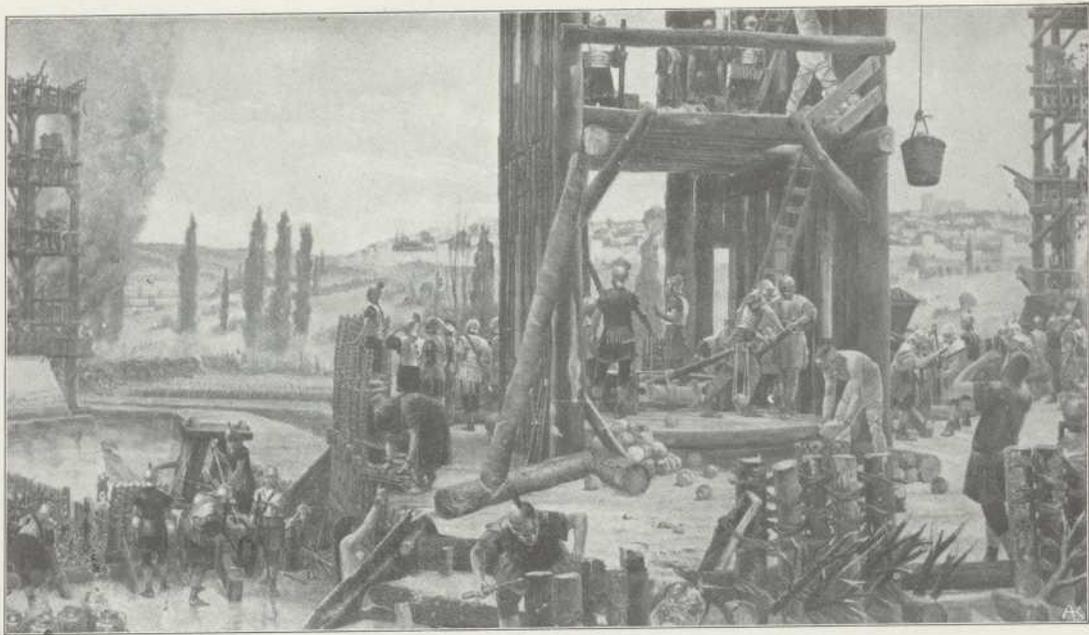
Con ánimo de apaciguar el país, al llegar la primavera

convocó César a los principales jefes galos a una asamblea, a la que acudieron muy pocos de los llamados. Esta señal de hostilidad le impacientó de tal modo que disolvió la asamblea después de una violenta escena y a marchas forzadas se dirigió contra los rebeldes.

Ante todo César quería acabar con Ambiorix, uno de los principales instigadores de la revuelta, y atacó los menapios, entre quienes creía que se había refugiado. Los menapios, al acercarse los romanos, se dispersaron, internándose en las pequeñas landas y marismas del país. Entonces se empezó contra ellos una espantosa guerra de exterminio, una verdadera caza del hombre, hasta que, espantados los bárbaros, vinieron a rendirse. César continuó atacando por separado los pueblos sublevados, acentuando cada vez más la crueldad para aterrorizar el país. La pacificación de la Galia iba poco a poco convirtiéndose en una guerra de exterminio, pues las continuas revueltas irritaban al conquistador, que veía cada año en grave aprieto su obra de seis años y, lo que era peor, su crédito en Roma comprometido.

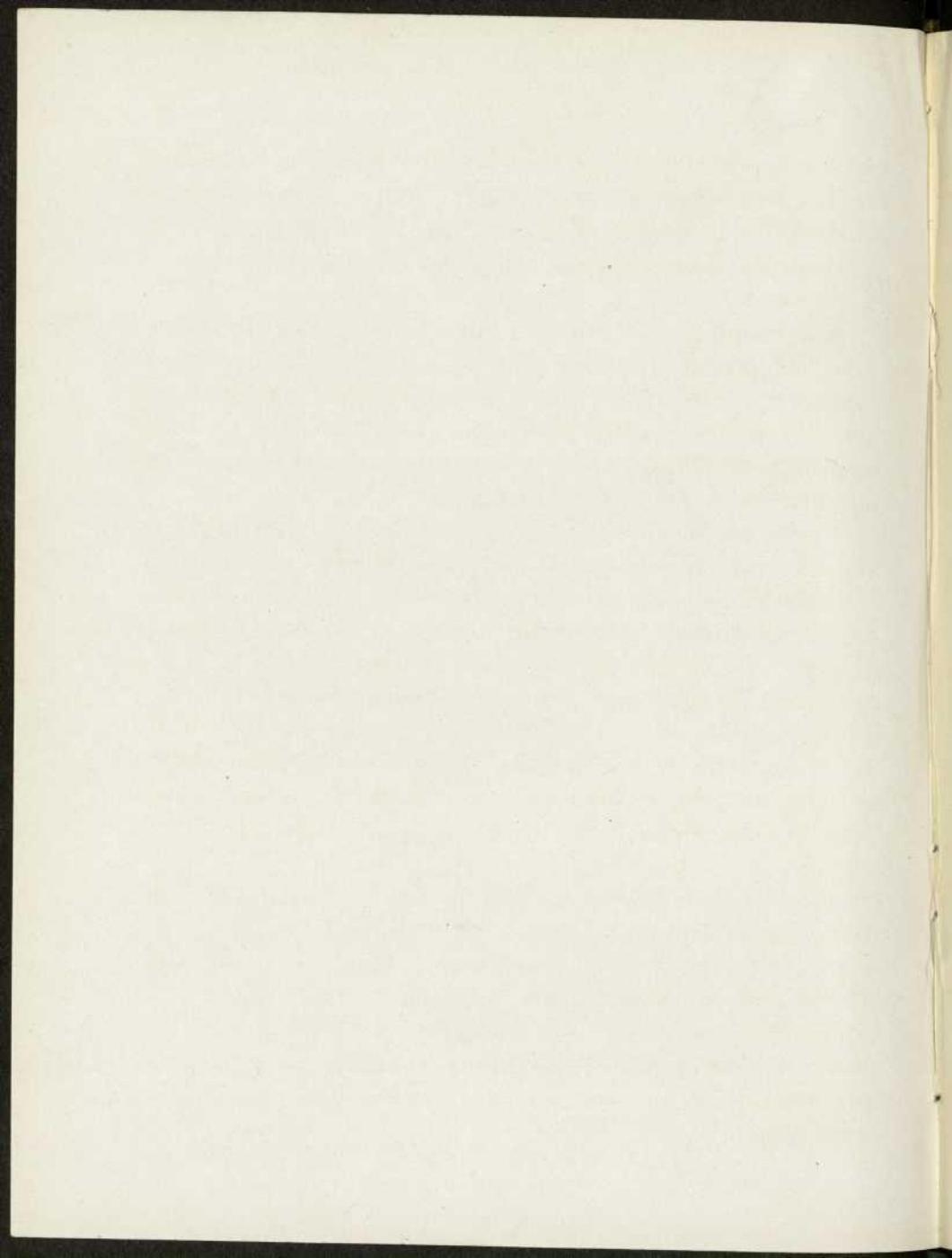
En efecto, en Roma ya no se mantenía aquel entusiasmo primero despertado al inaugurarse la política de conquista de César. Además de lo que se iba alargando la pacificación de la Galia, Roma tenía otros motivos más serios todavía para cambiar de opinión: aquel mismo año se recibía la noticia de haber sido completamente aniquilado por los partos el ejército destinado a la conquista de Persia, y de que Craso, su general, había muerto a manos de los bárbaros. Estos desastres exteriores iban agravados por otros interiores que minaban la República.

Hacia tiempo, es verdad, que la corrupción se había en-



SITIO DE ALESIA (Cuadro de Motte)

Representa los complicados trabajos y las poderosas torres con que los romanos encerraron a Vercingetórix y a sus tropas en Alesia



señoreado de Roma; pero en este momento a la corrupción se había añadido la anarquía, y ambas aumentaban de modo tal, que no podían hacerse las elecciones y los candidatos a las magistraturas iban a pedir las con las armas en la mano.

Una verdadera locura colectiva parecía haberse apoderado del mundo político, y el público neutral se preguntaba cómo y cuándo sería restablecido el orden, empezando a apuntar en los espíritus la idea de que, para poner un freno a aquel terrible desencadenamiento de pasiones, era preciso nombrar un dictador de mano fuerte.

César, que desde el fondo de la Galia no perdía nunca de vista lo que sucedía en Roma, veía con pena el fracaso de su política, y cómo sus enemigos, envalentonados, empezaban a levantarse nuevamente contra él. Muerto Craso, y deshecho así el triunvirato, intentó estrechar de nuevo sus lazos con Pompeyo, proponiéndole en matrimonio una hija de una sobrina suya. Mas Pompeyo, que esperaba sin duda verse investido de la dictadura única, y en aquella ocasión se creía casi seguro del apoyo de los conservadores, comprendió que su unión con César le hubiera sido fatal y no aceptó sus proposiciones.

Este debió sufrir mucho con el desvío de Pompeyo. Su unión con él le era casi necesaria, pues el 1.º de Mayo del año 49 se terminaban sus poderes y, según la ley, no podía ser investido de nuevo hasta once meses más tarde, durante los cuales, no gozando de la inmunidad de un magistrado, podría ser juzgado como un simple ciudadano y condenado al destierro, con lo que hubiera terminado tristemente su carrera política.

Para resolver este difícil problema, empezó César a poner en juego todos los resortes de su inagotable ingenio y a tejer toda una larga serie de intrigas, cuando otro asunto todavía más grave se le presentó como para poner a prueba las extraordinarias energías de este hombre.

La Galia, más que aterrorizada, irritada por las crueldades de César, se levantaba de nuevo en una insurrección mucho más extensa e importante que todas las anteriores. Vercingetórix, un joven noble, alto, robusto, valiente, buen jinete, que había servido bajo las órdenes de César, como hemos visto, y a quien éste creía su amigo, fué el jefe del movimiento.

Durante el invierno, después de haber reunido diputados de toda la Galia y de haberles hecho jurar a todos que se sublevarían a una señal dada, despachó desde la Auvernia, donde se hallaba, mensajeros a las otras ciudades y pueblos para animarles a combatir contra los romanos. Reunió, además, víveres y armas, estableció en su ejército una severa disciplina y hacía quemar vivos a los traidores y cortar las orejas y saltar los ojos a los desertores. Así organizado, se dirigía hacia el Norte para sorprender las legiones romanas que allí invernan y sublevar los pueblos que hallase a su paso.

La situación era verdaderamente crítica. César, sin titubear un momento, abandonó las intrigas de Roma y voló a la Galia a defender su obra. Como las legiones que invernan en el Norte se hallaban completamente aisladas, por estar sublevado todo el centro de la Galia, se le ofrecía esta disyuntiva: o las llamaba hacia la provincia, para lo cual tendrían las legiones que atravesar el país en malas condi-

ciones, o iba él a juntarse con ellas para evitar el ser batidos por separado.

Pero el genio estratégico de César le sugirió otro plan, que ejecutó con una audacia sorprendente. En algunos días organizó lo mejor que pudo la defensa de la Narbonense con soldados reclutados en Italia, y después, y aquí consistía lo atrevido de su plan, atravesó en pleno invierno los Cevenes, teniendo los soldados que abrirse camino a través de una capa de seis pies de nieve, y se lanzó de improviso sobre la Auvernia. Los arvernes, que confiaban, como se ve, demasiado en la muralla de nieve de sus montañas, se asustaron tanto al ver aparecer a César, que llamaron a Vercingetórix en socorro de su patria. Esto era precisamente lo que se proponía César, y cediendo el mando a Décimo Bruto, encargándole de asolar el país, con una pequeña escolta volvió a atravesar los Cevenes y se dirigió a Vienne, donde había dejado una pequeña guarnición. Allí se puso al frente de unos pocos escuadrones de caballería, y galopando de día y de noche, atravesó la Galia sin ser reconocido, logrando reunirse a sus legiones del país de los lingones, cuando todo el mundo le creía todavía en Auvernia.

Desde allí dió orden a todas sus otras legiones diseminadas de reunirse en Agendicum, viéndose César en el mes de Marzo al frente de once legiones que comprendían unos 35.000 hombres.

Vercingetórix comprendió pronto el engaño. Entonces decidió este jefe poner en práctica de un modo metódico un plan que meditaba hacía tiempo, esto es: emprender contra los romanos una verdadera guerra de guerrillas, hacer el vacío alrededor del ejército, inquietarlo constantemente, que-

mar los campos y poblados por donde debía pasar, con objeto de privarle de forrajes para sus caballos y de víveres.

La nueva táctica de los galos llegó a causar serias molestias al ejército romano, que con frecuencia veía sorprendidos sus convoyes de víveres y se quedaba muchos días sin pan; mas no pudo impedir que en un mes César destruyese cuatro focos de revuelta, sembrando su camino de terribles escarmentos y recogiendo grandes riquezas del saco de las ciudades, ni evitar que por fin entrara en Avaricum, donde el ejército halló víveres en abundancia y pudo reparar sus fuerzas.

César, que veía como las últimas campañas habían levantado de nuevo el espíritu de sus tropas, en la confianza de que los galos habían quedado escarmentados por mucho tiempo con los duros castigos sufridos, no temió en dividir de nuevo su ejército, mandando a Labieno al Norte con dos legiones para atacar a los parisienses y secuanos que continuaban revueltos.

Pero César se equivocaba. La insurrección estaba lejos de desmayar por sus victorias. Además de los pueblos del Norte y otros que se agitaban de nuevo, Vercingetórix reclutaba soldados, organizaba sus tropas a la romana e invitaba a los pueblos fieles a Roma a secundarle, para lo cual les mandaba el oro que se extraía, ya en aquella época, de las minas de la Auvernia.

Al principiar la primavera, decidió César atacar a Vercingetórix, y puso sitio a Gregovia, capital de la Auvernia. Pero la ciudad se defendió bien y el astuto galo no libraba batalla, limitándose, como hemos dicho, a acampar cerca, molestar al ejército y dificultar su aprovisionamiento.

César, entonces, viendo que su situación se hacía difícil,

intentó salir pronto de aquel trance, haciendo un esfuerzo desesperado para tomar la ciudad por asalto. Por desgracia sus fuerzas no eran suficientes y el asalto fracasó, perdiendo en él los romanos mucha gente, no quedándole otro camino a César que levantar el sitio y dirigirse al Norte en busca de Labieno.

La noticia de este pequeño fracaso se extendió por la Galia y dió ánimo a los que empezaban a desfallecer para renovar su esfuerzo contra los romanos. Muchos pueblos amigos, entre otros los poderosos eduanos, se volvían ahora contra él, y César vió con terror cómo en una asamblea convocada en Bibracte por Vercingetórix, se había manifestado el entusiasmo nacional que agitaba la Galia toda, decidida a librarse para siempre del yugo extranjero.

César tembló esta vez por su suerte, y viéndose rodeado por todos lados de enemigos, dió la Galia por perdida y no pensó sino en retirar de allí sus tropas para salvarlas de un desastre. La cosa era en verdad difícil y para ello le era indispensable una buena caballería. No pudiendo ya contar con la de los galos, César se dirigió hacia la Germania, donde, durante el mes de Julio, se ocupó en reclutar soldados, con los que formó un nutrido cuerpo de robustos jinetes.

En el mes de Agosto todas las fuerzas romanas reunidas empezaron su marcha hacia el Sur, llevando consigo las máquinas de guerra, los esclavos, los equipajes, los restos del botín, los mismos mercaderes italianos que huían, en fin, todo lo que quedaba de Roma en aquel país que se había creído conquistado definitivamente.

Pero el mismo entusiasmo que levantaba a los pueblos contra César, salvó a éste de la ruina. Vercingetórix, obli-

gado por los suyos, que ya se creían invencibles y temían ver escapar su presa, abandonó el sistema de guerrillas, que tan buenos resultados le había dado, y se dirigió contra César, dispuesto a librar una batalla decisiva. El sabía muy bien que sus galos no podían ponerse frente a los disciplinados y aguerridos veteranos de César; para el triunfo contaba Vercingetorix con su brillante caballería, ignorando que César había reclutado una excelente del otro lado del Rhin.

No se sabe a ciencia cierta en qué lugar llegaron a encontrarse los dos ejércitos, pero sí que el choque fué violentísimo y que pronto los vigorosos escuadrones germanos, apoyados eficazmente por las recias legiones, pusieron en fuga a los caballeros galos. Vercingetórix y su ejército, que tan seguros estaban de vencer, tuvieron que retirarse precipitadamente hacia Alesia, que era una plaza bien fortificada.

César, aunque contaba con fuerzas poco superiores en número a las del jefe galo, y a pesar de tener víveres para poco tiempo, suspendió su retirada y decidió jugarse el todo por el todo, sitiando la plaza.

Vercingetórix, desde los muros de Alesia, veía cómo los legionarios empuñaban las palas, abrían profundos fosos e iban ciñendo cada vez más de cerca la ciudad, y comprendió que quedarse inactivo equivalía a un suicidio; así es que, después de reunir un Consejo de guerra, decidió mandar la caballería que le quedaba con orden de romper el cerco y escapar, y una vez libres, buscar socorros y tratar de lanzar sobre César todas las fuerzas disponibles en la Galia, que se calculaba ascendían a 250.000 hombres.

Como la caballería gala logró su intento, César vió el peligro que de nuevo le amenazaba.

Si hubiese dispuesto de un ejército numeroso, le quedaba el recurso de fraccionar sus tropas y mandar una parte de ellas para destruir el nuevo ejército que iba a formarse. Mas ¿era esto posible con su pequeño ejército, que apenas bastaba para mantener el cerco?

Entonces fué cuando el genio de este hombre concibió una idea que se considera como de las más extraordinarias de la guerra antigua: trató de encerrarse él también, con su ejército, en una especie de gran fortaleza. Del lado de la ciudad, alrededor de la colina en que Alesia estaba situada, hizo César abrir dos fosos, cada uno de 75 pies de ancho por ocho de profundidad; hizo, además, construir un muro de 16 kilómetros, coronado con una fuerte empalizada y flanqueado de torres, distantes entre sí 80 pies. Delante de los fosos hizo plantar ocho hileras de estacas puntiagudas, escondidas bajo ramajes, con objeto de detener la caballería. Esto era para defenderse de los sitiados. Para defenderse del nuevo ejército que seguramente vendría a atacarle, hizo construir del lado exterior que miraba al campo otros fosos y otra muralla igual a la primera. Los soldados que se hallaban distribuídos entre las dos líneas de defensa, debían correr hacia un lado o hacia otro, según fueran atacados, y tratarían de defenderse como pudieran de los ataques dobles. ¿Pero tendrían tiempo, se preguntaban algunos oficiales, de terminar tan gigantesca obra?

Con una actividad increíble se pusieron a trabajar los legionarios, con la ayuda de sus jefes, sin descansar ni de día ni de noche. César lo dirigía todo, consultaba sus esclavos orientales más diestros en trabajos militares, repasaba los textos griegos de estrategia, mandaba a buscar toda la ma-

dera y hierro que se encontrase para construir las trampas que debían detener la caballería y trataba de conservar la amistad de alguna tribu gala cercana, para que les procurase algunos víveres, que era de lo que más necesitados estaban los romanos.

Fué tal la fiebre de trabajo que se había apoderado del ejército romano, viendo en esta obra quizás su única salvación, que en cinco semanas estaba terminada.

Mientras tanto, en la Galia se alistaba la juventud, se reunían armas y trigo a toda prisa, pues Vercingetórix había declarado que sólo poseía víveres para treinta días, y un numeroso ejército estuvo pronto dispuesto a acudir en socorro de la plaza sitiada.

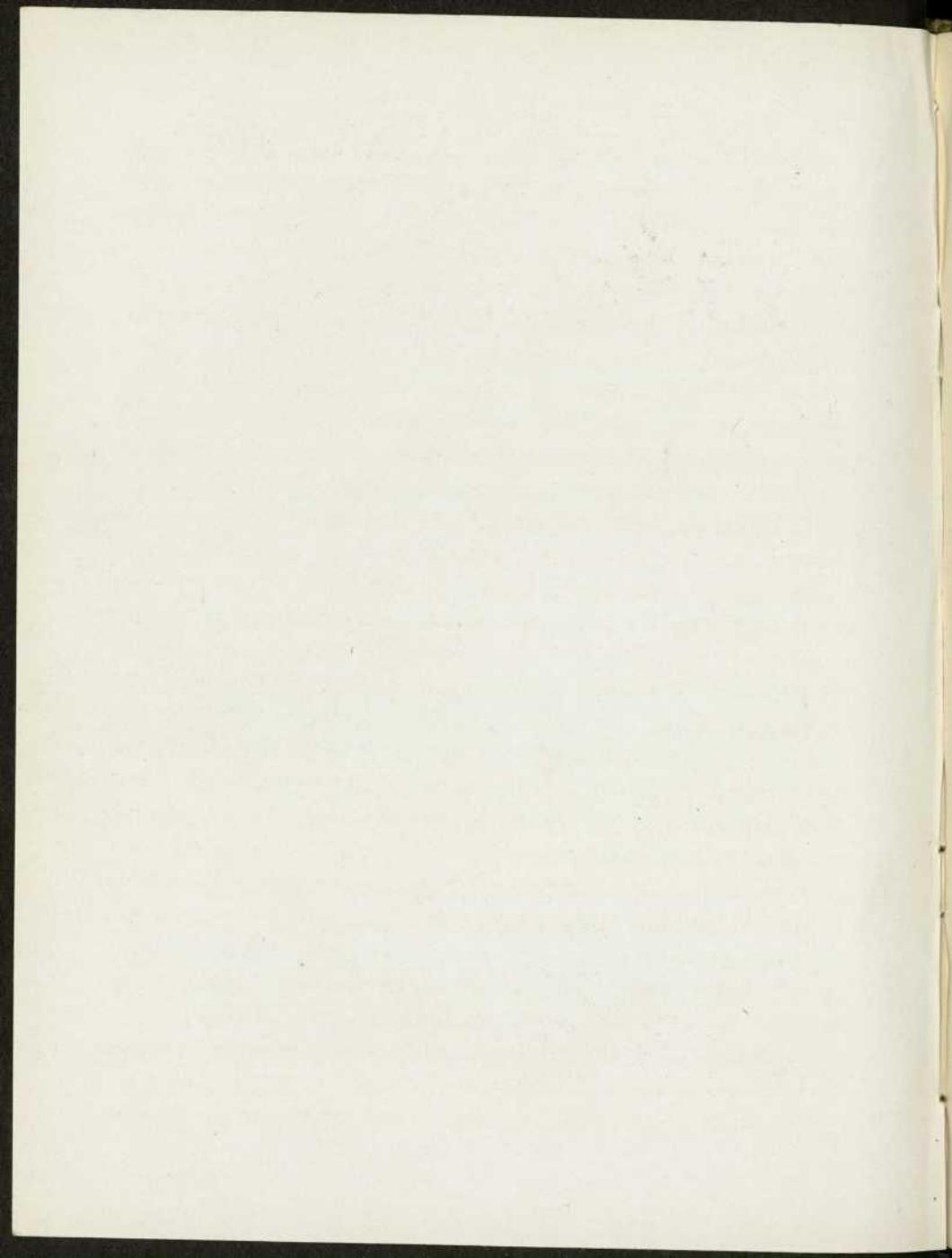
Cuando éste llegó frente al campamento romano, sitiados y sitiadores empezaron a sufrir por falta de provisiones. Si los galos se hubieran limitado a cortar las comunicaciones de los romanos y a privarles de medios de subsistencia, ambos hubieran seguramente sucumbido de hambre y la Galia se hubiera visto para siempre libre de romanos. En vez de esto, los galos, impacientes y desorganizados, empezaron desde el primer momento una serie de impetuosos ataques. La caballería gala atacó primero en la llanura a los romanos, pero fué dispersada por los germanos auxiliares de César. Al día siguiente los galos atacaron la línea exterior de defensa, al mismo tiempo que los de la plaza atacaban la muralla interior. Ambos ataques fueron rechazados, detenidos como se vieron los asaltantes por los fosos y estacas clavadas en el suelo, y por la lluvia de piedras y de flechas que les arrojaban las potentes máquinas romanas.

Entonces los galos decidieron hacer un supremo esfuerzo.



RENDICIÓN DE VERCINGETÓRIX

El heroico jefe galo, para salvar la vida de los habitantes de Alesia, se presenta solo ante César, su vencedor



Dominaba el muro exterior de los romanos una colina, con lo que quedaba aquella parte menos defendida. Aquí concentraron sus mejores tropas los galos y, escondidos detrás de la colina, se fueron acercando sin ser vistos. Al tiempo que atacaban, salía Vercingetórix de la plaza y la caballería gala se lanzaba contra las fortificaciones por otro lado para distraer las fuerzas de César.

Los romanos resistieron firmes este triple ataque. César, colocado en un lugar ventajoso, desde donde veía cuanto pasaba, disponía el lugar que cada uno debía ocupar y mandaba refuerzos allí donde veía a los suyos en peligro.

Del lado de la colina era donde el riesgo era mayor. Los galos, formando la tortuga, rellenando los fosos y lanzando flechas, iban avanzando. César mandó allí a Labieno, con seis cohortes de refuerzo; pero no eran suficientes para detener al enemigo. Entonces, viendo el apuro de los suyos, él mismo, con gente de refresco, se lanzó hacia el lugar en que era más reñida la pelea.

Conocida su llegada por el color del vestido que como insignia acostumbraba llevar en las batallas, acudieron los enemigos con mayor furia hacia el lugar en que se hallaba. Los romanos, disparados ya todos sus dardos, echaban ya mano a las espadas, cuando de repente ven los galos aparecer por su espalda la caballería de César, que había recibido la orden de envolver los enemigos.

Los galos, sorprendidos y atacados además vigorosamente por otras cohortes que César lanzó al combate, volvieron las espaldas y se desbandaron, quedando así deshecho el ejército de socorro.

Los de la ciudad, que en vano habían pretendido escalar

el muro, viendo a lo lejos la fuga y matanza de los suyos, desesperando ya de salvarse, se retiraron a sus fortificaciones.

Vercingetórix, reuniendo entonces un consejo de guerra, expuso lo inútil de continuar la resistencia. Sus gentes se morían de hambre, y César amenazaba con pasar toda la ciudad a cuchillo si no le entregaban el jefe.

Para salvarlos a todos de la muerte, el noble y heroico jefe galo tomó la resolución de sacrificarse él solo, y armándose con sus más hermosas armas y enjaezando ricamente su caballo, salió sin acompañamiento de la ciudad y se dirigió al campo enemigo, presentándose ante César, al que halló sentado con sus oficiales. Al reconocer al general romano, bajó del caballo, sin decir una palabra dejó en el suelo su casco y su espada y se sentó a sus pies, entregándose así al vencedor.

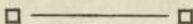
Vercingetórix fué de allí a poco enviado a Roma, donde, después de permanecer seis años encerrado en una cárcel, murió decapitado.

Con esta victoria la gran insurrección gala quedaba dominada y César se veía dueño de la situación de nuevo. Un año pasó todavía destruyendo a los que no se rendían y organizando los gobiernos locales, terminado lo cual pudo afirmar esta vez con más fundamento que la Galia entera pertenecía a los romanos.

Así terminó esa lucha gigantesca en que la impetuosa y genial energía de este hombre llamado César había triunfado de todo: del espacio, del hambre, de las estaciones, de las murallas y de los hombres.

Para acabar de comprender el esfuerzo titánico que re-

presenta, bastará decir que César se alababa de haber tomado en ocho años 800 ciudades, de haber sometido 300 pueblos, matado un millón de hombres y vendido otro millón de cautivos como esclavos.



La guerra civil

Las últimas victorias de César no fueron suficientes a levantar de nuevo su crédito en Roma. Se opinaba ahora allí, a pesar del triunfo final, que la guerra había durado demasiado, que la conquista anunciada en el año 59 había sido un engaño, que César se había conducido en estas campañas de un modo temerario y que había sido en exceso rapaz, pérfido y violento.

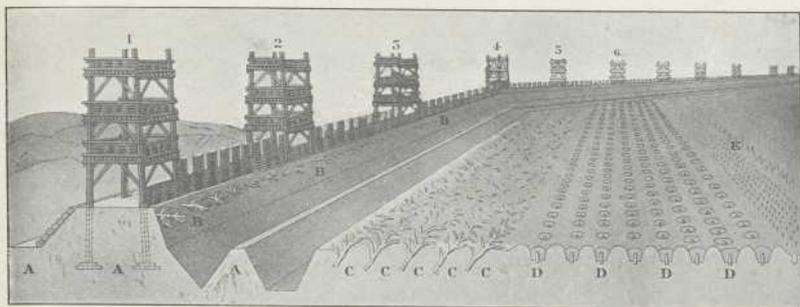
Para justificarse de estos ataques, escribió César, según parece, sus célebres «Comentarios de la guerra de las Galias», obra notabilísima por su estilo y por la facilidad con que fué escrita, pues parece que César no tardó más de dos meses en componerla, y esto en medio de las múltiples ocupaciones que siempre le absorbían.

Los «Comentarios» hicieron cierto efecto entre la burguesía, que gustaba de leer relatos de guerras; pero no influyeron para nada en el sentido de apaciguar las noticias calumniosas que sus enemigos hacían constantemente circular.

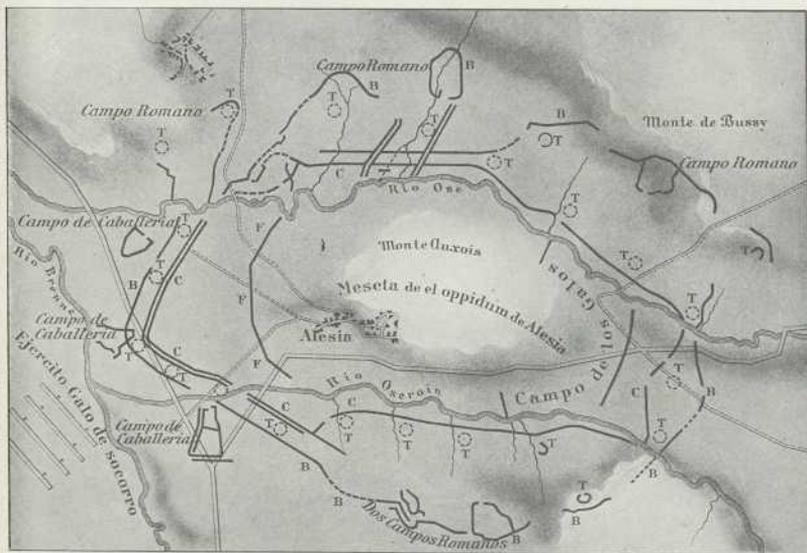
Mientras César bajaba así en la opinión, Pompeyo iba aumentando su poder y, sin enemistarse del todo con él, prescindía cada vez más de César.

El desorden y la confusión que reinaban hacía tiempo en Roma aumentaban de año en año; se dió el caso de que los que aspiraban a las magistraturas pusiesen mesas en medio de la plaza para comprar descaradamente los votos del pue-

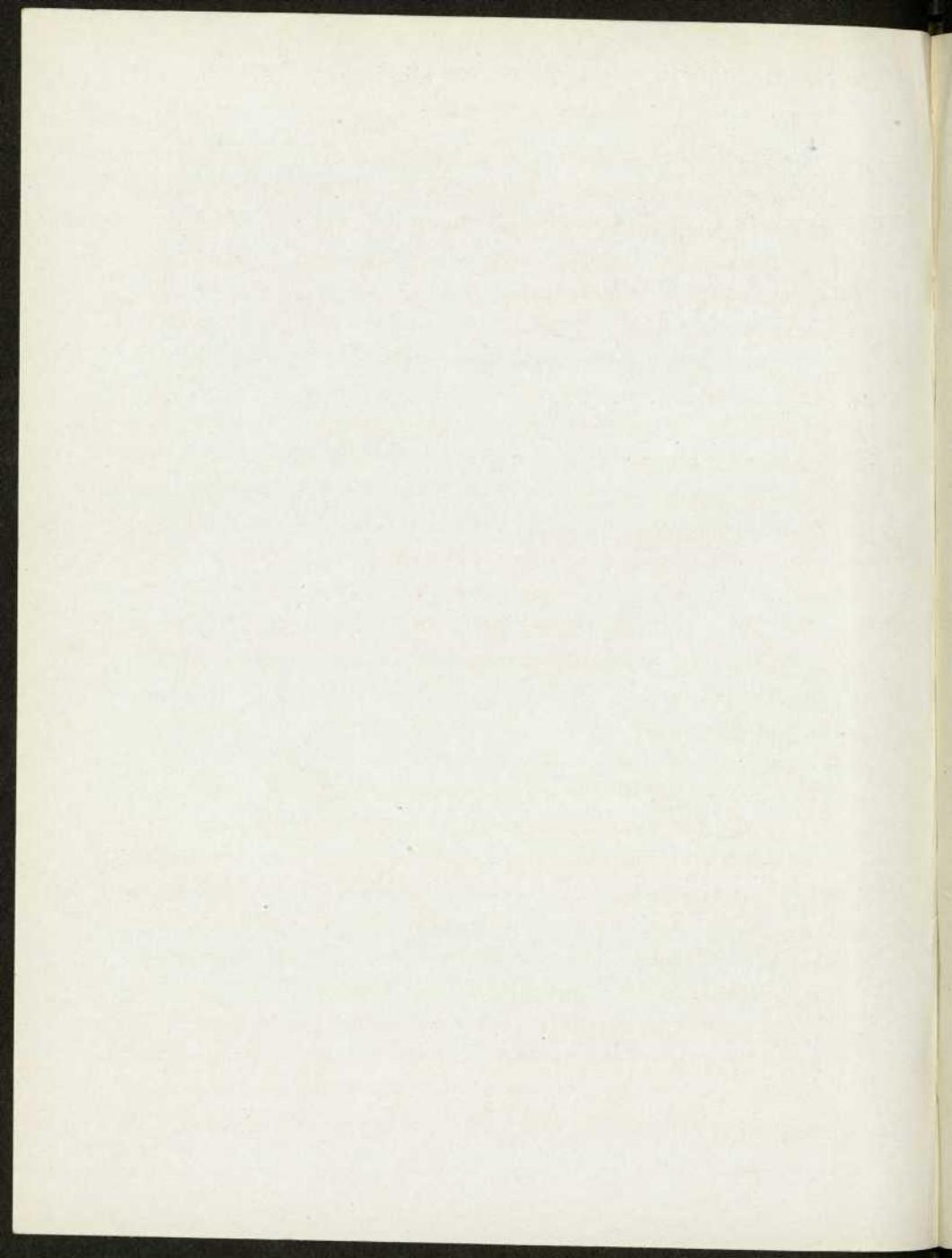
TRABAJOS MILITARES DE LOS ROMANOS EN EL SITIO DE ALESIA



1, 2, 3, 4..... Torres de 60 pies de altura, con aspilleras y abrigos.—A. Parte del foso y trincheras.—B. Hilera de ramas agudas (Cervi).—C. Cinco hileras de troncos endurecidos al fuego (Cippi).—D. Ocho líneas de trampas con estacas afiladas en el fondo y disimuladas exteriormente (Scrobes).—E. Estacas guarnecidas de puntas de hierro (Stimuli)



B. Línea de protección de retaguardia del ejército romano, como la descrita en la figura anterior, pero más sencilla.—C. Línea de resistencia descrita en la figura anterior.—F. Foso de 20 pies de ancho. Primer trabajo mandado por César para el sitio de Alesia.—T. Torres elevadas entre las dos líneas y desde las cuales los romanos lanzaban sus proyectiles a los galos



blo, y se llegó al extremo de que las votaciones se convirtieran en verdaderas batallas, luchando con toda clase de armas las furiosas bandas mercenarias de uno u otro candidato.

Se comprende que, en estas circunstancias, el Senado y las clases acomodadas se preocuparan sobre todo del orden y pensarán en acudir a un hombre de prestigio, a Pompeyo, para investirle de un poder extraordinario que le permitiese dominar aquella insostenible situación.

Pompeyo, que se veía ahora apoyado por el Senado y la opinión pública, hizo votar una ley que prolongaba su mando en España y en Africa por cinco años, y en vez de dirigirse a su provincia, como correspondía, se quedó en Italia, donde era más necesaria su presencia.

El mando de César, como sabemos, terminaba en Marzo del año 49, y el partido del Senado, sintiéndose reforzado, quería librarse de él, obligándole a volver a Roma sin ejército ni mando, con la excusa de estar ya pacificada la Galia, y una vez en Roma convertido en un simple ciudadano, hacerle condenar al destierro.

César, que indudablemente tenía previsto el caso, pretendió presentarse como candidato al consulado, sin tener que ir personalmente a Roma, lo que estaba permitido según la ley. Pero sus enemigos estaban decididos a hundirle para siempre, y en una célebre sesión del Senado, que se puede afirmar dió origen a todos los sucesos que luego se desarrollaron, propusieron lo siguiente: «¿Debe César volver a Roma como un simple particular?» Esta proposición fué aprobada por una gran mayoría de votos. Para acabar de dilucidar esta delicada cuestión y saber a qué atenerse sobre Pompeyo, se puso a votación lo siguiente: «¿Debe Pompeyo resignar

el mando del ejército?» El Senado, más partidario de Pompeyo que de César, no aceptó esta nueva proposición. Entonces Curión, un hábil tribuno, agente secreto de César, se levantó a hablar en medio de la mayor expectación y propuso en elocuente discurso que, para evitar rivalidades que podían tener funestas consecuencias, César y Pompeyo abdicaran a la vez de sus respectivos cargos.

Nada más sensato podía proponerse como solución, y así lo comprendieron los veleidosos senadores, siendo aprobado esto último por 370 votos contra 22.

Esta votación, que podía considerarse como un triunfo de César, irritó a Pompeyo, y confiado en su prestigio, en el apoyo de los conservadores y en la fuerza de sus legiones, las cuales, según él, «brotarían del suelo de Italia con sólo herir el suelo con su pie», dió fácil acogida a sus impacientes partidarios, que le proponían un golpe de Estado. En efecto, rechazando las proposiciones de concordia que César no se cansaba de enviarle, y seguro de que éste nunca se atrevería a desencadenar una guerra civil, reunió un día sus tropas y entrando con ellas en Roma obligó al Senado a declarar a César enemigo público. Los amigos de César tuvieron que huir de Roma y acogerse a su lado. César se hallaba a la sazón instalado en Rávena, muy lejos de creer que pudiese llegar tan pronto el caso de tener que empuñar las armas contra sus enemigos, y le sorprendió grandemente la actitud violenta y hostil de Pompeyo.

Mas al saber la decisión del Senado, se vió obligado, si no quería verse aplastado por sus enemigos, a tomar una decisión suprema, violar la ley, ponerse al frente de sus tropas, penetrar en Italia y mostrar así a Pompeyo y al Senado que

no le asustaba una guerra civil, y que si se trataba de un duelo a muerte se defendería.

César, durante los diez años de guerra en la Galia, se había formado un ejército completamente afecto a su persona. Había sido siempre muy exigente con sus soldados en el servicio y en la disciplina, y los vigilaba siempre atentamente para que sus órdenes se cumplieran siempre al pie de la letra; pero por otro lado se había ocupado mucho de su bienestar material y los había recompensado con una gran liberalidad. Había procurado saber sus nombres, conocer su historia, los llamaba muchas veces compañeros en vez de soldados, y había fomentado entre ellos el amor al lujo y a las corazas y armas doradas, medio seguro de deslumbrar y atraer a aquellos sencillos campesinos del 60. A los que criticaban el lujo de sus tropas, solía contestar:

—¿Qué importa que mis soldados vayan perfumados, si se baten bien?

Contando, pues, con su ejército y viéndose de nuevo en el caso de jugarse el todo por el todo forzado por las circunstancias, se dispuso a ejecutar el plan que había concebido. Para ello llamó a sus oficiales y les dió órdenes para que los 1.500 hombres de que disponía en Rávena saliesen silenciosamente de noche y al amanecer se apoderasen por sorpresa de Rímini, donde nada se debía saber hasta su llegada. Rímini era la primera ciudad italiana que se hallaba atravesando el río Rubicón, que servía de frontera.

Para evitar sospechas de lo que tramaba, César procuró durante todo aquel día llamar la atención del público. Por la mañana fué a los baños, asistió a un espectáculo público, se entretuvo en examinar unos planos de una escuela de gla-

diadores. Por la noche dió un banquete, durante el cual afectó la calma más completa, y a eso de la media noche, con un pretexto, se ausentó de la mesa y salió a caballo de Rávena, acompañado de una pequeña escolta, en dirección a Rímini. A la mañana siguiente se había posesionado de la ciudad.

Se cuenta que, en el camino de Rímini, se detuvo antes de pasar el Rubicón, que era un pequeño torrente que marcaba el límite de la Galia cisalpina. A la vista de la frontera, y antes de ejecutar un acto tan importante y grave como era violar las respetadas leyes romanas y desencadenar una guerra civil, se detuvo dudoso y pensativo. Mas al cabo de un rato se lanzó al río, pronunciando la frase célebre:

—El dado está jugado.

Al saberse en Roma que César había pasado el Rubicón, el pánico se apoderó de tal modo del mundo político, que Pompeyo fué impotente para contenerlo. Todos creían que César se presentaría en Roma al frente de sus galos, ávidos de riquezas, y que la ciudad sería entregada al saqueo.

Los magistrados y senadores no sabía a quién acudir en demanda de consejo, y una multitud de personajes llenaba la casa de Pompeyo, y los mismos que le habían instigado le acusaban ahora de imprevisión y de haber precipitado con su violencia los sucesos.

Pompeyo, que se hallaba debilitado por una enfermedad, no acertaba a orientarse en medio de aquella confusión, faltándole como le faltaba la energía rápida de César.

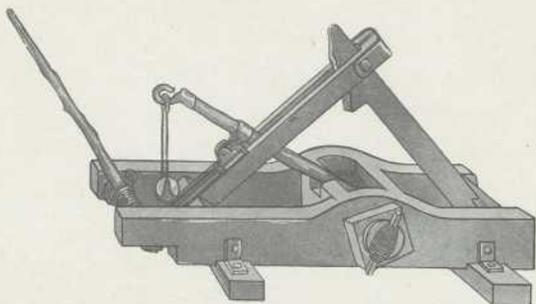
Su proposición de que el Senado se retirase con él, abandonando a Roma, no fué muy bien recibida; mas al correr la voz de que César se hallaba a dos pasos de la ciudad, cónsules, magistrados y senadores salieron huyendo y se refu-

MÁQUINAS DE GUERRA EMPLEADAS POR EL EJÉRCITO ROMANO DE CÉSAR



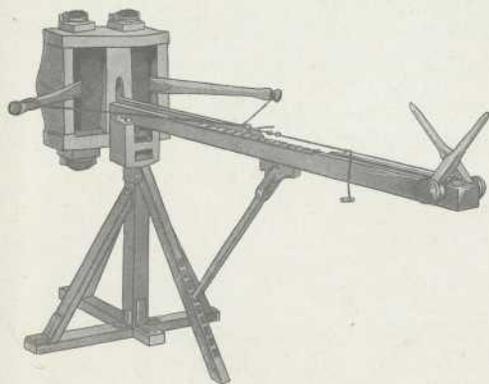
TESTUDO AD MURUM
DESTRUENDUM

Escudo montado sobre ruedas
debajo del cual se guarecian
los soldados para acercarse a
los muros y fortificaciones



ONAGER

Catapulta que lanzaba gruesas piedras, previamente
redondeadas, al enemigo, por la fuerza de un muelle
formado por cuerdas retorcidas (hacia las veces de
la artillería de nuestro tiempo)



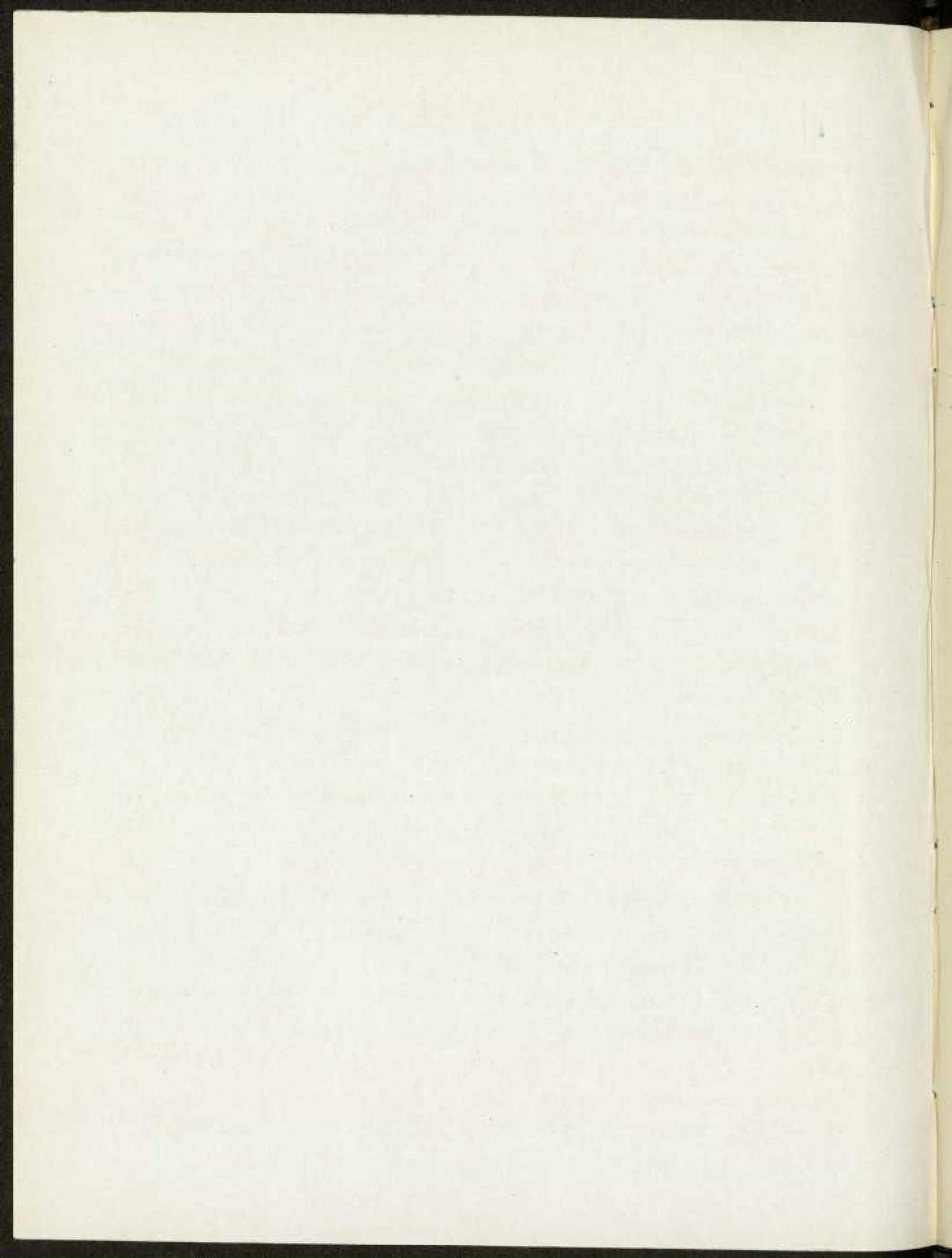
TORMENTUM

Aparato para lanzar flechas por medio de resortes
de cuerdas retorcidas



TESTUDO ARIETARIA

Escudo que protegía a los guerros que manejaban la pesada viga
con punta guarnecida de hierro, llamado ariete, que utilizaban para
romper puertas y muros de ciuda-
des y fuertes



giaron en Capua, donde se hallaba Pompeyo hacía algunos días. La fuga fué tan precipitada, que nadie pensó en llevarse los tesoros que quedaron abandonados en los templos. Multitud de caballeros, plebeyos ricos y personajes influyentes y cultos salieron también de la ciudad, viéndose aquellos días la Vía Apia obstruída por las literas, carros, esclavos y animales de carga que se estrujaban por acelerar la marcha.

Mientras tanto César avanzaba, sí, pero no tan rápidamente como suponían sus aterrorizados enemigos. Su mayor preocupación era deshacer los trabajos de reclutamiento que intentaban los generales de Pompeyo y tranquilizar las ciudades, que unas tras otra iban cayendo en su poder casi sin lucha. Con sus promesas y con su conducta generosa con los oficiales y soldados que caían prisioneros, veía aumentar rápidamente las filas de su ejército; la moderación que mostraba en todos sus actos le atraían de nuevo las simpatías de la opinión pública.

A pesar de estos primeros éxitos, César quería evitar la guerra, asustándole sus consecuencias, y no cesaba de mandar a Pompeyo y al Senado proposiciones encaminadas a llegar pronto a un acuerdo satisfactorio para ambos. Pero nadie quería ya oírle.

Pompeyo, irritado, no se mostraba en verdad ahora tan intransigente como los conservadores, porque veía con temor que sus fuerzas no eran suficientes para resistir a las siempre crecientes de César. El reclutamiento de sus veteranos, cómodamente instalados en la Campania, se hacía con gran lentitud, por lo que los nobles que le seguían le hacían grandes reproches, llegando Fabonio a decirle bruscamente:

—Da, pues, una patada en el suelo.

Para verse libre de un ataque de César, decidió Pompeyo salir de Italia para Oriente, y organizar allí un poderoso ejército con el que podría de nuevo imponer su voluntad.

En Brindis se estaban haciendo por orden suya los preparativos para el embarque de sus tropas y bagajes. Hacia allí se dirigió César con su ejército a marchas forzadas, pensando quizás en encontrar un medio de concertar la paz; pero llegó tarde. Pompeyo y sus tropas se habían hecho a la vela en dirección a Dirrachio, y César, que no poseía entonces una flota, no pudo seguirlo. Viendo escaparse así una ocasión de llegar a un acuerdo o de empeñar una lucha decisiva, quedó César presa de una gran excitación, y después de detenerse un solo día en Brindis, salió furioso para Roma, declarando que ya que Pompeyo quería la guerra, la tendría y sin cuartel.

La situación de César, a pesar de sus triunfos, era muy difícil. Pompeyo poseía casi todo el imperio, el dominio del mar, un ejército en España e iba a reclutar otro en Oriente. El no tenía más que catorce legiones, poco dinero, ningún buque y la preocupación de la Galia, apenas sometida.

Mas este luchador genial formó pronto su plan de campaña, el cual tenía por objeto principal destruir las formidables fuerzas de su adversario, aprovechando el momento en que estaban dispersas.

Para su ejecución, mandó en todas direcciones mensajes y órdenes para que todas las ciudades marítimas de Italia reuniesen los barcos que poseían en Brindis, e hizo además construir a toda prisa gran número de naves, y con objeto de asegurarse el trigo necesario para sus campañas, se apoderó sin tardanza de Cerdeña y Sicilia, Norte de Africa

e Iliria, que eran los graneros más próximos a Italia. Llegado que hubo a Roma, después de nueve años de ausencia, se ocupó también en reunir un Senado con los senadores que quedaban, buscando de este modo dar a sus actos una apariencia de legalidad y poder verse oficialmente autorizado para llevar la guerra a España y tomar los tesoros abandonados en Roma por los pompeyanos.

En siete días estuvo todo organizado a la medida de sus deseos y, sin detenerse más en la ciudad, partió para España.

—Vamos—como decía él muy gráficamente—a batir un ejército sin general; después derrotaremos fácilmente a un general sin ejército.

En España tenía Pompeyo siete legiones al mando de tres generales: Varrón, Afranio y Petreyo. Varrón tenía el encargo de quedarse en la España ulterior para impedir que las tribus medio sometidas se sublevaran. Los otros dos, con cinco legiones, habían recibido la orden de avanzar hacia Ilerda (Lérida), ciudad fortificada, que defendía la entrada en España por el valle del Segre.

Además, partidarios de Pompeyo ocupaban el puerto de Marsella, y era cosa corriente entre los generales romanos la idea de que era imposible una guerra en España sin la posesión de puerto tan importante.

César se proponía atacar a un tiempo el puerto codiciado y los ejércitos pompeyanos de España. Para ello tenía que aumentar sus tropas, retirando sus legiones de las Galias, lo que indudablemente constituía en aquellos momentos un grave peligro. Pero César tuvo la suerte, no sólo de que la Galia no se sublevara, sino de reclutar allí gran número de

nobles, ávidos de luchar y distinguirse, de modo que pudo mandar a España cinco legiones, 5.000 auxiliares y 6.000 caballeros galos. Su suprema habilidad política le había hecho encontrar un apoyo en la Galia misma, cuando todos creían verla revolverse contra él.

Creyendo César su presencia en España más útil, entregó el mando de las fuerzas que sitiaban a Marsella a Décimo Bruto, y él, atravesando los Pirineos, fué a juntarse a su ejército, que se acercaba a Lérida, donde se hallaban acampados Afranio y Petreyo. César deseaba trabar pronto una batalla decisiva; los pompeyanos la rehusaron siempre, conociendo éstos muy bien el estado de espíritu de los españoles, poco afectos entonces a César, y las dificultades que iba aquél a experimentar para proveerse de víveres. Así es que preferían esperar y combatirle por hambre. Y en efecto, el peligro que llegaron a correr los cesarianos de perecer por falta de pan fué tan grande como en Alesia. Para colmo de desdichas, una rápida creciente del río los dejó encerrados en una isla y completamente incomunicados.

Pero esta vez la fortuna vino en auxilio de César. Décimo Bruto había logrado rendir a Marsella y vencer su flota, y esta noticia, sabiamente difundida entre los indígenas, determinó en éstos un cambio de actitud. Temerosos de la venganza de César, que iba a recibir el refuerzo de las tropas de Marsella, empezaron a traer a su campo los víveres destinados a Afranio.

La situación cambió por completo. Los que se vieron ahora en gran peligro fueron los pompeyanos, los cuales no pensaron entonces más que en retirarse para alcanzar a través de las montañas el país amigo de los celtíberos. César

procuró entonces no dejarles escapar, y aligerando sus tropas y forzando las marchas con ánimo de cortarles la retirada, logró ocupar una estrecha garganta por donde forzosamente debían pasar las legiones de Afranio. Estas, al ver cerrado el paso, retrocedieron, hasta que, acosadas constantemente por César, el hambre les obligó a rendirse.

César se condujo magnánimamente, les perdonó a todos la vida, dejándoles en libertad de ir a donde cada uno eligiera, con lo que muchos pasaron a servir a sus órdenes. Y habiendo poco tiempo después sorprendido a Varrón y rendido sus dos legiones, éstas también se le entregaron, quedando el país libre de pompeyanos y César dueño de España.

Estos primeros triunfos tenían mucha importancia, pero eran sólo el principio de una campaña, cuyo resultado final era todavía muy dudoso. En Africa y en la Iliria su partido había sufrido serios reveses. Las legiones de Africa habían sido totalmente aniquiladas por los nómadas aliados de Pompeyo, y la flota y tropas que al mando de Dolabella habían ido a conquistar la Iliria, habían sido también deshechas, junto con otras legiones mandadas en su auxilio.

La Iliria era el único camino por tierra para llevar la guerra a Oriente. Perdida aquélla, sólo le quedaba el mar, y el mar estaba todavía en poder de Pompeyo. Pero otras dificultades todavía mayores tenía que vencer César para salir triunfante de aquella lucha gigantesca. Pompeyo había reunido un ejército de 50.000 hombres, mientras que todas sus tropas reunidas alcanzaban sólo a 25.000, porque las legiones de España estaban diezmadas por las enfermedades y la fatiga.

Por otra parte, el Epiro, la Grecia, la Macedonia, que ocu-

paba Pompeyo, y donde César quería ir a atacarle, eran países pobres que ofrecían pocos recursos a un ejército que no contase con una flota para aprovisionarse.

Pero ya nada era capaz de detener a César. De vuelta en Roma, permaneció allí sólo once días, durante los cuales decretó gran número de leyes dirigidas a tranquilizar el país y a atraerse su confianza, y se hizo nombrar cónsul para el año 48, para poder presentarse en todas partes como representante de la República.

Mientras tanto se habían ido realizando en Brindis los trabajos que ordenara antes de su salida para España; tenía allí reunida una flota ya y terminaban los preparativos para concentrar los soldados y material de guerra que proyectaba embarcar para Grecia.

Todas las noticias que hacía circular iban dirigidas a hacer creer que la expedición tendría lugar en primavera; pero su intención era, por el contrario, precipitar los acontecimientos y sorprender a Pompeyo descuidado. Así es que, en Diciembre mismo, se presentó César de improviso en Brindis, reunió sus soldados, les reveló su plan y les hizo grandes promesas, y aunque los barcos disponibles sólo podían transportar la mitad de las tropas, embarcó 15.000 hombres, sin impedimenta, y desprovistos de todo, dejando el resto al mando de Antonio, uno de sus generales, con el encargo de embarcarlos en cuanto estuviese la flota de vuelta.

Como nadie sospechaba se adelantara de este modo la expedición, pudo César en Enero atravesar el Adriático sin ser molestado por la flota pompeyana, y desembarcar en una playa solitaria cerca de Oricum. Sin perder un momento, César se dispuso a ocupar la costa y una parte del país, apo-

derándose de algunas ciudades con objeto de procurarse trigo, animales de carga, cuero, maderas y utensilios, de todo lo cual estaba completamente desprovisto. Oricum y otras poblaciones se rindieron fácilmente a un enviado de la República. La única que no le abrió sus puertas fué Dirraquio, la más importante, por haberse dirigido a ella Pompeyo a marchas forzadas desde Macedonia, al saber el desembarco de César.

Los dos ejércitos llegaron por último a encontrarse frente a frente en la región al Sur de Dirraquio, separados por un río, el Apsus.

César envió mensajeros a Pompeyo volviendo a proponerle la paz; éste, considerándose con razón como el más fuerte, contestó altivamente que no podía volver a Italia gracias a la condescendencia de César.

La situación de César, bastante comprometida, no era, en efecto, en aquellos momentos la mejor para imponer condiciones ni para infundir temor.

La flota pompeyana, al mando de Bíbulo, se había dejado burlar una vez por César; mas ahora, aleccionada, se había dedicado a bloquear el puerto de Brindis, no dejando salir las tropas de César, que se veía de este modo privado de ellas delante de un enemigo tres veces superior.

Las semanas transcurrían sin que se trabara una acción seria. César, con su reducido ejército, no se atrevía a lanzarlo a un ataque de las posiciones de Pompeyo. Este, por otra parte, no hallaba manera de decidirse a una batalla, a pesar de opinar sus generales y jefes que la ocasión de derrotar a César era excepcional, teniéndole delante con pocas fuerzas y casi agotados sus recursos. Pero Pompeyo no poseía

la asombrosa energía nerviosa de César; era un hombre debilitado por la edad y por las fatigas y estaba ya incapacitado para tomar una resolución enérgica. Prefería esperar que César y su ejército se consumieran y poder regresar tranquilamente a Roma, sin tener que sufrir las angustias de una batalla.

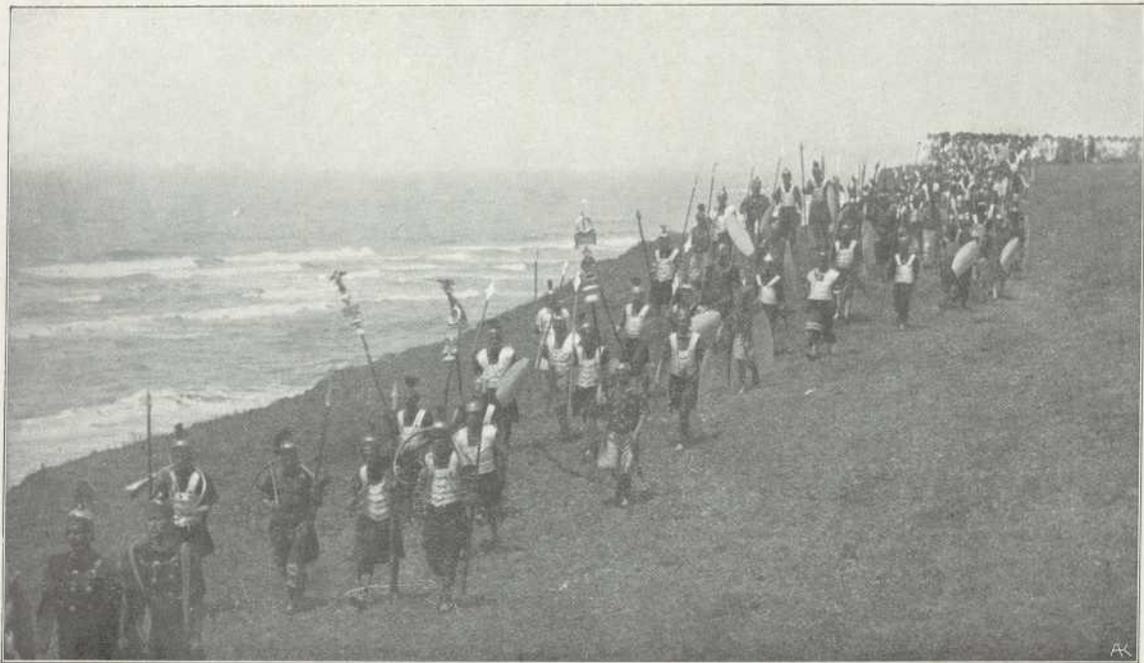
César tan fecundo en recursos, intentó a fuerza de ingenio resolver una situación que iba siendo insostenible.

Como el agua era para las flotas antiguas un elemento tan indispensable como lo es hoy el carbón para los modernos transatlánticos y acorazados, procuró César apoderarse de los lugares de la costa donde Bíbulo iba a aprovisionarse, creyendo así obligarle a largos viajes a Corcira, durante los cuales le sería posible a Antonio escapar del bloqueo. Pero sus cálculos salieron fallidos. El hábil Bíbulo no desamparaba el puerto y en el campamento de César empezaba a hacerse sentir el hambre.

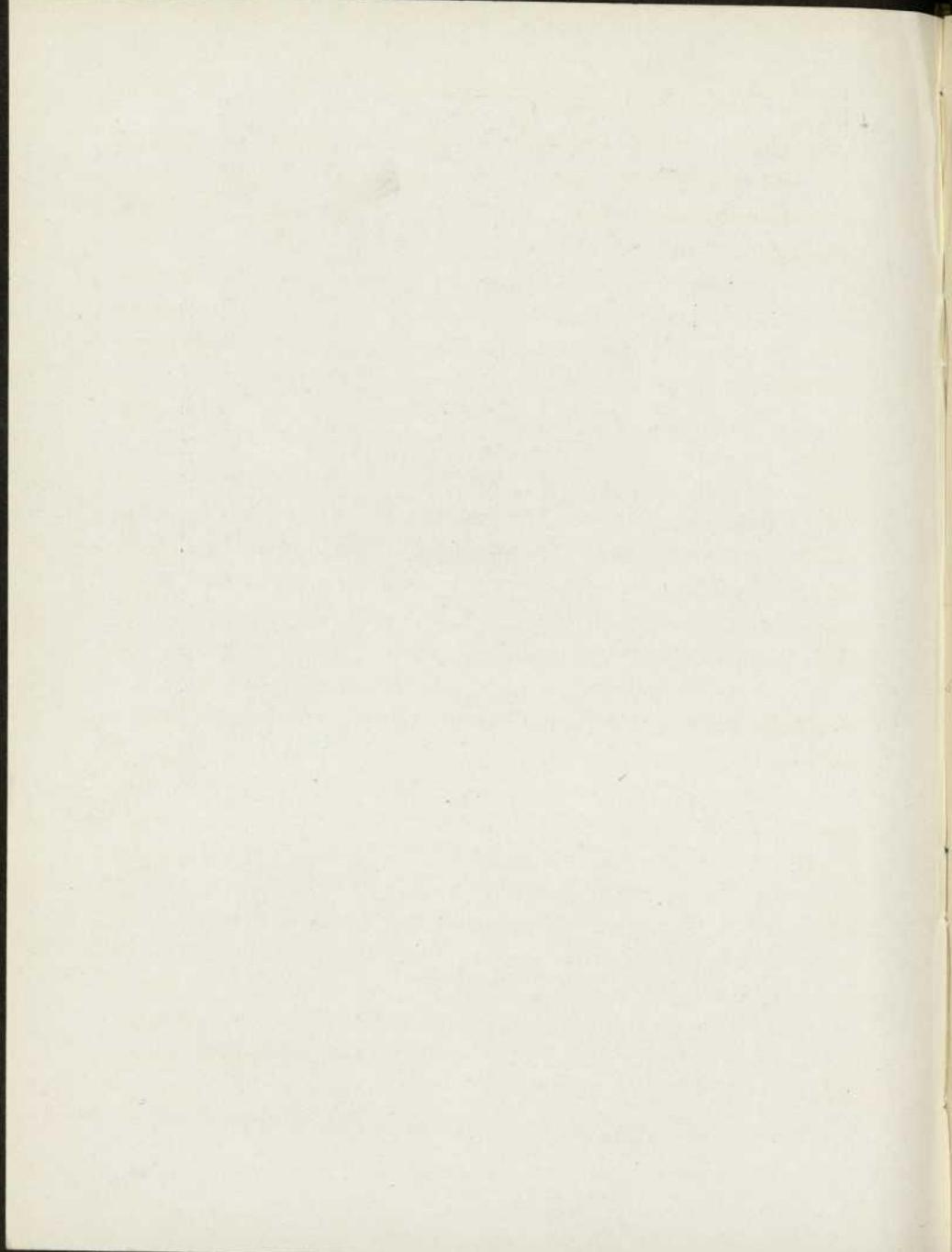
Cuenta Plutarco que, a falta de trigo, sus soldados se alimentaban con ciertas raíces mojadas en leche; y añade que, formando con ellas panes, corrían a las avanzadas enemigas y los arrojaban dentro de sus trincheras, gritándoles que, mientras la tierra produjera aquellas raíces, ellos no desistirían de su empeño. Cuéntase que Pompeyo ocultaba aquel hecho a sus tropas, por temor de que se asustaran viendo con qué clase de hombres tenían que luchar.

Mas llegó un momento en que las raíces no debían ser suficientes para sustentar el ejército, pues César pensó en retirarse antes que perecer de hambre.

Estaba ya decidido a ello, cuando ocurrió la muerte de Bíbulo. Pompeyo, indeciso como siempre, dejó transcurrir



SOLDADOS ROMANOS EN MARCHA DESPUÉS DE UN DESEMBARCO



algún tiempo para el nombramiento del nuevo almirante, y en este intervalo la flota pompeyana, falta de una inteligente dirección, se dividió en dos grupos, quedando con esto debilitado el bloqueo de Brindis.

César creyó que Antonio aprovecharía inmediatamente una ocasión tan propicia; mas viendo que no parecía, impaciente y temiendo una traición, tomó la violenta resolución de embarcarse solo en un barco de doce remos, sin dar cuenta a nadie de su decisión, y llegarse a Brindis para enterarse del motivo que detenía su flota.

De noche, pues, envuelto en las ropas de un esclavo, se metió César en el barco y allí permaneció escondido y callado. El tiempo que hasta entonces había sido bonancible, cambió de repente, levantándose una tempestad que encespó las olas.

El piloto, viendo el peligro, se disponía a cambiar de rumbo y volver al puerto, lo cual, advertido por César, se descubrió y tomando la mano del piloto, que quedó asombrado al reconocerle, le dijo:

—Sigue, buen hombre; ten buen ánimo y no temas, que llevas contigo a César y su fortuna.

Olvidáronse los marineros de la tempestad, y empuñando con fuerza los remos, intentaron luchar contra aquel encespado mar. Mas a poco observaron que el barco hacía agua, lo cual aumentaba de tal modo el peligro, que César tuvo que condescender con el piloto y ordenar la vuelta. Al desembarcar, sus soldados le salieron al encuentro en tropel, doliéndose de que se pusiera así en peligro por los ausentes, abandonando los suyos.

Por fortuna para César, sus sospechas de traición no te-

nían fundamento. Poco después de esta aventura, Antonio había logrado aprovechar un viento favorable y navegaba hacia su campamento. Así es que, una mañana, los dos ejércitos, acampados uno frente a otro en el golfo de Dirraquio, vieron aparecer en el horizonte una flota numerosa que el viento empujaba hacia el Norte. Los soldados de César, desde la orilla, reconocieron pronto aquella escuadra: era la de Antonio, que por último acudía en su socorro. En esto vieron con ansiedad que la escuadra pompeyana anclada en Dirraquio se hacía también a la vela y poco tiempo después como ambas desaparecían hacia el Norte.

¡Cuánto hubieran dado todos por saber lo que iba a suceder más allá de aquel misterioso horizonte que César y los suyos debían interrogar llenos de inquietud! ¿Qué sería de ellos si Antonio era derrotado? ¿Qué partido tomar, dónde hallar la salvación si los refuerzos no acudían a tiempo?

Mientras estos pensamientos atormentaban las tropas cesarianas, llegó una noticia que los transportó de júbilo: Antonio había logrado desembarcar sus legiones cerca de Lissum.

César y Pompeyo movieron en seguida sus tropas: el primero para unirse a Antonio; el segundo para impedirselo. César le ganó en velocidad, y ya reunidas todas sus fuerzas, creyó que había llegado el momento de atacar a Pompeyo, el cual se hallaba acampado en Asparigio al Sur de Dirraquio. Mas el ardor de César por combatir se estrellaba ahora ante la indecisión creciente de Pompeyo, que no aceptaba la batalla. César, para arrastrar al enemigo fuera de su campamento, se situó, por medio de una hábil maniobra, entre el ejército pompeyano y la ciudad de Dirraquio, donde aquél

tenía sus almacenes. Ni por esas se decidía Pompeyo a luchar; esta vez se contentó con mover algo su campo hacia la playa de modo que su aprovisionamiento pudiera hacerse por mar. Entonces César, en el colmo de la impaciencia, resolvió repetir la maniobra de Alesia y encerrar a Pompeyo entre una gran trinchera y el mar.

Al empuñar la pala los soldados de César y al empezar a cavar fondos y a levantar torres, los pompeyanos comprendieron de qué se trataba, y por su lado se pusieron también a construir fosos, murallas y torres como las de César. No pasó mucho tiempo sin que se trabaran alrededor de estos trabajos una serie de escaramuzas más o menos sangrientas. En todas se hallaba presente y vigilante César menos en una, y ésta precisamente por accidente se convirtió en una verdadera batalla. Al tener noticia César de que el ataque se formalizaba, acudió presuroso para alentar a los suyos y dirigir la acción. Mas sus soldados habían sido sorprendidos, y agotados como se hallaban por las fatigas y el hambre, no habían podido mantenerse en sus puestos y pronto los fosos se llenaron de muertos y al pie de las trincheras perecían a montones. César procuraba contener a los fugitivos e infundirles ánimos para lanzarse de nuevo contra el enemigo. Pero todo fué en vano. Pretendiendo detener a un soldado alto y robusto de los que huían, que le pasó por el lado, le mandó que se detuviese y lo sujetó con sus propias manos. Este, lleno de turbación, levantó la espada para desprenderse por fuerza. La suerte para César fué que su escudero, anticipándose al soldado, de un sablazo en el hombro lo desarmó.

César pudo así salvarse de la muerte, pero no de una de-

rrota, pues en esta acción murieron más de 1.000 de los suyos, quedando en manos del enemigo 32 insignias. La derrota hubiera terminado en un desastre definitivo si Pompeyo hubiera lanzado esta vez todo su ejército contra César. En vez de esto, en exceso prudente o temeroso quizás, hizo retroceder hacia su campamento sus tropas victoriosas.

César, por la noche, encerrado en su tienda, afligido y angustiado por lo triste y apurado de su situación, determinó levantar el campo y dirigirse a la Macedonia, con la esperanza de hallar una ocasión más favorable de alcanzar la revancha por medio de una decisiva victoria.

Por de pronto la derrota sufrida le favoreció, calmando su funesta impaciencia, y casi fué para él una fortuna el verse así obligado a desistir de la locura de pretender encerrar a Pompeyo con un ejército menos numeroso.

Pompeyo, al ver la retirada de los cesarianos, había también levantado su campo y trataba de perseguirle, pero con lentitud y evitando siempre el trabar una batalla. Con los años y las fatigas había envejecido tanto en esta campaña, que ya no hallaba energías para atacar un enemigo vencido. Sabía que César se vería pronto sin dinero ni provisiones, y prefería esperar a que las circunstancias lo rindiesen. Pero sus nobles que formaban en su ejército no opinaban del mismo modo. Aquellos aristócratas, cubiertos de bellas armas y montados en finos caballos bien alimentados, querían aplastar a César en una brillante batalla, de cuyo resultado ninguno de ellos dudaba. Impacientes e indisciplinados, lograron por fin arrastrar a su indeciso general y le decidieron a activar la persecución y a obligar a César a luchar.

De este modo se encontraron de nuevo frente a frente

los dos ejércitos en los campos de Farsalia. Pompeyo contaba con 47.000 legionarios y 7.000 jinetes. César sólo disponía de 22.000 infantes y 1.000 caballos.

¿Aceptaría la lucha en estas condiciones, o esperaría las dos legiones y quince cohortes auxiliares que estaban por llegar? César consideraba más prudente esperar los refuerzos, pero sus aguerridos y animosos legionarios, avergonzados de la última derrota, querían correr solos el riesgo del combate, y gritaban todos:

—Llévanos, César, cuanto antes a la lucha.

Satisfecho César del estado de ánimo de sus tropas, después de hechas las acostumbradas súplicas a los dioses, empezó a dar órdenes y a disponerlo todo para el combate.

Pompeyo había dispuesto sus tropas en tres líneas, y él, con toda la caballería, se había colocado en el ala izquierda. Su plan consistía en atacar la caballería de César, muy inferior en número, y lanzarla después sobre el flanco derecho del enemigo. César tenía también dispuesto su ejército en tres líneas; mas al sorprender la intención de Pompeyo, hizo una cuarta línea, que colocó en su flanco derecho, detrás de su caballería, de modo que pudiese ayudarla a rechazar el ataque envolvente del enemigo. Después de distribuir los mandos del centro y del ala izquierda entre sus generales, se colocó él al frente de la legión décima, en el ala derecha, frente a las fuerzas que mandaba Pompeyo.

Los legionarios del centro de César iniciaron el ataque, lanzándose a la carrera contra los enemigos. Estos resistieron sin retroceder. Entonces Pompeyo lanzó sus caballeros contra el ala derecha de César, que resistió también sin ceder terreno, sostenida como estaba por la cuarta línea formada

con tropas veteranas. Y éstos no sólo resistieron con bravura, sino que, viéndolos bien dispuestos, César dió la orden de tomar la ofensiva.

Al dar la voz de avance, apercibió en las primeras filas un cabo de los más fieles y expertos, que estaba exhortando a los suyos a portarse con valor. Saludóle César por su nombre y le dijo:

—¿Qué te parece que podemos esperar, Cayo Crasinio? ¿Tienes confianza?

A lo que contestó alargando la diestra y levantando la voz:

—Venceremos gloriosamente, ¡oh César!, y hoy, vivo o muerto, has de hacer gran elogio de mí.

Al decir estas palabras, acomete a los contrarios, llevándose tras de sí 120 de los suyos. Penetra así entre los pompeyanos, matando gran número de ellos, cuando una espada enemiga, entrándole por la boca y saliéndole por el colodri- llo, le tendió muerto gloriosamente en el campo de batalla. Las cohortes, mientras tanto, seguían avanzando y ganando terreno. Los viejos soldados manejaban tan bien el pilum (1), que esta vez, por orden de César, era usado a manera de lanza, y sabían asestar tan certeros golpes en la cara de los nobles pompeyanos, que éstos, sin duda temerosos de quedar desfigurados, cedían poco a poco el terreno, dándose por fin a la fuga. Entonces la cuarta línea pudo efectuar un movimiento envolvente, amenazando a los pompeyanos por la espalda, al mismo tiempo que César hacía retirar sus dos primeras filas, que estaban cansadas, y lanzaba al ataque la tercera, que no había entrado todavía en combate.

(1) El pilum era una pequeña lanza arrojadiza

Los pompeyanos no pudieron resistir el doble ataque y empezaron a desorganizarse y a retroceder en todo el frente.

Con las fuerzas que contaba Pompeyo hubiera podido efectuar una retirada en orden sin cesar de combatir; mas el fatigado general perdió en aquellos momentos la cabeza y abandonó el mando refugiándose en su campamento. Sus legiones, viéndose sin general, se desbandaron y fué tal el desorden, que César penetró en el campamento de Pompeyo casi sin hallar resistencia.

Pompeyo, que se hallaba en su tienda, se levantó al oír los gritos que anunciaban la proximidad del enemigo, exclamando:

—¡Cómo! ¿Hasta mi campamento?

Y despojándose de sus ropas, salió escapado a caballo, con algunos amigos, en dirección a Larisa.

Los cesarianos hallaron el campamento de Pompeyo atestado de objetos de lujo, que delataban la vida muelle y confiada que allí se había llevado. Aquel día se habían dispuesto mesas cubiertas de ricas vajillas y abundantes flores para celebrar con un gran banquete la victoria que todos tenían por segura.

Los soldados se entregaron inmediatamente al saqueo; mas César era hombre que sabía sacar todo el partido posible de las victorias, de modo que, reuniendo sus soldados, eligió cuatro legiones, y a pesar de la fatiga del combate, se lanzó en persecución de los fugitivos. Al caer la tarde alcanzó el cuerpo más importante del ejército de Pompeyo, que estaba atrincherado en los flancos de una montaña que dominaba el camino. Al tratar César de envolverlo, los soldados capitularon.

Sin perder tiempo, César continuó su viaje a Larisa. Allí se le entregaron varios oficiales, entré ellos Bruto, y supo que Pompeyo había dado orden a sus partidarios de reunirse en Anfípolis. En seis días recorrió César, acompañado de un escuadrón, la distancia que separa Larisa de Anfípolis (180 millas romanas), donde supo que Pompeyo se acababa de embarcar para Mitilene.

César entonces dejó encargado a Caleno la pacificación de Grecia, ordenó a Antonio que condujera su ejército a Italia y él se embarcó con ánimo de perseguir a su atormentado rival.

Este se había dirigido a Egipto, donde reinaban los hijos de Tolomeo, Dionisio y Cleopatra. Ambos príncipes habían subido al trono gracias al apoyo que en otro tiempo les prestara Pompeyo, y entre ellos creía hallar un seguro refugio.

César, que tuvo de ello noticia, se dirigió también hacia el Egipto. El momento crítico en que los dos rivales se volverían a encontrar de nuevo frente a frente se acercaba. Mas al llegar César a Alejandría, un hecho inesperado se había producido: Pompeyo había muerto.

En el momento en que Pompeyo se había acercado a Alejandría en demanda de hospitalidad, el rey Dionisio estaba en guerra con su hermana Cleopatra, a la que había expulsado del trono. Los consejeros del rey, temiendo que la llegada de Pompeyo les atrajese las iras de César, habían decidido asesinarle.

Así fué que, cuando Pompeyo desde su barco mandó un mensajero anunciando su llegada, vió con extrañeza cómo transcurrían algunas horas sin que nadie viniese a recibirle. Por fin una simple canoa se hizo a la mar y dirigióse hacia

donde él se hallaba. En la canoa no venía el rey, sino Potino y Achillas, sus consejeros, acompañados de un tribuno y un centurión romanos a su servicio. Al atracar al costado del buque, invitaron a Pompeyo a embarcarse con ellos para ir a tierra, asegurándole un buen recibimiento, con lo que tranquilizado Pompeyo se había decidido a aceptar la invitación.

Cuando la canoa estuvo cerca de tierra, Cornelia, su esposa, que desde el barco le seguía con la vista, pudo ver cómo el centurión desenvainaba la espada y asestaba a su marido un golpe por la espalda, asesinándole villanamente.

La noticia de la muerte de Pompeyo, que significaba el fin de la guerra civil y venía a asegurar la paz en el imperio, fué llevada a Roma por un veloz esclavo. El pueblo, entusiasmado, arrancó las estatuas de Pompeyo, y el público en general, viendo a César victorioso y mostrando en todos sus actos una estudiada moderación, le admiró como un héroe y le reconoció como el único capaz de dirigir la República.

Los honores que se le tributaron excedían a todo lo hecho hasta entonces, y adelantándose a sus deseos, el Senado le nombró dictador por un año con amplias prerrogativas. César no se había visto nunca rodeado de circunstancias tan favorables.

Dionisio y sus consejeros, que con el asesinato de Pompeyo habían creído congraciarse con César, al desembarcar éste en Alejandría le saludaron, presentándole la cabeza de su rival y entregándole el sello que aquél llevaba consigo. A la vista de aquellos tristes despojos, que representaban tanta grandeza caída, César, olvidando que se trataba de la

muerte de su más terrible enemigo y recordando quizás los tiempos en que habían sido parientes y aliados, derramó abundantes lágrimas y dió después orden de que se honrasen los restos del glorioso general enterrándolos en un suntuoso mausoleo.

César se instaló en el Palacio Real de Alejandría. Pensando que sus asuntos en Egipto se resolverían sin obstáculos, tenía consigo pocas tropas y no tomaba grandes precauciones. Lo único que pretendía era reclamar como cónsul el derecho de hacerse aceptar como árbitro en el pleito que mantenían los dos hermanos investidos del poder real, y además cobrar una deuda que el Egipto tenía contraída con la República.

Mientras se hallaba ocupado negociando con los ministros, sucedió que el pueblo, indignado ya por las exacciones y arrogancias de los soldados romanos e irritado por los nuevos impuestos que se le exigían para poder satisfacer las exigencias de César, empezó a sublevarse.

La situación tomó peor cariz todavía al enterarse los ministros del rey de un rumor que circulaba de boca en boca. Se decía que Cleopatra había logrado convencer a César de que ella tenía razón contra su hermano.

Dionisio intrigó entonces para tratar de alejar de allí a los romanos y se estudiaron varios planes para atentar contra la vida de César. Este, advertido por un esclavo que le hacía la barba, puso guardias a su habitación y mandó prender y matar a Potino, que era el alma de las intrigas. Mas no pudo evitar que el pueblo, excitado por los partidarios de Dionisio, le declarara la guerra y llegara a sitiarle en el mismo Palacio Real.

César, que, como hemos visto, tenía consigo pocas tropas, al ver la actitud de los egipcios, mandó a buscar refuerzos, y mientras éstos llegaban, tuvo que sufrir un asedio de seis meses, durante los cuales estuvo separado del resto del mundo.

En la primavera le llegaron las tropas de refuerzo pedidas, y entonces, saliendo del Palacio, libró a los egipcios una sangrienta batalla, que dió por resultado la toma de la ciudad y la muerte del rey.

Durante este combate, cuenta Suetonio que ocurrió el hecho siguiente: queriendo César tomar a viva fuerza un puente que había junto al famoso faro, se vió obligado por una brusca arremetida de los enemigos a saltar dentro de una barca; mas viendo que los egipcios se le venían encima, se tiró al mar, nadando unos 200 pasos hasta alcanzar una de sus naves. César era tan buen nadador, que durante el trayecto tuvo levantada su mano izquierda para salvar los manuscritos que en ella llevaba, al mismo tiempo que arrastraba su armadura con los dientes, impidiendo así que los enemigos se apoderaran de ella.

La toma de Alejandría tranquilizó algo, aunque no del todo, los ánimos en Roma. Todo el país, que había seguido angustiado las peripecias del sitio, esperaba el regreso de César para saber a qué atenerse sobre sus planes y sobre la conducta que seguiría viéndose solo en el poder.

Mas César no tenía prisa por regresar. Un fastuoso viaje por el Nilo entre fiestas y banquetes, que duró dos meses, le hizo descuidar, quizás por primera vez en su vida, la atención que merecían los sucesos que tenían lugar en el vasto imperio y sobre todo los que se desarrollaban en Roma.

Allí sus generales y agentes, aprovechando su ausencia, se habían entregado a excesos y escandalosos abusos de poder verdaderamente intolerables. ¿Cómo extrañar que la conducta de César fuese entonces juzgada con cierta severidad?

Sólo a principios de Junio, después de nueve meses perdidos, salió de Alejandría y no para volver en seguida a Italia a poner orden en el gobierno, como todos creían, sino para dirigirse a Siria, pues no quería regresar a Roma sin dejar arreglados los asuntos de Oriente. Después de organizar en algunos días de intensísimo trabajo lo referente a la Siria, salió de allí apresuradamente, con algunas tropas, para atacar a Farnaces, hijo del rey del Ponto, que había aprovechado la guerra civil para invadir el Asia Menor.

Esta guerra fué terminada en cinco días, por lo que César pudo anunciarlo al Senado con aquellas célebres palabras históricas: «*Veni, vidi, vici*». Llegué, vi y vencí.

Después de esta campaña y de una rápida visita a Atenas, en Septiembre del mismo año 47 desembarcaba César en Tarento y entraba por fin en Roma. Mucho había cambiado la situación en un año, y de esto se pudo hacer cargo César desde el primer momento, al ver la frialdad ceremoniosa con que fué recibido.

Durante este tiempo se habían manifestado profundas divisiones en su mismo partido; su estancia en Egipto le había hecho perder algo la consideración del público, y, lo que era peor, la noticia de haber organizado los partidarios de Pompeyo nuevos ejércitos en Africa, hacía que las clases aristocráticas y cultas, que le guardaban un profundo rencor, dudasen todavía del resultado final de la guerra.

En efecto, aprovechando la inacción de César, Catón y

Escipión, generales pompeyanos, después de la batalla de Farsalia, se habían refugiado en Africa, y auxiliados por Juba, rey de los númidas, habían logrado reunir un ejército de 60.000 hombres, que pretendían llevar a Italia.

César, irritado e impaciente por acabar esta guerra, salió de Roma en el invierno del mismo año con sólo 5.000 hombres y algunos jinetes. Al llegar al Africa, viendo que tenía que luchar con un ejército diez veces superior en número, se limitó de momento a encerrarse en su campamento en espera de refuerzos. Para reanimar sus tropas, que andaban algo descorazonadas al saber el número de enemigos, número que en sus acaloradas discusiones tendían a exagerar, reuniéndolas un día, les habló de esta manera:

—Sabed que dentro de pocos días el rey Juba se lanzará sobre nosotros con diez legiones, 30.000 caballos, 100.000 soldados armados a la ligera y 300 elefantes. Cesen, pues, todos en sus informaciones y en tratar de evaluar el número de enemigos; aténganse a lo que os digo, que estoy mejor informado que vosotros. A los que sigan propalando noticias falsas, los meteremos en el barco más viejo que encontremos y lo lanzaremos al mar a merced de las olas.

Con estas exageraciones logró César esta vez, como lo había logrado otras muchas, atenuar el mal efecto de las noticias que circulaban por el campamento.

A los dos meses le llegaron los refuerzos y pudo con ellos poner sitio a Thapsus. Los pompeyanos le atacaron para librar la ciudad del asedio; pero sus tropas, mal organizadas, fueron dispersadas por completo, muriendo la mayor parte de sus jefes.

En Utica se había refugiado Catón con algunos senadores

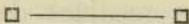
romanos con ánimo de resistir. Por desgracia para él, los suyos, que no poseían su viril entereza, estaban decididos a entregarse, en vista de lo cual, Catón, después de hacer escapar a los senadores que quisieron, decidió morir antes que rendirse al vencedor.

La serena y estoica muerte de este hombre merece contarse.

La noche en que había decidido morir, ofreció una sencilla cena a sus amigos. Durante ella se habló tranquilamente de filosofía; al terminar, se despidió de su hijo, puso en orden sus asuntos y se retiró a su cuarto. En la cama estuvo largo rato leyendo el diálogo de Platón, que trata de la inmortalidad del alma, y habiendo terminado, buscó con sus ojos la espada, que debía hallarse en la cabecera de la cama. Mas no la halló. Su hijo la había hecho retirar. Catón la pidió entonces a voces, esperó un rato y viendo que no se la traían, se encolerizó, no teniendo sus esclavos más remedio que entregársela. Al recibirla la ensayó y dijo estas palabras: «Ahora soy yo el señor de mí mismo», después de lo cual la colocó junto a él y se durmió. Al despertar en la madrugada lo primero que quiso saber fué si sus amigos se hallaban distantes. Tranquilizado por las nuevas que le dieron, cogió la espada y se la hundió en el pecho. Acudieron todos llenos de dolor, tratando el médico de coserle la herida; mas Catón, decidido a acabar con su vida, se arrancó las vendas y murió. Catón era de la pasta de los antiguos republicanos, formaba en el partido de la nobleza y poseía desde joven una gran fortuna. A pesar de esto había adoptado las severas reglas de conducta moral de los estoicos y llevaba en medio de la corrupción romana una vida austera, comiendo y bebiendo poco y no

usando perfumes de ninguna clase. Viajaba siempre a pie, vestía muy sencillamente y muchas veces iba descalzo. En su carrera política había defendido con valor excepcional la justicia, y varias veces había arriesgado su vida por hacer cumplir la ley, teniendo para ello que luchar contra todos los partidos políticos, igualmente corrompidos en aquella época. Catón era enemigo personal de César, a quien odiaba, y había preferido morir a caer en sus manos. César, en cambio, sentía por él, como todos, un profundo respeto, y deseaba salvarle la vida si le hacía prisionero; mas llegó tarde. Al saber su muerte, exclamó:

—No quisiera, ¡oh Catón!, que tuvieras la gloria de esa muerte, como tú no has querido que yo tenga la de salvarte la vida.



La dictadura y la muerte de César

Habiendo regresado a Roma y creyéndose la paz asegurada, se decretaron cuarenta días de sacrificios a los dioses en acción de gracias por las victorias obtenidas, y se concedieron a César los honores de cuatro triunfos: el obtenido sobre Vercingetórix; su victoria en Egipto; la derrota de Farnaces, y la última de Juba, rey de los númidas, que dió lugar a la anexión de su imperio, rico en trigo y aceite. Sus victorias obtenidas en la guerra civil contra romanos mismos no podían celebrarse.

Durante las fiestas que siguieron a los triunfos, dió al pueblo un gran banquete, para el que se necesitaron 22.000 mesas, distribuyó a cada soldado 5.000 dineros y a cada ciudadano 100 dineros, 10 medidas de trigo y 10 libras de aceite.

Viendo César afirmado su poder y considerándose ya libre de enemigos poderosos, pensó seriamente en crear un gobierno sólido, bienhechor y glorioso, cuyo programa consistiría en los siguientes puntos esenciales: una gran generosidad con el pueblo; reformas administrativas para reorganizar los servicios públicos, muy descuidados con la guerra, y, por fin, grandes empresas militares.

Como para la realización de esta obra inmensa necesitaba César la colaboración de los hombres inteligentes que

militaban en los distintos partidos, empezó dictando medidas y leyes que fueron bien recibidas y merecieron la aprobación de los mismos conservadores. Más tarde, al verle inclinarse de nuevo hacia el partido popular, que era el que sustentaba su poder, los nobles se fueron apartando de él, haciendo poco a poco el vacío en su alrededor.

Un hombre solo, aunque este hombre fuese César, no bastaba para reorganizar aquel inmenso imperio, y los colaboradores fieles y honrados, que tanta falta hacían, no se presentaban en la proporción que eran necesarios. En su lugar se agitaba la camarilla de ambiciosos de baja estirpe, cada vez más adictos a su persona, de la que esperaban protección, riquezas y favores. En estas condiciones no era posible contener la corrupción de aquella sociedad ni la descomposición del imperio.

Sólo a fuerza de dinero y gloria podía César mantenerse en su elevada posición, y entonces se le apareció la expedición a Persia como la única solución. Allí hallaría el oro que remediaría la miseria que iba extendiéndose por Italia y le permitiría mostrarse con todos generoso. Allí, con nuevas y grandiosas victorias, deslumbraría de nuevo la Italia, que se prosternaría a sus pies presa de admiración.

Así pensaba seguramente aquel hombre de espíritu inquieto y ardiente para quien la actividad febril, la emoción intensa y el trabajo incesante habían llegado a ser una necesidad, y cuya insaciable sed de gloria y de poder estaba exacerbada quizás por la adulación o por las mismas dificultades con que tenía que luchar.

La expedición a Persia, que había llegado a ser su idea fija, tuvo, sin embargo, que diferirse. En España, Cneo Pom-

peyo y Labieno habían logrado reclutar de nuevo un ejército e iban conquistando a su partido parte de la Península.

César, dando poca importancia a este levantamiento, había mandado allí a sus generales. Estos lucharon con poca fortuna y no lograban dominar la insurrección. Las cosas iban tan mal, que se decidieron a escribir a César que era necesario que fuera él en persona si quería dominar aquellos enemigos, cada día más poderosos.

Mucho le desagradó e irritó esta nueva guerra civil, que venía a aplazar por tiempo indefinido la realización de sus planes. Decidido a acabar rápidamente con sus adversarios, reunió en sus manos los poderes superiores del Estado, esto es, la dictadura y el consulado único, y sin gran preparación salió de Roma, hallándose a los 27 días acampado cerca de Córdoba.

Los pompeyanos tenían tropas muy mediocres. No atreviéndose a medir sus armas con César, evitaban presentar batalla, y fué preciso pasar todo el invierno haciendo una guerra de escaramuzas y pequeños sitios.

Al llegar la primavera se trabó, por fin, una terrible y decisiva batalla en Munda. César, que había estado varias veces enfermo durante esta campaña, dirigió la acción con un descuido tal, que su ejército estuvo a punto de ser vencido y él de caer prisionero. Un acto de energía, que consistió en lanzarse a la lucha como había hecho en otros casos parecidos, al frente de sus tropas, logró reanimarlas, consiguiendo con ello un triunfo tan completo, que los enemigos perdieron unos 30.000 hombres.

Al retirarse César a su campamento, dijo a sus amigos:
—Muchas veces he luchado por la victoria; pero os ase-

guro que ésta es la primera que he luchado por la vida.

Cneo Pompeyo, que se había refugiado en una caverna, fué asesinado por un traidor.

Con la derrota y muerte de Cneo Pompeyo parecían arrancadas hasta las raíces de toda nueva sublevación y terminada definitivamente la guerra civil. Había llegado para César el momento de refrenar y al mismo tiempo satisfacer las aspiraciones que había despertado y recompensar a sus fieles legionarios.

Aunque en Roma se le esperaba con impaciencia y se discutía con ansiedad lo que haría después de su última victoria, César retrasaba su regreso.

Quería antes dejar establecidos sus legionarios y se ocupaba en fundar colonias en Ispalis, Cartagena, Tarragona y la Galia Narbonense, confiscando parte del territorio y repartiéndolo entre los soldados que licenciaba.

Una vez instalado en Roma, César desengañó pronto a los que esperaban ver restablecidos los tiempos de la antigua y austera República. El Senado y el pueblo, no pudiendo ya resistir a la exaltada admiración de los partidarios de César, continuaron votando honores sobre honores hasta llegar a nombrarle dictador perpetuo. Además de esto, se hizo conceder el derecho de decidir la paz y la guerra, el de elegir la mitad de los magistrados, el derecho de llevar siempre una corona de laurel y un manto de púrpura y, además, el de usar un trono de oro.

No pareciendo esto suficiente, se pretendió hacer de César un semidiós y se llegó a erigir un templo a Júpiter Julius. Además, el mes que se llamaba Quintilius (el quinto), con motivo de la reforma del calendario ordenada por César,

se llamó Julius (Julio) (1), nombre que ha llegado hasta nosotros.

Como se ve, poco faltaba para que César fuese nombrado rey, y así hubiera sucedido a no existir en Roma en aquel tiempo un error casi supersticioso por la monarquía. Y este sentimiento se manifestó claramente durante la fiesta de las Lupercales (especie de Carnaval), que tuvieron lugar el 15 de Febrero.

César estaba sentado presidiendo la fiesta ante una muchedumbre que llenaba la gran plaza. Antonio, entonces cónsul, aprovechando el carácter de la fiesta, que se prestaba a toda clase de bromas, se acercó a César presentándole la diadema real (especie de banda que llevaban los reyes de Oriente), e hizo el ademán de ponérsela en la cabeza. La muchedumbre permaneció muda sin aplaudir, esperando ver qué haría César. Este apartó de sí la diadema, como rechazándola, y entonces el pueblo aplaudió. Antonio volvió a ponérsela de nuevo; mas César, ya seguro de la opinión, la rechazó con más decisión todavía y ordenó que se llevase al Capitolio para colocarla en la frente de la estatua de Júpiter.

No se sabe si César aspiraba a hacerse coronar rey; lo único cierto es que trabajaba por aumentar su poder, ansioso de realizar su gran sueño: la conquista de Persia.

(1) Los romanos calculaban sus meses siguiendo el curso de la luna, de modo que su año sólo tenía 355 días. Para obviar este inconveniente, se tenía la costumbre de intercalar de cuando en cuando un mes que cubriera la diferencia de días. Pero con las guerras se había descuidado esta precaución, y el año se hallaba retrasado en 67 días. César ordenó que aquel año, el 45, tuviese 445 días. Fué el último año «de la confusión». Desde entonces, siguiendo los consejos de los astrónomos egipcios, el año se calculó por el curso del sol y consta de 365 días y cuarto.

Además de este proyecto cada día se hablaba en Roma de grandes obras que debían realizarse. Se trataba unas veces de desviar el Tíber para sanear las lagunas pontinas; otras de construir un inmenso teatro, o de encargar a Varrón la fundación en todos los barrios de Roma de vastas bibliotecas. César había ofrecido abrir un canal en el istmo de Corinto, abrir una vía a través del Apenino y construir un gran puerto en Ostia. Se le atribuía, además, la intención de restablecer los grandes centros de civilización destruidos por Roma, se reconstruirían Cartago y Corinto y se sembraría el imperio de colonias romanas.

Todos estos proyectos, que prometían trabajo y ocasiones de especular y enriquecerse, eran muy bien recibidos por el pueblo, por los contratistas y negociantes; mas no así por la clase aristocrática, siempre desconfiada y hostil al dictador.

Estos nobles, muchos de los cuales habían sido nombrados magistrados y senadores, se indignaban al considerarse vencidos y tener que obedecer a un hombre solo, más poderoso que todos juntos. Envidiosos de su gloria y olvidando muchos los beneficios que le debían, consideraban a César únicamente como un tirano que había destruido la antigua Constitución, sin comprender la magnitud de su obra, y entonces uno de ellos concibió la idea de que era preciso asesinarle. Este hombre se llamaba Casio.

Casio participó su proyecto a unos pocos amigos que sabía odiaban a César, y en sus reuniones convinieron en que era preciso atraer a Bruto a la conspiración.

Casio era un joven inteligente, violento de carácter e imperioso. Bruto era más bien un hombre de letras, débil de

carácter, pero respetado por el pueblo por su austeridad y sus costumbres irreprochables. Para atraer a Bruto había un camino seguro. Este era el de convencerle que se trataba de un acto de civismo, de un verdadero sacrificio en aras de la patria.

El astuto Casio así lo comprendía, y todos los días hacía aparecer en el tribunal de pretor de Bruto un papel que decía: «Duermes, Bruto; tú no eres Bruto.» Además, al pie de la estatua de uno de los antepasados de Bruto, hacía colocar otro que decía: «¡Si vivieses todavía, oh Bruto!» En la calle, Bruto oía algunas veces gentes que decían al verle pasar: «Nos hacen falta hombres como Bruto.»

Bruto, que era orgulloso, llegó de este modo a figurarse que todo el pueblo se dirigía a él como el más entero y dispuesto a un acto heroico que los librara de la tiranía, y se dejó complicar en la conspiración.

Los conspirados temían al ejército, que seguía fiel al dictador, y al pueblo, cuya exaltación a favor de César aumentaba de día en día. Sus trabajos iban encaminados a que César pereciese a los golpes de gran número de senadores para que el acto pareciese un acto de civismo, casi oficial, y de este modo poder imponerse los matadores al pueblo, al ejército y a las provincias.

La conspiración tuvo un gran éxito, contándose en ella en poco tiempo unos 60 senadores y gran número de caballeros.

Se discutieron muchos planes. Unos opinaban que debía morir en la vía Sacra, otros preferían que muriese en la entrada del teatro; mas habiendo sido convocado el Senado para los idos de Marzo (15 de Febrero), en la sala llamada de

Pompeyo, este lugar y día les pareció a todos el más indicado.

César, que en estos últimos tiempos se hallaba muy delicado de salud, fué avisado de que algo se tramaba contra él. El augur Spurima, en el momento de inmolar una víctima, le había predicho que antes que pasaran los idos de Marzo le amenazaría un gran peligro. Los amigos le aconsejaban que reforzase sus guardias y tomase precauciones. A todos estos consejos contestaba César:

—Prefiero morir asesinado, que vivir como un tirano.

Sin embargo, algo debía sospechar, porque un día dijo a los que le acompañaban:

—¿Qué os parece que trae Casio entre manos? Porque a mí no me agrada verle tan pálido.

Y se cuenta que, en otra ocasión, habiendo recibido una delación contra sus generales Antonio y Dolabella, respondió:

—No tengo ningún miedo de esos gordos y de mucho cabello, sino de aquellos pálidos y flacos—refiriéndose a Casio y Bruto.

Llegó por fin el día señalado. César, que había pasado una noche muy agitada, sintiéndose indispuesto, deseaba quedarse en casa y diferir la sesión del Senado, cuando fué a visitarle Décimo Bruto, el que había rendido a Marsella. Décimo Bruto, que también se había pasado del lado de los conjurados, insistió tanto y tan traidoramente en la conveniencia de asistir a aquella sesión y en no hacer esperar en vano a los numerosos senadores que hacía tiempo estaban reunidos, que César se dejó convencer y dió orden de ser conducido al Senado.

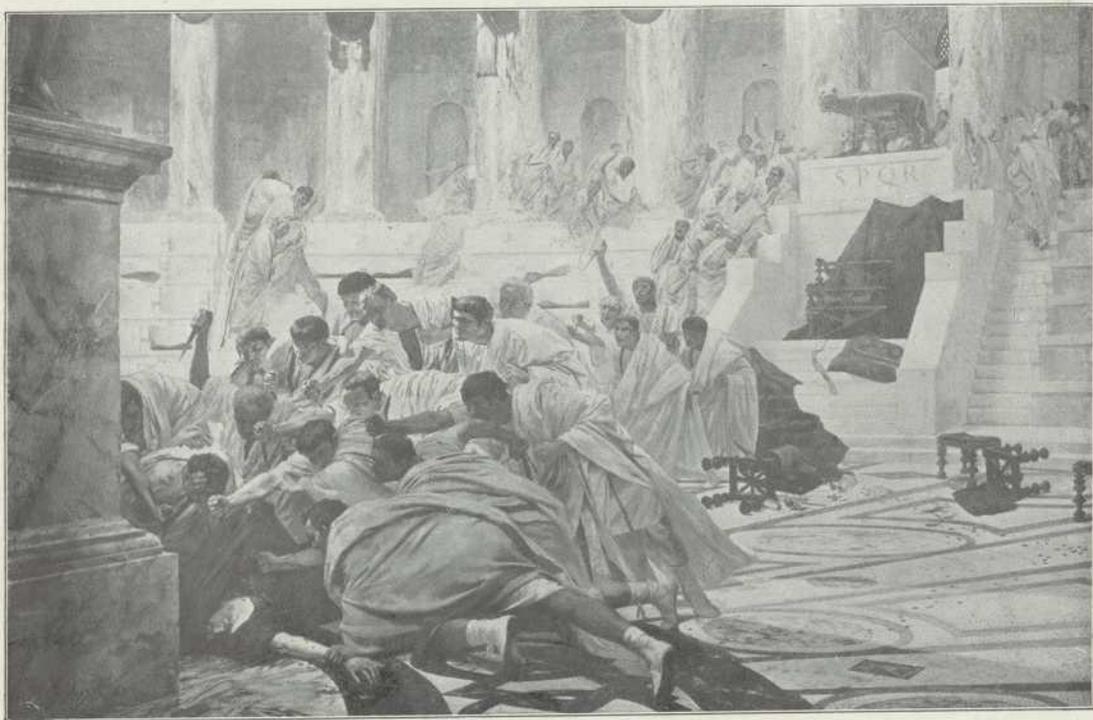
Durante el camino un hombre se acercó a él y le entregó un billete en que se le denunciaba la conspiración con todos sus detalles; pero César, colocándolo en su mano izquierda con otros escritos, no tuvo tiempo de leerlo.

Al entrar en el Senado, pasó Spurina, el augur, por su lado. César se burló de sus predicciones, diciéndole que ya habían llegado los idos de Marzo y ningún mal le había ocurrido. Spurina contestó a sus burlas:

—Es cierto que han llegado; pero no han pasado todavía.

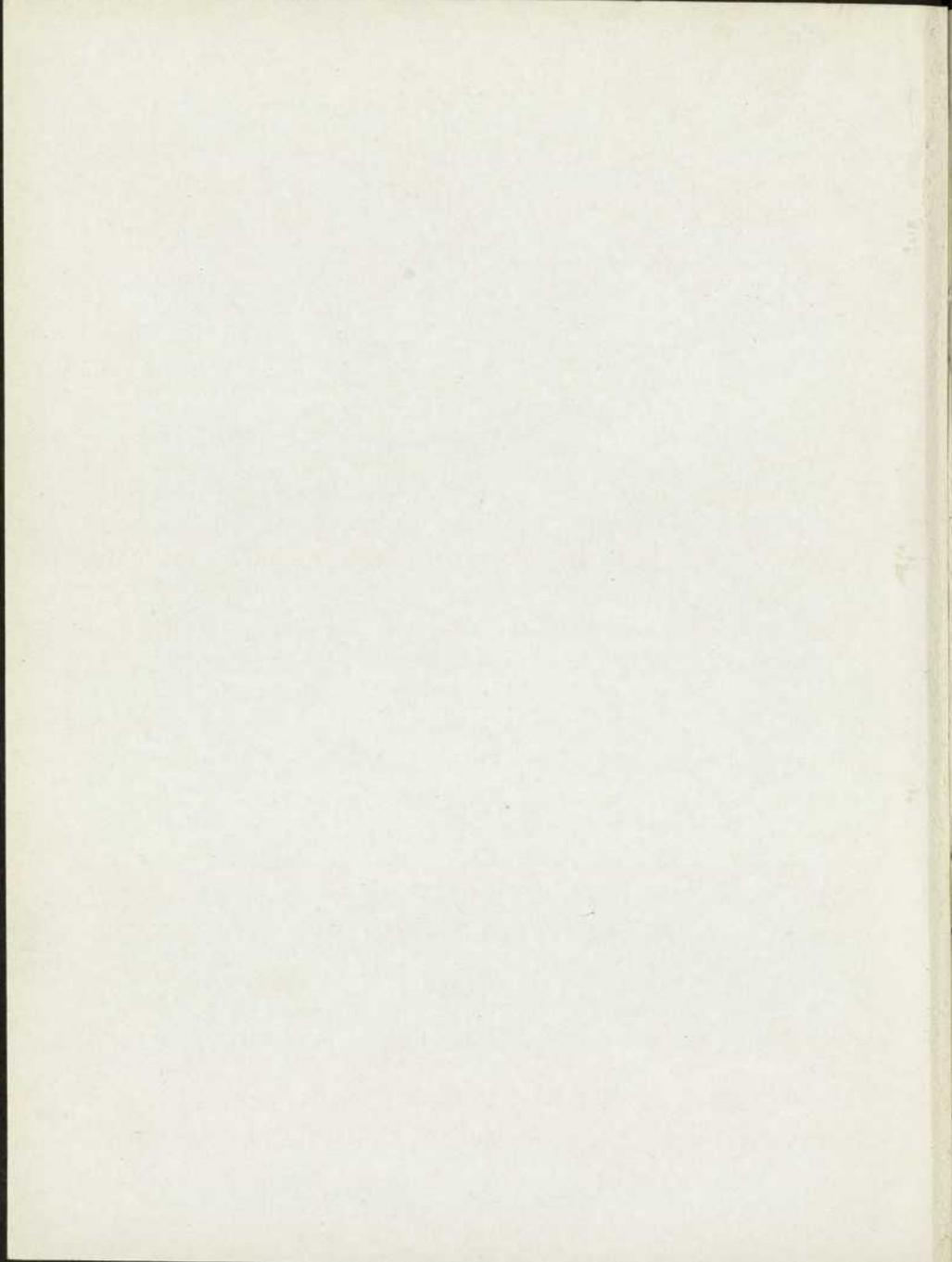
Los senadores, que esperaban temerosos e inquietos, temblaron al ver llegar la litera de César. Al observar que un hombre se acercaba y le hablaba al oído, estuvieron algunos a punto de huir, temiendo una delación. Mas reanimados al ver la expresión serena del semblante pálido y fatigado de César, se dispusieron a poner en ejecución su infame proyecto.

Apenas se había sentado César en su sillón, cuando un senador se le acercó para pedirle el perdón de un hermano suyo. No habiendo César accedido, se arrojó a sus pies, y los otros senadores se fueron acercando como para unir sus súplicas a las de Cimber. Cuando Cimber juzgó que todos estaban dispuestos, asió con fuerza la toga de César y tiró de ella. Era la señal convenida: Casca dió el primer golpe; César entonces, deshaciéndose como pudo, se lanzó sobre el que lo había herido; mas uno de los conjurados le asesta un golpe en el pecho y otro le clava un puñal en la espalda. César trató todavía de defenderse con el estilete que llevaba en la mano, hasta que, comprendiendo lo inútil de su resistencia, se envolvió en su toga y fué a caer bañado en sangre a los pies de la estatua de Pompeyo. Las únicas palabras que



MUERTE DE JULIO CÉSAR (Cuadro de C. Rochegrosse)

Los senadores conjurados, blandiendo sus puñales, se lanzan sobre César, el cual, herido mortalmente, viene a caer al pie de la estatua de Pompeyo



pronunció, al reconocer a Bruto entre sus enemigos, fueron las siguientes:

—¡Y tú también, hijo mío!

*
* *
*

César murió a los 56 años de edad. La vida de este hombre ha influido tanto en la historia del mundo, que Monsen, el célebre historiador, dice de él lo siguiente:

«César fué el capitán y el hombre de estado más grande que produjo Roma. Había nacido soberano y ejercía sobre los corazones el mismo imperio que el viento ejerce sobre las nubes. Así atraía a sí, de grado o por fuerza, las más desemejantes naturalezas: al simple ciudadano, al rudo oficial, a las nobles damas romanas, a las bellas princesas de Egipto y Mauritania, al brillante jefe de caballería y al calculador banquero.

»Su genio organizador era maravilloso. Ningún jefe de estado ni capitán alguno tuvo que habérselas con elementos más insociables y desemejantes, y todo esto supo él amalgamarlo.

»La trascendencia de sus campañas se comprende si se considera que César retrasó cuatro siglos la invasión de los germanos, asegurando así a la civilización greco-latina el respiro necesario para terminar la conquista del Occidente.

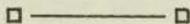
»Las conquistas de César constituyen uno de los hechos universales iguales en importancia a la conquista de América.

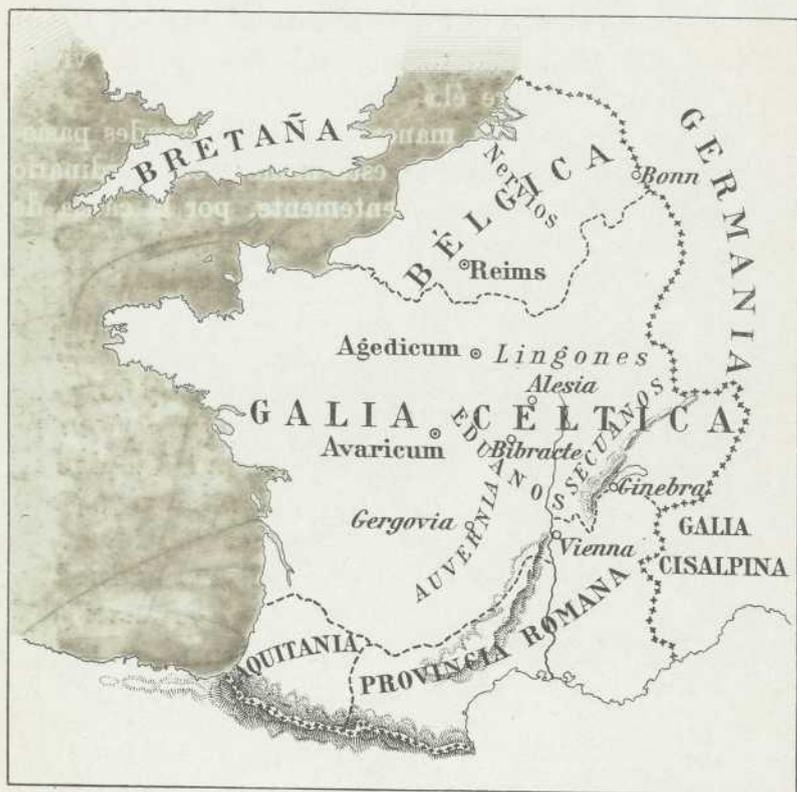
»A partir de ellas, vemos entrar en el círculo de los estados mediterráneos todos los pueblos de la Europa central y

septentrional, los ribereños del Báltico y del mar del Norte.

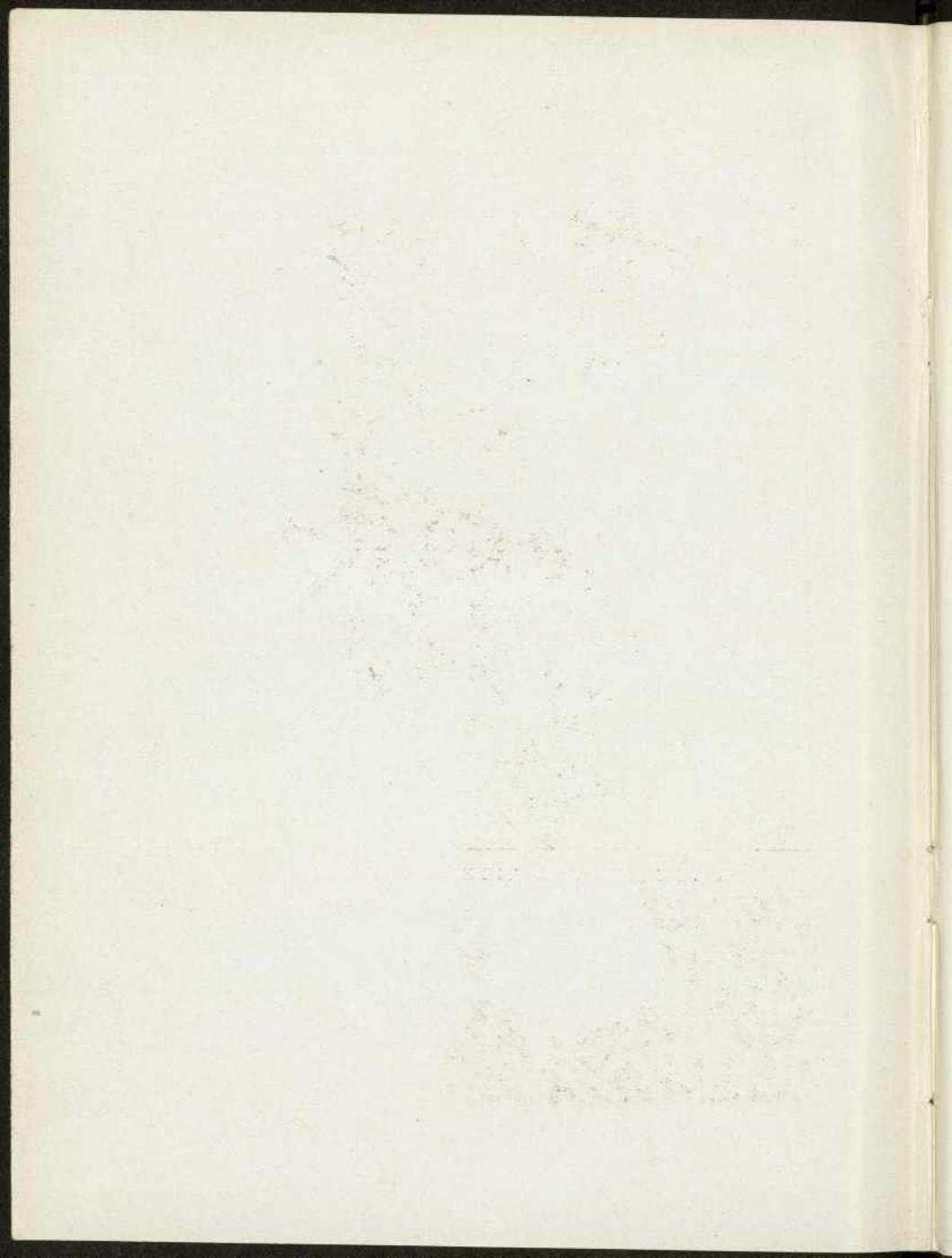
»Unese así al viejo mundo otro mundo nuevo, que vivirá su vida y reobrará sobre él.»

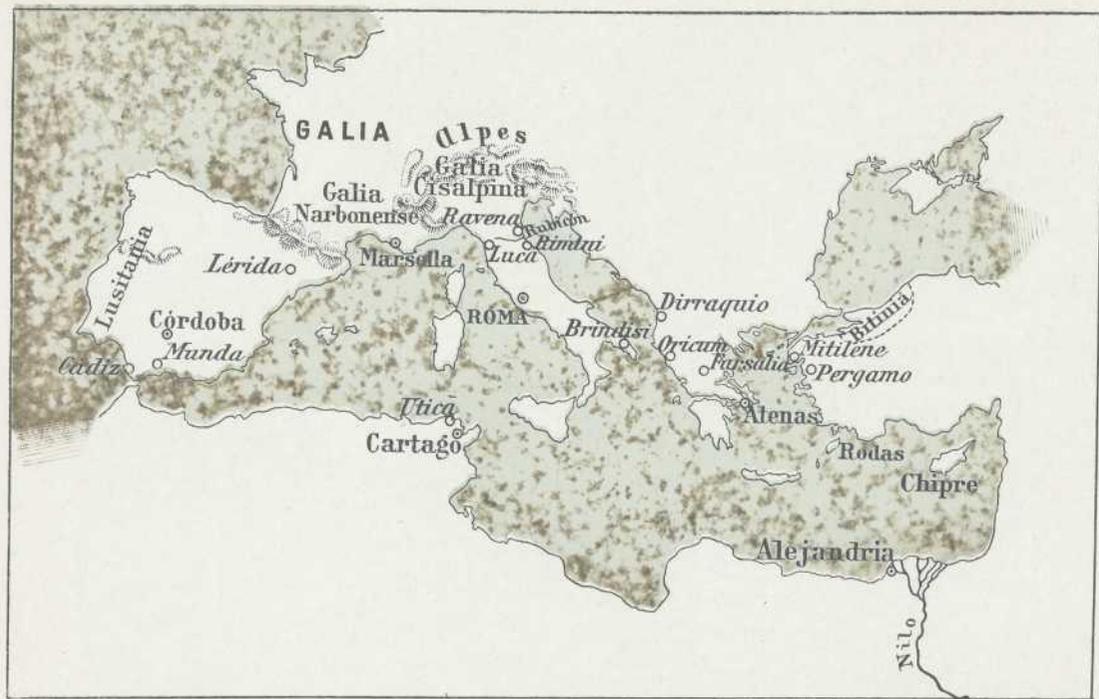
Y he aquí expuesta la manera cómo las grandes pasiones y las grandes cualidades de este hombre extraordinario han trabajado, quizás inconscientemente, por la causa de la civilización.





MAPA DE LAS CAMPAÑAS DE CÉSAR EN LAS GALIAS





MAPA DE LAS CAMPAÑAS DE CÉSAR DURANTE LA GUERRA CIVIL

R/

INDICE

	<u>Páginas</u>
La juventud de Julio César y su política hasta el Consulado	7
La conquista de las Galias	33
La guerra civil	80
La dictadura y la muerte de César	108

PUBLICADOS

Alejandro Magno ② Napoleón

EN PRENSA

Jaime I, el Conquistador

EN PREPARACIÓN

Vasco Núñez de Balboa.

Hernán Cortés.

Francisco Pizarro.

El Gran Capitán.

Colón.

Cervantes.

Aníbal.

Carlomagno.

Bernardo de Palissy.

Roger de Lauria.

Pasteur.

Stephenson.

Juana de Arco.

Gutenberg.

Beethoven.

Edisson.

Benvenuto Cellini.

Cromwell.

Miguel Angel.

Federico II de Prusia.

Pedro el Grande.

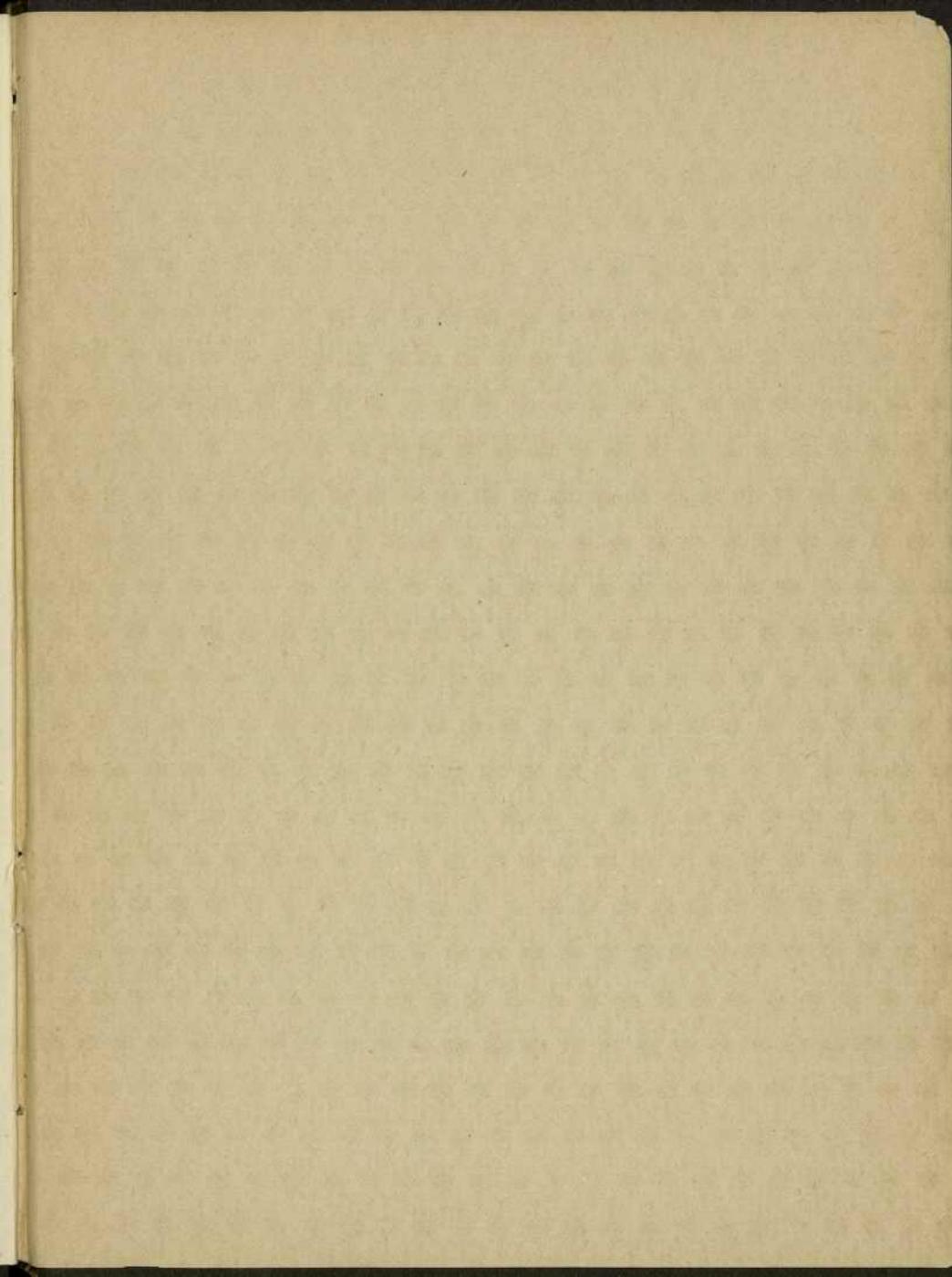
Bolívar.

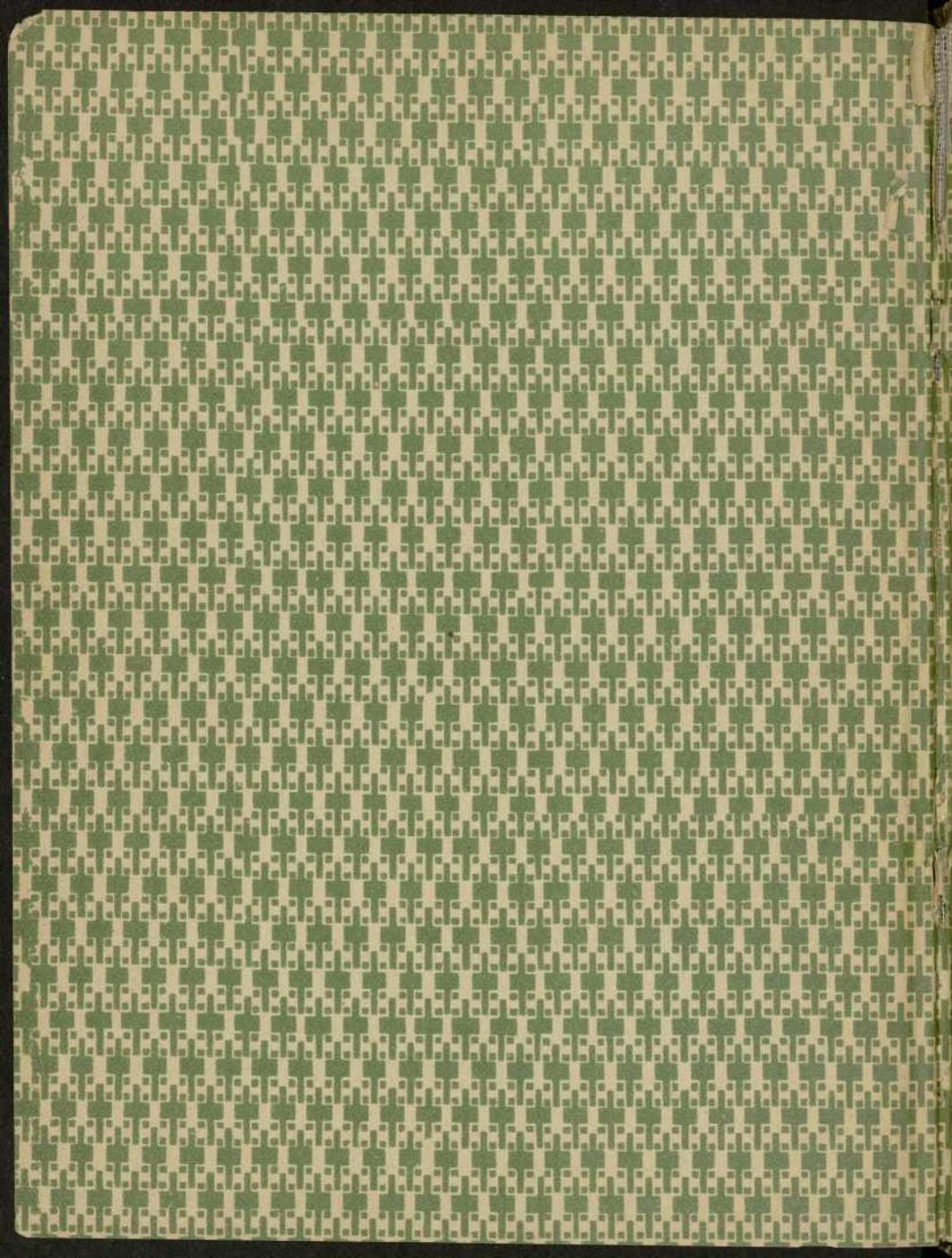
Leonardo de Vinci.

Jacquard.

Bismark.

Y otras de inventores, artistas, filósofos, hombres de Estado,
grandes industriales, comerciantes, financieros, ingenieros y
héroes desconocidos



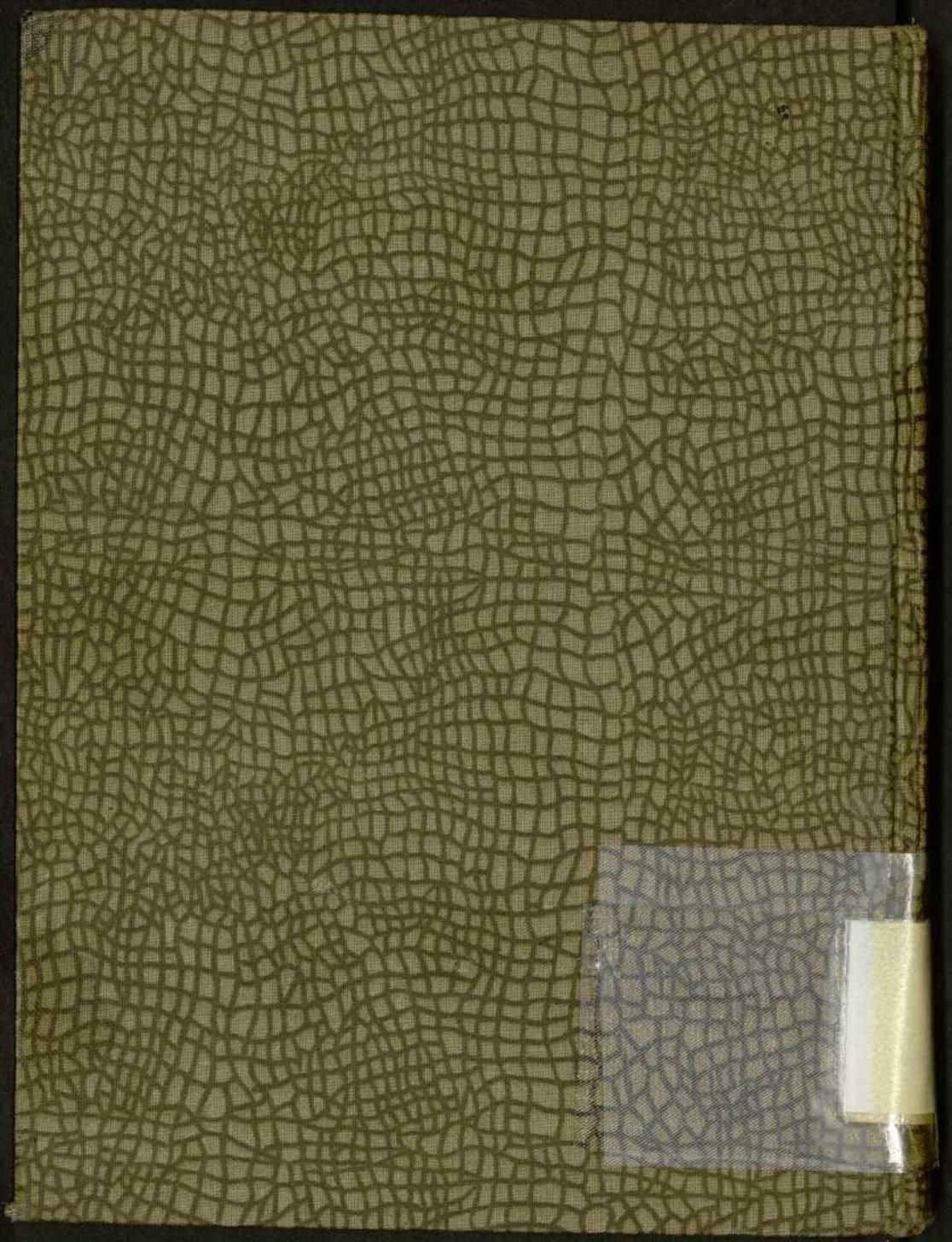


S. A. INDUSTRIAS GRÁFICAS



VICTORIA

SEIX & BARRAL HERMS.
BARCELONA



23505

JULIO CESAR